

TRIANGULO AMOROSO



Capítulo 1

—Tengo algo que decirte.

—Y yo tengo una tonelada de cosas que contarte, Maddy —Libby abrazó a la mujer mayor que llegó corriendo a saludarla.

Los ojos de Libby brillaron al ver Dunmore Town de nuevo. Abrazó fuerte a su amiga y apenas si creía que estaba de regreso en Harbour Island después de tanto tiempo. Habían pasado muchos años desde que estuvo en las Bahamas. Ocho largos años.

Mucho tiempo. Demasiado.

Lo supo en cuanto puso los pies en el muelle de la aduana. Todos sus temores se habían desvanecido.

Al principio no había tenido deseos de venir. Se sorprendió cuando su asesor, el profesor Dietrich le notificó adónde había sido asignada.

— Ya he estado ahí —dijo a lo que él sólo sonrió:
—Mucho mejor, entonces. Tendrás conocidos.

No hubo manera de disuadirlo y ahora, por primera vez, Libby se alegraba. Se sentía tranquila, sensata, adulta. Ahora se daba cuenta de que debió regresar a esa isleta de las Bahamas muchos años antes.

Sí, habría sido costoso, pero habría podido sufragar el gasto. Debió enfrentar el pasado, desvanecerlo y continuar adelante.

Bueno, más valía tarde que nunca, se dijo al abrazar a Maddy; después, se apartó un poco y con la cabeza señaló al niño que observaba atento el agua. — Quiero que conozcas a alguien, Maddy —dijo y caminó hacia el chico. Lo

tomó por el hombro—. Te presento a mi hijo, Maddy. El es Sam.

Si hubiera sido posible que Maddy palideciera hasta quedar con la tez cenicienta, ese habría sido el momento. Los ojos de la mujer se agrandaron y quedó boquiabierta. Durante unos momentos interminables observó al chiquillo, después miró a Libby. Esta sonrió de manera torva.

— Lo siento, Maddy —se disculpó—, debí prevenirte. Cuando te mencioné que necesitaba una casa para dos personas, quizá pensaste que me refería a otro investigador.

— No sé lo que pensé —murmuró Maddy estrechando la mano de Sam, todavía con la expresión de quien ha visto a un fantasma—, pero no se me ocurrió que fuera esto. ¿Cómo estás, cariño?

— Bien —contestó Sam premiando a Maddy con una amplia sonrisa que mostró que le faltaba un diente—. Acabo de ver un cangrejo. Grandote —señaló el agua de color azul turquesa.

— Habrás visto cientos de éstos para cuando regreses a casa, encanto —contestó Maddy—. Oh, es gracioso —murmuró antes de sonreír al chico y palmearle la cabeza; después se volvió hacia Libby—. Oh, Dios.

Libby supo que Maddy había adivinado quién era el padre de Sam. ¿Cómo no hacerlo si era una réplica en miniatura de Alec? Tenían el mismo cabello oscuro e idénticas facciones recias. En el niño inspiraban ternura; en el hombre, denotaban una fuerza elemental.

Mucho tiempo atrás Libby se hizo a la idea de eso. Ahora veía a Sam por sí mismo, no como al hijo de Alec, pero notó lo que ahora observaba Maddy y lo que estaría pensando, y eso le molestó. No deseaba la lástima de nadie. Tenía lo que deseaba... una educación, un futuro y a Sam.

Una vez, años atrás, había deseado a Alec. Mas él no la deseó... No, mejor dicho, no la *quiso*. No quiso amarla, y en el momento que apareció la hermosa Margo Hesse, olvidó que Libby existía.

En menos de dos semanas Alec se casó con Margo.

Para entonces Libby ya estaba deshecha. No entendía cómo un hombre podía enamorar a una mujer y casarse con otra.

Ahora ella tenía veintiséis años, ya no era una chica ilusa. Y una vez que desapareciera el fantasma de Alec ese verano, también se

casaría.

Michael se lo había pedido durante casi un año. Hasta un mes antes se dijo que no estaba preparada, que tenía muchas cosas que hacer, que no podía comprometerse a algo más.

— Siempre tienes algún proyecto en marcha —arguyó Michael. —Esto es diferente —replicó Libby.

—Te amo —insistía Michael.

Y Libby lo sabía. Michael la apoyó en su deseo de terminar su maestría. El la ayudó a cuidar de Sam cuando los padres de ella no podían hacerlo. Era un hombre fuerte, confiable y, pensó Libby, merecía una mujer mejor. Michael insistió.

— Te amo. Cásate conmigo.

—Debo ir a Harbour Island este verano —protestó Libby.

—Cásate conmigo cuando regreses —le sonrió Michael.

Libby consideró esa posibilidad. No era justo tenerlo esperando. Tampoco era justo para Sam, ni para ella, porque tenía que madurar, tomar las riendas de su vida, y llegar a una decisión. Y no habría mejor decisión que Michael. Era todo lo que Alec no fue.

—Está bien —respondió ella al fin—. Acepto.

Y en cuanto llegó a Bahamas tuvo la certeza de que había hecho la elección correcta. Recorrió con la mirada Dunmore Town y lo notó igual que cuando ella era una jovencita de dieciocho años.

Lo vio como el pueblecito de la chica de Iowa cuyos horizontes, hasta ese momento, habían sido Des Moines, Chicago, Saint Louis y Saint Paul. Quedó encantada con las palmeras y el mar de color turquesa, con las piñas y el ruido de las olas. Todo le gustó... también Alec.

Ese era el mundo de fantasía de una chica criada en el oeste americano. Lo que compartió aquí con Alec no fue más que... un romance pasajero.

El era el joven prometedor actor y director de películas, perturbado y que necesitaba descanso. Ella era la inexperta e impresionable niñera, lista para sanar las heridas de él.

Debió saber que eso no duraría.

Habían pasado ocho años desde entonces y era hora de que Libby continuara viviendo.

El verano que pasaría en Harbour Island haría el milagro. Esperaría con ansia el regreso a casa y al lado de Michael. Sonrió a Maddy.

—Me alegra estar aquí, tengo muchas ganas de saludar a todos. ¿Lyman aún pesca? ¿Y Sarah? ¿Andrew se fue a la escuela a Nassau?

Mientras la ayudaba a subir el equipaje al auto pequeño, Maddy contestó:

— Lyman sale casi a diario. Algunas veces lleva y trae turistas y lleva pescado a los restaurantes. Sarah se casó con un cajero y tiene un bebé. Y en cuanto a Andrew, se fue a Nassau, pero ahora está en Florida —Maddy resplandecía de orgullo al hablar de su hijo mayor—. Dice que será maestro.

Libby sonrió al recordar a Andrew, el chiquillo decidido que tan sólo tenía trece años cuando lo vio por última vez.

—Es bueno fijarse metas —convino la joven—. Algunas veces es todo lo que tenemos.

Ciertamente era todo lo que le quedó después de Alec. Fue lo único que la sostuvo durante ocho años... sus objetivos. Y Sam.

Miró a su hijo que subía al auto de Maddy. Sus ojitos oscuros estaban abiertos al máximo y hablaba de todo, igual que había hecho desde que subieron al avión en Des Moines. Era su primer vuelo y todo lo quería saber, todo lo quería hacer. En fin, era el hijo de Alec.

—¿Y en dónde nos conseguiste casa? —preguntó Libby.

—Es la casa de Mueller. En el pueblo, cerca de la playa —contestó Maddy sonriente—, aunque no tan bonita como la de los Braden.

— No esperaba que lo fuera —contestó la chica. Los Braden eran la familia donde Libby trabajó como niñera aquel verano ocho años antes. Era un palacio de cristal que daba a la playa, donde se encontraban las casas de otros acaudalados americanos y europeos. Los padres de Alec también tenían casa ahí.

—Sólo tiene dos habitaciones —comentó Maddy poniendo en marcha el auto—. Chiquita, chiquita.

— Será perfecta. De cualquier manera, Sam estará fuera casi todo el tiempo y yo tengo muchísimo trabajo. Tendrás que darme los nombres de algunas personas para hacerles preguntas.

— ¿Sólo viniste a hacer preguntas? —preguntó Maddy sorprendida, a lo que la chica asintió. Durante ocho semanas debía recabar la historia oral de la isla de tantas personas como pudiera. Al menos, ese era su propósito.

Miró el entorno lleno de palmeras. Todo era aún hermoso. Y exótico. —Debo decirte algo —declaró Maddy al estacionarse frente a una casa con fachada amarilla. Libby miró por sobre su hombro al niño, quien preguntaba: —¿Es esta la casa?

—Sí —respondió Libby y Sam bajó para inspeccionar de cerca el lugar. Maddy se sintió aliviada cuando el chico se fue y la chica la miró extrañada. —Libby, debes saberlo.

—Entonces, dímelo —contestó sonriendo. Con rapidez abrió la puerta del auto y salió, impaciente al igual que Sam, por instalarse de inmediato.

—El señor Alec... —dijo Maddy—. El también regresó.

La noticia de que estaba embarazada no la conmocionó tanto. ¿Alec? ¿Aquí? No. Eso no era posible.

—Te lo iba a decir de todos modos. Recuerdo bien lo que hubo entre ustedes. Sólo que yo no sabía... nada... sobre el chico.

Claro, no podía saberlo. Libby se fue de ahí sin siquiera sospecharlo, y cuando le envió tarjetas navideñas a Maddy, nunca mencionó nada. ¿Para qué?

Trató de decírselo a Alec; le escribió en cuanto supo que estaba embarazada. Claro, para entonces él ya estaba casado, pero quiso que lo supiera porque pensó que tenía derecho.

Pero él tampoco quiso saber nada de eso.

Sus llamadas telefónicas nunca tuvieron respuesta, y la carta que envió le fue devuelta y sin abrir en un gran sobre, donde también venía una nota garabateada por Alec: *Libby, soy ahora un hombre casado. Olvidame. No dudes que yo te olvidaré.*

No dudes que yo te olvidaré. Libby cerró los ojos ante el dolor de leer eso. Bueno, más claro ni el agua. *Enfréntalo, niña*, se dijo. Sólo fuiste una aventura. Su verdadero amor lo tiene Margo.

Meses después, en el supermercado leyó una revista de chismes artísticos y se enteró de que el cineasta Alec Blanchard y su esposa Margo ya eran padres de una niña.

Y ella, Libby, había quedado embarazada casi al mismo tiempo. Rió con amargura.

En ese momento albergó la leve esperanza de que él se había casado con Margo porque estaba embarazada.

¿Y qué? Aun ahora, si supiera que esperaba un hijo suyo, no se casaría con ella.

Antes de ir a Harbour Island ya había estado saliendo con Margo. Libby sabía que salían con frecuencia, pues habían sido compañeros en una película. Quizá si Margo lo hubiera acompañado, él nunca habría buscado consuelo en

brazos de Libby.

Pero Margo no lo acompañó... llegó mucho después, y entonces todo cambió. Cerró de golpe la revista y se dijo: *No dudes que yo también te olvidaré*. El problema fue que no pudo. Al menos no del todo. En cierto perverso modo, siempre buscaba similitudes en cada hombre que la invitaba a salir. Sólo la paciencia de Michael y su constante presencia, lo hicieron formar parte de su vida.

Que Dios bendiga a Michael, pensó.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Maddy ayudándola a meter una maleta.

No había nada que hacer... en cuanto a Alec. Con un poco de suerte, ni siquiera se verían.

—Lo que vine a hacer aquí... trabajar —contestó llanamente entrando a la casa con la otra maleta—. Alec no importa. No forma parte de mi vida.

Maddy miró a Sam, quien en ese momento ponía a prueba la resistencia de una enredadera, y preguntó:

— El señor Alec... ¿ya sabe de...?

—No.

—Lo sabrá.

—Ese es su problema. Es un hombre casado. Tiene una hija. O más, quizá.

—No, sólo tiene una —Maddy subió la maleta hasta una de las habitaciones—. Y está aquí con él. Sólo están ellos dos.

— ¿Sin Margo?

—Margo murió —contestó la amiga.

—¿Qué?

— Murió en un accidente automovilístico —contestó Maddy extendiendo ambas manos—. En California. Ella y un reportero iban al aeropuerto a recibir al señor Alec. Se dijo que no tomaron bien una curva y se salieron de la carretera — movió la cabeza—. Qué pena. Según sé lo afectó muchísimo. ¿No

lo sabías?

No. No sabía que Margo, tan hermosa y llena de vida, había muerto. Se dejó caer en la cama, las manos apretadas en el regazo.

— No me sorprende que no lo supieras —continuó Maddy—. Al señor Alec no le agrada la publicidad. Si por él fuera, no saldría en los periódicos nada relacionado con él.

—Mmm...

Quizás por eso Libby tuvo éxito al no querer saber nada de él. Sus películas, claro, eran ya leyenda y todo un éxito, pero su vida personal parecía no estar al alcance de nadie. Muy poco se supo de él y Margo después del nacimiento de su hija.

Recordó que Margo era una actriz cuando se casó con él; una rubia sensual del tipo de Marilyn Monroe. Sin embargo, no recordaba haberla visto en ninguna otra película. Quizá se sintió satisfecha con ser esposa y madre.

—Pobre Margo —dijo al fin y, al recordar el fuerte lazo que la unía a Sam, agregó—: Y pobre niña.

Maddy asintió sin contestar y empezó a guardar ropa en los cajones. Libby nunca dijo *pobre Alec*. Ni siquiera lo pensó. En ella no quedaba ninguna emoción por él.

No vio a Alec, pero sabía que estaba ahí. Estaba en cada lugar que visitaba. ¿Y cómo no, si siempre que caminaba por la calle, las personas dejaban de hacer lo que hacían para verla?

Ya llevaba ahí tres días, mismos que dedicó a recorrer el pueblo, a saludar a sus conocidos, a hacer contactos. Y aunque nunca mencionaba a Alec o a Sam, estaba segura de que todo el mundo sabía.

—Hace mucho tiempo —comentaban entre sí—. Ella y el señor Alec... Sólo hay que ver al chico.

Sin embargo, a ella nunca le dijeron nada. Le sonreían, eran amables. Quienes la recordaban la saludaban con calidez y le abrían los brazos a ella y a Sam. Libby sabía que lo entendían, pues no eran extraños en la isla los hijos

nacidos fuera del matrimonio. Muchos hombres llegaban para dejar un recuerdo permanente...

Y muchos de ellos nunca regresaron.

Pero Alec sí. Después de todo, su familia tenía casa ahí.

Libby sabía que debía marcharse. Su misión estaba cumplida... al menos la misión interna y personal. Le tomó sólo un momento darse cuenta de que ya no era la jovencita enamorada de Alec Blanchard. Ahora Alec estaba fuera de su vida y formaba parte del pasado. Si ella lamentaba las circunstancias, nunca lamentaría el nacimiento de Sam. Con remordimiento o no, estaba lista para marcharse.

Pero por una cosa no podía hacerlo. Su trabajo. No quería ni pensar en lo que diría el profesor Dietrich cuando llegara con las manos vacías a Iowa. Había sido su asesor durante siete largos años. Le debía... y se debía a sí misma... un trabajo bien hecho.

Por otro lado, Sam nada sabía de su inquietud. Esos dos meses representaban para él las verdaderas vacaciones que nunca tuvo fuera del hogar.

Podía escucharlo ahora jugando afuera con otros dos niños. Su risa la alegró. La felicidad del niño llenaba toda su vida. Para gozo de Sam y satisfacción del doctor Dietrich, ella podía vivir sabiendo que Alec se encontraba a unos kilómetros de distancia. Con un poco de suerte él nunca llegaría hasta su casita.

Pensaba eso cuando alguien llamó a la puerta.

— Adelante —gritó Libby. Pensó que sería Maddy, quien llevaba la comida. Dejó los papeles que revisaba y se volvió hacia la puerta con una sonrisa de bienvenida.

— Hola, Libby.

Era Alec.

La sonrisa de la chica se desvaneció y sintió un nudo en el estómago. Alec no había cambiado.

La fuerza inherente que ella recordaba aún era evidente bajo la camisa y los pantalones de algodón. Su pelo oscuro estaba revuelto por el aire y necesitaba un corte. Su rostro parecía tenso. Le bastó verlo para confirmar que

seguía siendo tan atractivo e imponente como siempre. Buscó apoyo en el respaldo de una silla y exhaló trémula.

—Alec —saludó con frialdad. Apenas podía respirar—. ¿Qué quieres? —
Supe que estabas aquí —lo escuchó contestar con esa voz que una vez la hizo estremecer—. Quise verte.

— ¿Por qué? —preguntó mirándolo.

—Porque fuimos amigos.

—¿Eso fuimos? —inquirió con amargura.

—No estás precisamente complacida de verme —contestó él con una sonrisa sombría—, ¿o sí?

—¿Debería estarlo?

— No —contestó Alec después de suspirar—. Quizá no. Pero yo sabía que tarde o temprano volveríamos a encontrarnos. Sólo debía buscar el lugar y la hora correctos.

—Si hubieras permanecido de tu lado de la isla —contestó grosera—, esto nunca habría sucedido.

— Quise hacerlo —lo sorprendió la vehemencia de Libby.

—Está bien. Ya me viste. Ahora márchate.

—Claro que no —contestó él.

—Alec...

—Tenemos mucho de que hablar —aún estaba en medio de la salita, mirando a Libby, haciéndola estremecer.

—Por supuesto que no —contestó, señalándole la puerta con la mirada, pero Alec ni se inmutó.

Libby suspiró. Sabía que él no se marcharía antes de soltarle lo que había venido a decir.

— Está bien. Hablemos. Siéntate si quieres —le dijo.

—Solías ser un poco más amigable.

—Sorpresa, sorpresa.

Alec frunció el ceño, pero tomó asiento en un sofá. Vestía unos vaqueros desteñidos y Libby recordó la fuerza de esos muslos, el poder de ese hombre. Se ruborizó y se alejó de la mesa.

—¿Quieres tomar té frío? —ofreció. Debía distraerse, reprimir el ardor que la invadió.

—Suená bien.

Cuando caminó hacia la cocina él la siguió con la mirada. En esos ojos había un anhelo demasiado familiar. Libby apartó la mirada y abrió el refrigerador.

— ¿Por qué viniste, Alec? ¿Qué quieres?

—Verte. Hablarte. La última vez que te vi eras una niña.

—¿Una niña? —preguntó con sorna, pero esas palabras la lastimaron.

—Una niña muy hermosa —el tono en que le contestó hizo que las rodillas le temblaran.

— De quien te aprovechaste —señaló.

—Quizá sí —admitió mientras torcía la boca. Libby lo miró.

—¿Por eso regresas ahora? ¿Quieres más? ¡Porque si es así, da por seguro que no obtendrás nada!

—La gatita ya tiene garras —sonrió Alec.

—No soy gatita. Nunca lo fui. Soy una mujer, Alec —se volvió y centró su atención en poner cubos de hielo en dos vasos.

—Ya lo había notado —contestó él secamente.

Libby, le entregó el vaso teniendo cuidado de no tocar los dedos de Alec; después tomó asiento en una silla que estaba cerca de la ventana. Durante largos momentos ninguno de los dos habló, hasta que al fin Alec dijo:

— Me enteré de que estás en la isla haciendo un estudio.

—Así es. Se trata de historia oral.

Alec sonrió, como si esa decisión lo divirtiera, después tomó asiento en el sofá y preguntó:

— ¿Te gusta?

—Sí.

—Eso es lo que querías hacer.

—Sí.

—¿Entonces hablabas en serio cuando me contabas cuáles eran tus planes? — la miró atento.

Para ella sí. Ocho años antes, habían estado en la playa, compartiendo sueños. Y mientras Alec le hablaba de su primera película, de los desalientos y alegría que eso le causó, de sus esperanzas y sueños de ser un director de éxito, ella a su vez le contó que era la primera de su familia en llegar a la universidad y cuan emocionados estaban todos... cuan decidida estaba ella.

Desde luego no todo sucedió como ella lo había planeado. Había un largo y difícil camino debido a Sam, pero tuvo éxito. Y su familia estaba orgullosa de ella. —Ya lo creo —contestó encontrando su mirada.

—Me alegro —dijo él después de dar un sorbo a su té—. ¿Y qué trabajo estás haciendo? ¿Tesis?

— Sí.

—¿Apenas? —preguntó sorprendido.

—Tuve que abandonar un tiempo los estudios —contestó encogiéndose de hombros.

— ¿Los abandonaste? ¿Por qué?

—Tenía otro compromiso más importante.

—¿Qué compromiso? —preguntó ceñudo, como retándola, como queriendo saber qué era más importante que el título que tanto anhelaba obtener. Libby escuchó a lo lejos el motor de una lancha y en el patio la risa de niños que jugaban. Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Tuve a tu hijo.

Durante lo que pareció una eternidad, Alec no se movió. Libby pudo preguntarle si la había escuchado, pero el rostro de Alec estaba muy pálido. *Bueno, pensó, es posible sorprenderlo.* Sólo que esa era una amarga satisfacción. Aun así no mentirle. Nunca lo hizo y no iba a empezar ahora. Ni para protegerlo ni para protegerse. El continuaba observándolo.

—¿Mi hijo? ¿Tuviste un hijo mío? ¿Te embarazaste, Lib? —preguntó tan pálido como un fantasma.

Por toda respuesta Libby caminó hasta la ventana, apartó la cortina y dijo: — Ahí está tu hijo —señaló hacia el patio. Alec se le acercó para mirar también por la ventana.

Había al menos seis chiquillos jugando en la calle, y sólo uno de ellos era de piel blanca. Su pelo rebelde y oscuro caía en su frente, e iba descalzo. Reía de cuando en cuando y Alec pudo notar que le faltaba un diente.

—Dios —dijo, y tomó a Libby por la muñeca. Su mirada buscó la de la chica —. *¿Por qué?* Por Dios, Libby, *¿por qué...* por qué no me lo dijiste?

Libby notó el dolor y la ira en esas palabras, pero era demasiado tarde... ocho años tarde. Se apartó de él y contestó:

— Te llamé. Nadie me dejó hablar contigo. Ya estabas casado, ¿recuerdas? Te protegían —torció la boca al recordar tantas vueltas que tuvo

que dar gracias a esas personas tan bien intencionadas—. Y lo entendí. Después de todo, antes que nada estaba Margo —sonrió irónica.

— Margo...

—Pero lo intenté. Pensé que querrías saberlo.

—¿Saberlo? —la miró conmocionado—. ¿Sólo saberlo? ¿Saber que esperabas a mi hijo?

—¿Y qué otra cosa? No podías casarte conmigo. Ya para entonces tenías una esposa embarazada, ¿para qué querías otra?

—Debiste decírselo a Harve.

Libby negó con la cabeza. Por nada del mundo habría dicho eso al asistente de Alec. El trabajo de Harve Milliken era proteger a Alec de cualquier chantajista, y después que la conoció, la catalogó en esa categoría. Harve sólo deseaba lo mejor para su jefe, y a sus ojos, Libby Portman no lo era.

—Harve no era el padre de mi hijo.

—Cielos, Libby... —pasó las manos por su cabeza—... debes haber necesitado ayuda... dinero...

—No quería dinero —replicó—. Sólo pensé que querrías saberlo —se alejó de la ventana—. Y como no me dejaron hablar contigo, te escribí.

— ¿La carta? —Alec la miró—. ¿*Eso* es lo que me mandabas decir en la carta? — su rostro estaba aún más pálido y la chica notó cómo una vena pulsaba en su sien. Alec tragó en seco, miró al chico que jugaba en la calle, después a Libby.

— Sí. ¡Por cierto que no trataba de atraerte a mi lado!

—¡Oh, Dios! —cerró los ojos. Parecía a punto del desmayo.

En ese momento entró Maddy con la bolsa de los víveres. Miró a Libby,

después a Alec, y exclamó:

—¡Cielos!

—Hola, Maddy. ¿Nos trajiste pescado? —preguntó Libby con ligereza. Maddy humedeció sus labios resecos, hurgó en la bolsa y puso un paquete en la mesa.

— Eso mismo traje. Mucho pescado para la cena de hoy y la comida de mañana. ¿Cómo ha estado señor Alec? —preguntó mirándolo de reojo. Alec sólo movió la cabeza y caminó hacia la puerta.

—Necesito pensar —murmuró. Miró a Libby durante un momento y agregó— Debo... irme. Ya hablaré contigo.

—Lo sabe —afirmó Maddy cuando quedaron solas.

—Sí —convino Libby—. Ahora ya lo sabe.

Capítulo 2

— ¿Estás enferma o algo así, mamá? —preguntó Sam.

—Estoy bien —contestó Libby concentrándose en los platos que lavaba. —
Estás muy callada.

—Lo que pasa —rió Libby—, es que no estás acostumbrado a este silencio.
No hay radio, ni televisión. Ni teléfono.

—Quizá —Sam se encogió de hombros—. Pero anoche hablaste conmigo.

Y ahora apenas había pronunciado palabra. Empezaba a entender las implicaciones de que Alec lo supiera todo. Durante la cena estuvo preocupada por su llegada y por todo lo que hubo entre ellos, pero no creyó que Sam lo notara, y ahora, culpable, enfocó su atención en el niño.

—Bueno, ¿qué hiciste el día de hoy?

—Fui a nadar al muelle con Arthur. Después le dimos de comer a Lulú en las canchas de cricket.

Arthur era el hijo menor de Maddy, y Lulú la yegua de la isla, cuya única función en la vida era mantener recortado el césped de lo que se conocía como la Cancha Real de Cricket, además de pasear a los pequeños del lugar.

Y a Sam no le tomó mucho tiempo hacerse amigo tanto de Arthur como de Lulú.

Libby observó cómo su hijo secaba los platos con más vigor del necesario. En sus ojos había una luz de anhelo. El viaje fue bueno para él, pues ampliaba sus horizontes y abría sus ojos a un mundo más grande que el de su hogar en Iowa.

Y a pesar de Alec, no estaba arrepentida de haber ido a la isla.

—¿Entonces, podemos? —preguntó el niño. Libby parpadeó volviendo a la realidad.

—¿Pueden qué, cariño?

—¿Ir a la playa? Arthur dice que es lo máximo. Mucho mejor que el puerto. ¿Podemos, mamá?

Libby había evitado la playa porque le traía muchos recuerdos, pero si tenía que ir, ese era el momento más oportuno.

—¿Por qué no?

Llevó su toalla y una linterna en caso de que oscureciera antes que ellos regresaran. El sol empezaba a descender cuando llegaron a la playa, aunque el suelo bajo sus sandalias aún estaba caliente.

Ocho años antes esa misma playa, con sus cinco kilómetros de arena coralina rosada, había sido su hogar. Siempre llevaba ahí a Tony y a Alicia Braden a nadar y a jugar con la arena. Y por la noche, cuando los niños dormían, ella tomaba una linterna y regresaba a la playa a soñar.

Conoció muchas noches como está, cuando pensaba que si ella, Elizabeth Mary Portman, una nativa de Iowa, de dieciocho años, pudiera permanecer en la playa más hermosa del Caribe durante todo un verano... nada mejor... nada... podría sucederle.

Pero sucedió al conocer a Alec.

Ahora no se permitió pensar en eso. Alec estuvo demasiado cerca de ella esa noche. Demasiado real, inmediato.

Trató de pensar en otra cosa y escuchó que Sam la llamaba para que se le uniera en el agua y viera lo que había encontrado.

Ahora era Sam quien importaba, no Alec. Y cuando regresaran a casa, lo sería Michael. Alec era su pasado. Sam y Michael eran su futuro.

— Anda, mamá —volvió a gritar Sam.

Libby se quitó las sandalias y corrió a alcanzarlo.

Sam había encontrado una lata de refresco de los Países Bajos, un tubo vacío de bronceador de Polonia y una botella de Francia. Libby, a pesar de sus mejores intenciones, se encontró pensando en aquel pasado.

Mientras Sam jugaba en la arena, Libby extendió su toalla, se abrazó las piernas y observó.

Sólo que no veía a Sam, sino a Tony y Alicia Braden, los niños a quienes debía cuidar aquel verano de hacía ya ocho largos años.

No observó con interés antropológico lo que Sam ponía frente a ella, sino que recordó a una sorprendida jovencita que observaba maravillada todo lo que la rodeaba en su primer viaje al extranjero.

—¡Mírame! —exclamó Sam sorteando algunas olas—. ¡Mírame, mamá! Y Libby miró. Pero era a Tony a quien miraba. Y era un día que, sin importar cuánto se lo propusiera, nunca olvidaría.

Había sido un día largo y cansado. Alicia se mostró malhumorada y a Tony se le había caído un diente. Nadie estuvo contento cuando el matrimonio Braden anunció que no cenaría en casa porque sus vecinos, los Blanchard, los habían invitado a su casa.

— ¿Podemos ir? —preguntó Tony.

—Esta vez no —contestó su padre.

—Prometiste jugar cartas conmigo —se quejó Alicia—. Y mamá iba a recortar mis muñecas de papel.

—Será mañana —prometió la señora Braden—. Es importante que vayamos a cenar esta noche con los Blanchard, cariño. Dan una fiesta para Alec. —¿Ya regresó? —preguntó Tony con mirada brillante—. ¿De verdad?

— Sólo por unos días —contestó la señora, después se volvió hacia Libby para explicar—: El hijo de nuestros vecinos es Alec Blanchard. Quizá hayas oído hablar de él.

— Sí —aún siendo una provinciana, Libby había oído hablar de él. Era un actor de fama considerable. Justo una semana antes, Libby había leído sobre su última película.

Alec intentó producir y actuar al mismo tiempo, y se comentó mucho sobre las chispas que surgían cuando Margo Hesse, su coestelar, y él, estaban juntos.

— Pobre Alec —comentó la señora Braden—. Se está tomando tiempo para recuperarse. Ha sido un año difícil para él con esa película, el temperamento de Margo y después la muerte de Clive Gilbert.

Libby permaneció impávida. No sabía quién era Clive Gilbert. Su expresión debió decirlo todo, porque la señora Braden continuó:

— Clive era quien sustituía a Alec. Su doble. Cualquier escena riesgosa la hacía Clive, quien murió el mes anterior en España mientras filmaban una toma con caballos. Creo que también era el mejor amigo de Alec. Eso lo afectó mucho.

Libby así lo comprendió. Intelectualmente podía decir que Clive Gilbert había muerto en el desempeño de su deber, pero emocionalmente era como si hubiera muerto en lugar de Alec.

— Y Margo no representó ninguna ayuda. Ni siquiera estuvo presente, pues se marchó en cuanto terminó el funeral. Alguien comentó que era muy sensible — comentó la señora Braden con gesto de desagrado—. De cualquier manera, Alec vino al lado de sus padres en busca de un poco de tranquilidad, y Catherine, su madre, está decidida a aligerarle las cosas, así que invitó a unas cuantas personas. Ya sabes, la vida debe continuar.

—Sí —concedió Libby con toda la inocencia de sus dieciocho años. Evelyn Braden sonrió al agregar:

—Así que si puedes llevar a los niños a merendar en la playa mientras nosotros salimos, te lo agradecería muchísimo.

Así lo hizo Libby. En cuanto los niños terminaron su cena la chica se sentó en su toalla para ver a Alicia Braden hacer castillos de arena.

De cuando en cuando escuchaba risas que el viento le llevaba desde más allá de los arbustos que crecían en la colina.

Al parecer la vida continuaba, y Alec y compañía estaban pasándola bien. Mientras, ella disfrutaba de un verano inolvidable. Se recostó en la toalla y cerró los ojos.

De pronto una sombra le tapó el sol y unas gotas de agua le cayeron en el cuerpo. Abrió los ojos y vio a un hombre frente a ella, goteando agua. —Hola —la saludó con voz ronca y cálida.

— Ho... hola —contestó después de tragar en seco. No era el tipo de hombre con el que estaba acostumbrada a hablar, sino que este ejemplar atractivo, moreno, hacía que sus manos sudaran.

Miró alrededor buscando a Tony y a Alicia. Sintió alivio al verlos y les gritó: —¡Tony! ¡Lisha! ¡Regresen! —gritó como para establecer que no estaba sola. El hombre miró a los pequeños y le sonrió.

—¿Llamando a los refuerzos?

Libby se ruborizó al darse cuenta de cuan transparente había sido. Y vaya que necesitaba refuerzos, aunque él sólo fuera de paso, lo cual no era ese el caso, notó de inmediato. El se sentó cerca de ella y sonrió cuando los niños llegaron.

— Hola Tony. Hola, Lisha.

—¡Alec! —gritó Alicia feliz y lo abrazó.

—¡Alec! —exclamó Tony—. ¡Dijeron que aquí estabas!

Libby parpadeó. ¿Alec? ¿Alec Blanchard? Se preguntó por qué no lo había reconocido, pero se dio cuenta de que en pantalla no se aparecía recién salido del agua.

Pero si era el Alec Blanchard, el hombre a quien le daban una fiesta,

¿entonces qué hacía ahí? Abrió la boca para decir algo cuando una voz femenina se escuchó entre los arbustos.

—¡Yuju, Alec!

El gimió. Miró desesperado alrededor, después extendió la mano en dirección de Tony.

— Préstame tu esnórquel —después dijo a los tres—. Y no me han visto —y sin esperar contestación a tan descarada mentira, corrió hacia el mar y se perdió bajo una ola.

Momentos después aparecieron en la playa una rubia muy alta y una morena diminuta. La mujer de más edad, la morena, mostraba expresión sombría. La rubia caminó directo hacia Libby y los niños.

— Busco a Alec Blanchard, ¿lo han visto?

Tony y Alicia miraron a Libby, quien, con la boca apretada, dijo la mentira. — No, señora.

—¿Sabes cómo es él?

—Sí, señora —contestó Libby muy propia.

La mujer suspiró para después contestar:

— Bueno, si lo ven, díganle... —pasó una mano por su cabellera—. No importa. El ya lo sabe —concluyó. Se volvió hacia la otra mujer y le dijo—: Parece que no ha estado por aquí, Catherine.

Era la madre de Alec, adivinó Libby por la conversación anterior con la señora Braden. Catherine ahora parecía preocupada, no molesta como la rubia.

— Pobre Alec —la escuchó decir antes de emprender el regreso. Libby las observó curiosa. ¿Por qué Alec no quería verlas? ¿Por qué evitaba una fiesta que daban en su honor? Miró el mar y vio una cabeza morena sobresalir un instante antes de volver a desaparecer.

— Debemos irnos —dijo a los niños.

—No podemos —indicó Tony—. Debo recuperar mi esnórquel. —Ya te lo devolveré —prometió Libby.

—Prefiero esperar.

Y también Libby esperó... Quería saber más acerca de ese hombre por

quien había mentido, sentir ese escalofrío de anticipación, la atracción fundamental que la invadió cuando sus miradas se encontraron.

— Bueno, pero sólo unos minutos —concedió. Después construyó un castillo de arena en compañía de los dos niños; ignoraba la periódica aparición de la rubia mujer cerca de donde ellos estaban y decidió no poner atención a las constantes apariciones en el agua de la cabeza de Alec.

Al fin se hizo de noche como para seguir esperando. Alec no daba señales de salir y supuso que él estaría esperando que se marcharan.

— Vámonos —ordenó al fin y tomó su toalla mientras pedía a los niños que recogieran las cosas de la merienda—. No tan aprisa —gritó a Tony que iba delante de ella con la linterna en la mano. Tropezó y habría caído si un par de brazos fuertes no la sujetan. Iba a gritar cuando la besaron en la boca. Fue un beso breve, pero duró lo suficiente para alterar los ejes de su vida.

—Shhh... —dijo alguien contra su boca y ella reconoció de inmediato esa voz — . Soy yo.

Alec.

—Y no me preocupé tanto por evadirlas como para que ahora les haga saber dónde estoy, ¿o sí?

Atontada Libby sólo asintió, y su corazón latía acelerado. ¡La había besado! Alec Blanchard la había besado.

La abrazaba; sus manos se sentían frías contra su cuerpo ardiente. ¡Ese beso! ¿Fue sólo para que no gritara, o...?

—Yo... lo... siento —balbuceó y esperaba que él la soltara, pero no lo hizo. Una mano recia tomó la cesta que ella llevaba y la otra se entrelazó con sus dedos. —Anda, alcancemos a los niños —y la guió camino a la casa. Tony y Alicia ya los esperaban en el porche.

— Sabía que lo traerías —dijo el niño y tomó su esnórquel mientras Libby buscaba las llaves de la casa. Cuando las encontró sus dedos trémulos las dejaron caer y observó mortificada cómo Alec se inclinaba a recogerlas.

—Permíteme —pidió el abriendo la puerta; después, se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Cuando Libby entraba recordó su beso y lo miró. El le guiñó un ojo haciéndola sonrojar.

—Puedes poner la cesta en la cocina —murmuró Libby—. Gracias por traerla, pero ahora discúlpame. Tengo que acostar a los niños.

— Pero... —protestó Tony.

—Alec está aquí. Tenemos que... —alegó Alicia.

—A bañarse. Y después a la cama —insistió Libby con toda la autoridad que pudo reunir—. Ya es tarde.

De mala gana los niños la precedieron escalera arriba. La chica rogó porque Alec ya se hubiera marchado para cuando ella bajara de nuevo. Bañó rápido a los niños y mientras éstos se ponían el pijama ella tomó una ducha. Tony quería bajar a dar las buenas noches a Alec y Alicia insistía en que el actor le leyera un cuento. Libby se negó rotundamente.

—Estoy segura de que ya regresó a su fiesta.

—No me parece que quisiera ir allá —declaró Tony con franqueza, a lo que Libby replicó:

—Es un caballero como para ausentarse tanto tiempo. Quizá lo único que necesitaba era pasar un poco de tiempo solo.

— ¿Nos lees un cuento? —pidió Alicia. Libby suspiró. Lo único que deseaba era bajar a la intimidad de la sala para recordar los fantásticos

acontecimientos de las últimas horas. Sólo que no estaba ahí para soñar. Les leyó un cuento y les dio el beso de buenas noches. Salió y de puntillas bajó por la escalera.

Alec se apoyaba contra la pared. Aún llevaba el traje de baño y le sonrió a la chica.

—Al fin.

Libby se detuvo en seco, azorada. Ahora estaba segura de que era el hombre más atractivo que hubiera visto. Su masculinidad vibrante la dejó sin habla y se habría quedado inmóvil si no es porque la sonrisa de Alec se amplió.

— ¿Te convertiste en estatua? —bromeó él.

Libby se sonrojó, humedeció sus labios resecaos y acabó de bajar por la escalera. —Pensé... creí que ya te habías ido. ¿Qué pasó con tu fiesta?

—Allá nadie me echa de menos.

—Salieron a buscarte.

— Eso fue hace dos horas, cuando se sentían los buenos samaritanos. Ahora estoy seguro de que nadie siente dolor —había un dejo de amargura en su tono, que la hizo mirarlo con atención.

La estremeció hasta lo más profundo de su ser cuando la besó, pero ahora le pareció verlo estremecer. Había en su mirada una expresión obsesionada que imaginó no sería normal. Recordó a Clive Gilbert.

—Lo sientes tú —dijo ella con suavidad—. Me refiero al dolor. Alec entrecerró los ojos y le lanzó una mirada aguda. Libby no se amedrentó por ello, y él suspiró antes de contestar:

—Niña lista. Eres perceptiva.

Libby se encogió de hombros. Ahora entendía que la señora Braden tenía razón al decir que Alec Blanchard sufría, y que sin importar que sus padres hubieran organizado una fiesta para distraerlo, él necesitaba otro tipo de esparcimiento.

— ¿Quieres un poco de café? Quiero decir, si piensas quedarte. —Sí,

gracias —le sonrió. Cuando Libby caminaba hacia la cocina, se volvió.

—Si vas a... quedarte, puede... que desees tomar un baño. Es posible que el señor Braden tenga ropa que pueda quedarte.

Alec la miró, después sonrió. Era una sonrisa que la derritió.

—Perfecto —contestó antes de dirigirse hacia el cuarto de baño.

Mientras él se bañaba, la chica tomó unos pantaloncillos y una camisa de David Braden y se disculpó diciéndose que hacía lo correcto, pues eran amigos... aunque en realidad no le importó si lo aprobaban o no.

De pronto eso ya no le importaba. Notó en Alec Blanchard una necesidad que ella satisfaría. Dejó en el cuarto de baño la ropa y con el pulso acelerado fue a la cocina a preparar el café.

Tomaba té frío cuando Alec entró. Iba descalzó y la ropa le quedaba grande, pero a pesar de eso a Libby le pareció maravilloso.

—Mucho mejor —aseveró él sonriente mientras se acomodaba el pelo con los dedos.

Libby tragó en seco antes de poder contestar:

—El... café... ya está listo.

Alec aceptó la taza y miró a Libby por el borde de ésta. Sus ojos eran oscuros, tenía el tipo de mirada que llega hasta el alma. Libby desvió el rostro. —Así que tú eres la chica de verano —le dijo.

— ¿Qué? —parpadeó confusa—. ¡Ah! ¿Quieres decir la niñera? Sí —se sentía diferente, como si fuera dos personas a la vez... la chica de verano y la de siempre. Sobre todo esa noche.

— ¿Te gusta estar aquí? —le preguntó Alec.

—Oh, sí —contestó de inmediato—. Todo es tan... nuevo. Tan diferente. —
¿Diferente de qué?

—De Iowa.

—Tenías que ser de Kansas —rió él.

—¿Por qué?

—Porque eres muy campirana.

¿Y qué otra cosa esperaba ella? ¿Que la encontrara atractiva? ¿Un hombre de mundo como Alec Blanchard?

— Por tu inocencia —continuó Alec—. Te veo ingenua.

Ahora el rostro de Libby ardía.

— Vamos al porche —sugirió Alec al apagar la luz. Libby, aún mortificada, permaneció inmóvil hasta que la mano de Alec se posó en su espalda y la guió afuera, donde dejó de tocarla.

— Te debo algo, chica de verano —le dijo cuando llegaron al porche. —
¿Qué?

—Las gracias, supongo. Por ocultarme. Esta noche no necesitaba juegos ni diversiones. Te lo agradezco.

—Me alegro —se encogió de hombros—. Las damas que te buscaron no pensaban lo mismo.

— Lo sé —hizo una mueca.

—¿Una de ellas es tu madre?

—Sí.

—Parecía preocupada.

— Está preocupada. Piensa que yo debo sonreír más seguido y estar contento — había amargura en su voz. Libby no sabía qué contestar, aunque tuvo la certeza de que Alec *sufría*. Y a Libby no le agradaba que las personas sufrieran. Reunió todo su valor y dijo:

—Supe... lo que pasó con... Clive Gilbert. Lo siento.

— ¿Lo sientes? —preguntó con tono de amargura y se volvió a verla—. Sí, yo también. Lo siento en el alma. Pero eso no hará que Clive regrese, ¿o sí? — su mirada la retaba a minimizar su dolor. Estaban tan cerca que Libby podía sentir el calor del cuerpo masculino. Pero más que eso, lo que ella deseaba compartir era el dolor. De manera instintiva lo tocó en la mejilla y contestó:

— No. Nada podrá hacerlo regresar.
Espero que Alec se alejara, pero no fue así, sino que sólo murmuró: —Oh, Dios —y la atrajo hacia sí.

Ese beso no fue breve; ni de agradecimiento. Era hambriento, desesperado. Pedía lo que ella ni siquiera sabía que podía dar. Y la chica no se negó.

El beso de Alec la despertó a la vida, le ofreció horizontes que ella no imaginaba. El la moldeó contra su cuerpo para hacerle sentir su excitación. Presionó sus caderas contra las de ella, en tanto sus manos buscaban los senos bajo la blusa, y al encontrarlos...

Libby se encogió, pues su propia necesidad la sorprendió, llenándola, y de manera instintiva se adhirió a él. Se sentía tan bien poder consolarlo. Y de pronto Alec se apartó. Sólo lo suficiente para que el aire nocturno pasara entre sus cuerpos; sólo lo suficiente para que ella notara su agitada respiración.

Y en ella siguió notando su dolor. Volvió a tocarlo; acarició su cuello. — ¡No! —gimió más desesperado que molesto—. No me lo permitas. — ¿Permitirte qué? —no estaba segura a lo que él se refería. Alec rió brusco.

—Ah, la inocencia. ¿Ves? Te lo dije —la miró—. ¿En verdad te me ofreces, chica de verano? ¿Me ayudarías a olvidar?

¿Podría?

Se ruborizó al pensarlo, pero mucho más ante la posibilidad real de que podía hacerlo.

Nunca antes sintió así; jamás se sintió tan atraída hacia un hombre. Ninguno la tocó así antes. Ella jamás experimentó tal deseo, tal anhelo. Y ciertamente nunca correspondió igual.

— Yo... —Libby bajó la mirada incapaz de mirarlo. Alec levantó una mano para acariciar el cabello de la chica, que ondeaba con el aire. La acariciaba con ternura y la tomó por la barbilla para obligarla a mirarlo. Ahí, bajó la luz de la luna lo vio sonreírle. Era una sonrisa de ternura, cálida y

amorosa. Ella también sonrió.

—¿Cómo te llamas?

—Libby.

—¡Mamá! ¡Me estoy congelando! —Sam, tiritando y con la piel erizada, apareció frente a ella, quien parpadeó.

—¡Oh, Sam! ¡Cielos! —rápido se puso de pie, sintiéndose culpable por estar ruborizada aún.

Envolvió al tembloroso Sam en una toalla y lo frotó con fuerza. —Vámonos —ordenó y comenzó a caminar de regreso, pero se detuvo bruscamente.

Lejos, por donde caminaban, distinguió a un hombre moreno en compañía de una niña rubia.

— ¿Quiénes son? —preguntó Sam siguiendo su mirada. Libby no contestó. Había un límite a lo que Alec quería hacer, pasado o presente, en una sola noche. Se volvió de pronto y caminó de regreso a su casa.

—Anda, Sam —le dijo al niño—. Se hace tarde.

La luz del día siguiente hizo regresar su estabilidad. La vida continuaba, tal como dijo Evelyn Braden hacía tantos años. Y aunque se revolvió inquieta en la cama toda la noche, Libby supo que nada había cambiado.

Había vuelto a ver a Alec. Había revivido, por primera vez en años, la noche de su primer encuentro. Pero después del encuentro, luego de las reminiscencias, aún tenía veintiséis años, era la madre de un niño de siete años, y la estudiante con un trabajo por hacer durante las siguientes siete semanas y media.

Sus estudios, los cuales había terminado la última semana de marzo, ni la escuela de Iowa, aún continuarían con esa sesión en Harbour Island. Libby

había considerado las alternativas y aisló a Sam durante tres días; después, a la mañana siguiente de su encuentro con Alec, inscribió al niño en la escuela local. Sam no se quejó y con mirada brillante por la anticipación dijo a su madre:

—Arthur está en la escuela también.

Cuando lo llevaba al centro educativo, miraba a todas partes, como, si esperara ver a Alec espiando en algún lugar. Se alegró de que no fuera así.

—Nos veremos después— le prometió a Sam y le dio un beso—. Regresaremos juntos a casa.

— Está bien. Ah, allá está Arthur —y con esas palabras, Sam entró al polvoriento patio de la escuelita. Contenta lo miró alejarse, sobre todo porque no tuvo que contestar sus preguntas de la noche anterior, y también de que a Sam le interesara poco saber acerca de su padre.

Durante siete años había hecho pocas preguntas sobre el hombre que lo engendró. Cuando tenía tres años, Sam comentó.

— Toby tiene papá, Jeremy también. ¿En dónde está el mío?

—Tu padre vive muy lejos de aquí —contestó Libby.

—¿Puedo verlo?

—No.

Y como su madre no hizo más comentarios, regresó a jugar.

Ella pensó que quizá Sam no carecía de una presencia masculina. El padre de Libby siempre estaba cerca, y una vez que salió de la sorpresa de saber que su hija estaba embarazada, Samuel Portman fue un apoyo fabuloso.

Jeff y Greg, hermanos de Libby, estudiaban preparatoria cuando nació Sam y durante años fueron para el niño más como hermanos, que tíos.

Y hasta la primavera pasada, cuando hubo una comida para los padres de los *boy scouts*, Sam volvió a preguntar por su padre.

—El abuelo te acompañará —dijo Libby.

—¿No puedes llamar a mi papá y preguntarle si puede venir? —sugirió el pequeño.

—Lo siento, encanto —contestó—. No puedo. De cualquier modo, ya sabes que tu abuelo adora el pollo frito. Le dolería mucho que no lo invitaras.

Sam rió porque sabía que era cierto.
Y esa vez fue la última que mencionaron al padre de Sam.

Además, nadie hablaba de él. Ni siquiera cuando Libby dijo dónde pasarían el verano.

Mas cuando el niño se durmió esa noche, la madre de la chica preguntó: —
¿Crees que sea conveniente regresar, Libby? ¿Volver a lo mismo? Después de todo, ahora tienes a Michael.

Y su padre dijo:

—Es lo mejor que puede hacer para olvidar por completo. Qué bueno, Libby. Es preferible hacerlo de una vez por todas.

Y Libby, al mirarlo a los ojos, supo lo que esos años de silencio habían significado para Samuel Portman.

Había esperado que sus sentimientos hacia Alec Blanchard hubieran muerto. Pero no fue así. Alec la enfurecía, algo que era de esperarse. Pero también hacía latir más aprisa su corazón.

Se detestaba por pasar tanto tiempo pensando en él. Tal vez él nunca le dedicó un solo pensamiento.

Al fin se forzó a concentrarse en otra cosa y en cuanto dejó a Sam en la escuela, fue directo a hablar con los pescadores.

Pasó la mañana entrevistando a tres de ellos y empleó tres casetes. Estaba absorta en su trabajo, satisfecha de lo logrado, y regresó contenta a almorzar en casa.

Después fue a Dunmore Street, a la biblioteca Memorial. Encontró ahí todo el material que buscaba, tomó asiento ante una mesa y se dispuso a leer. Trabajó con ahínco toda la tarde y sólo se interrumpió cuando era hora de recoger a Sam.

El niño, sonriente, salió corriendo cuando sonó la campana. Arthur lo acompañaba.

— ¿Cómo te fue? —le preguntó Libby.

—Así así —contestó Sam y Arthur preguntó:

—¿Puede acompañarme Sam a pescar en el muelle?

—¿Sí, mamá? Por favor —imploró Sam.

—Primero vamos a casa a comer.

—Bueno —suspiró el niño—. Nos vemos después —se despidió de Arthur antes de seguir a su madre. El día era muy ventiladores, aunque no aire acondicionado, así que Libby ya ansiaba regresar... Hasta que descubrió a Alec esperándolos, sentado en el escalón de la entrada.

Capítulo 3

Alec, despacio, se puso de pie al verlos.

Sam, quien aún no lo había visto, seguía hablando. Libby no escuchaba nada, sólo veía a Alec...

El a su vez, sólo tenía ojos para Sam. Las expresiones que cruzaron por su rostro fueron tantas y tan variadas que Libby no pudo contarlas. Rezaba porque Alec fuera discreto. Nunca le dijo a Alec que se quedara callado, y su esperanza era que no dijera nada que pudiera lastimar al pequeño.

— Hola, Alec —saludó con tanta frialdad como pudo. Alec rió débilmente, levantando sólo un poco las comisuras de su boca, igual que Sam cuando se sentía inseguro y tenso. Libby tragó en seco.

—Hola —contestó Alec.

Sam dejó de hablar al notar al fin la presencia del hombre en el porche y miró a su madre esperando una respuesta. Como ella no hablara, Sam sonrió a Alec.

— Hola, soy Sam. ¿Quién eres tú?
La expresión de Alec fue de dolor. Aclaró su garganta y miró a Libby. —¿No vas a presentarnos?

—Mi hijo Sam —dijo, trémula, enfatizando la palabra *mi*—. Sam, él es Alec Blanchard.

—Hola —repitió el niño.

—Hola, Sam —contestó Alec con suavidad, como saboreando el nombre del pequeño—. Bonito nombre. Te queda muy bien. ¿Así se llama tu padre?

Azorada, Libby lo miró, pero Sam sólo movió la cabeza y replicó: —No. Mi abuelo.

— Le puse el nombre del hombre que estuvo a mi lado cuando él nació — intervino Libby, y sintió una gran satisfacción ante el espasmo de angustia que notó en el rostro de Alec. La chica abrió la puerta de la casita.

—¿Vas aquí a la escuela? —preguntó Alec curioso al notar los cuadernos del niño.

—No siempre. Yo vivo en Iowa. Pero me aburro cuando los demás están en la escuela, así que también yo voy.

— Debieras venir a jugar con mi hijita.

Libby abrió la boca para protestar, pero Sam se le adelantó y preguntó dudoso:

—¿Una niña?

—Es agradable —sonrió Alec.

caluroso a causa de la lluvia nocturna. La casita tenía —Quizá —Sam se encogió de hombros.

Libby prefirió no objetar, pues de otro modo Sam querría saber el porqué. Y ella no quería dar ninguna explicación. Puso su libreta y grabadora en la mesa y se dirigió a la cocina. Sam y Alec la siguieron.

— ¿Qué quieres, Alec? —preguntó.

—Lo sabes bien —contestó mirándola a los ojos.

—Yo... —sintió que la recorría una gélida oleada.

—Ya lo discutiremos —dijo él casi complacido; después, como ignorándola, se volvió hacia Sam—. Y, ¿qué haces por lo general durante el verano? —preguntó. —Juego pelota —contestó el niño, encogiéndose de hombros—. Jeff, Greg y yo vamos de pesca...

— ¿Jeff y Greg? —preguntó Alec mirándolo de cerca.

—Mis tíos.

Alec miró escéptico a Libby. Sus ojos eran duros e interrogantes. —¿Tíos? —su tono era incrédulo, burlón.

—Mis hermanos —replicó ella con acidez.

— Mmm, ya veo —pero Libby supuso que no le creía. ¿Acaso imaginaba que dormía cada noche con un hombre diferente, sólo porque fue tan tonta

como para acostarse con él? Rechinó los dientes.

—Y juego mucho con mi abuelo —continuó Sam sin notar la tensión entre los dos adultos.

— ¿Y con tu papá? —preguntó Alec.

—¡Alec! —exclamó cortante Libby.

—No lo veo —contestó Sam encogiéndose de hombros.

— Ni lo necesita —espetó Libby irritada más allá de toda medida. Sirvió a Sam leche y pan y agregó—: Tiene firme la presencia masculina gracias a los hombres de mi familia.

—Mamá tiene razón —intervino Sam después de ver cómo Alec los miraba de manera extraña—: No necesito a nadie más. Así estoy bien.

Libby miró satisfecha a Alec, quien no se inmutó. El chico continuó: —Y aquí voy de pesca con Arthur y su padre. Anteayer pescamos un tiburón. ¡Era enorme! —y extendió sus bracitos.

—¿Tan grande? —preguntó Alec con entusiasmo.

— Más grande aún. Lyman dice que aquí uno puede atrapar presas grandes. Mañana regresamos a pescar —hizo una pausa y consideró al hombre de aspecto sombrío que estaba frente a él—. ¿Quieres acompañarnos?

—Sam, Alec es un hombre muy ocupado —intervino Libby apresurada. — Creo que sí puedo acompañarlos —respondió Alec y Libby lo miró con dureza, pero él la ignoró—. Claro, si Lyman me lo permite y hay lugar. —¿Y tu hija? —le recordó Libby.

—Me acompañará. Será bueno para ella... —hizo una pausa como buscando la manera correcta de continuar—, necesita alegrarse un poco.

— ¿Alegrarse? —preguntó Sam.

—Este año ha sido difícil para ella —contestó Alec—. Su madre murió.

—Oh —Sam miró compungido a su madre y agregó—. Apuesto a que está muy triste.

Libby miró a Alec preguntándose si ya se habría repuesto de la muerte de Margo. Quizá no. Si la muerte de Clive Gilbert casi lo acabó, debía haber sido peor el perder a la mujer amada. Se preguntó qué clase de vida habrían dado Margo y Alec a la niña.

¿Margo lo acompañaba a todas partes y dejaban a la pequeña al cuidado de niñeras? Quizá. Margo nunca fue del tipo maternal. Sintió compasión por la niña.

— ¿Cómo se llama? —preguntó Sam.

—Juliet.

—En mi salón hay una Juliet. No me simpatiza. ¿Cuántos años tiene tu hija? — Casi ocho —sonrió Alec—. Y es una niña agradable.

—Bueno, en ese caso supongo que la puedes llevar —comentó Sam—. Yo tengo siete años y medio —agregó limpiándose la boca con el dorso de la mano.

— Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sam curioso.

—Tu madre me lo dijo. Y de verdad me encantaría que fueras a ver a Juliet alguna vez. Necesita jugar con otros niños.

De pronto eso ya era demasiado para Libby. No sabía qué pretendía Alec, pero antes que nada ella iba a proteger a su hijo.

—Ahí está Arthur —dijo a Sam—. Será mejor que vayas a cambiarte si quieres ir a nadar con él.

—Ah, claro. Nos veremos después —dijo Sam a Alec y metiéndose en la boca un pedazo de pan, salió corriendo a su habitación. Libby aprovechó para preguntar: —¿Qué es lo que pretendes?

Alec seguía mirando el lugar por donde había salido Sam, pero se volvió a escucharla:

- Conocer a mi hijo.
- Mi* hijo —corrigió Libby.
- También es mío. Tú me lo dijiste.
- Sólo por un accidente biológico, de esos que suelen ocurrir.
- Y vaya que ocurren —contestó Alec cortante.

Libby le dio la espalda. Lo odiaba, y odiaba lo que le hacía sentir. No tenía ningún derecho de estar ahí, de irrumpir así en su vida. Y sobre todo, no tenía derechos sobre Sam.

- ¿Cuándo vas a decirle que yo soy su padre?
- Quizá nunca —Libby se encogió de hombros.
- ¡Claro que lo harás!
- ¿Por qué habría de hacerlo? —lo enfrentó.
- Porque el niño tiene derecho a saberlo —dictaminó Alec.

Claro, él tenía razón. Pero no era fácil decírselo a un niño. Para hacerlo se necesitaba tiempo, prepararlo.

- Algún día —concedió ella al fin—. No hay ninguna prisa.
- Yo creo que sí.
- Lo crees *ahora*—lo corrigió—. Hasta ayer ni enterado estabas de su existencia. —Lo sé ahora —Alec tensó la mandíbula—. Y quiero conocerlo.
- Peor para ti.
- Maldición, Libby. Es mi hijo.
- ¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que te acomode? Y después, ¿qué? —Siempre va a acomodarme.
- ¿Y cómo voy a saberlo?
- ¿Crees que voy a abandonarlo? —inquirió, irritado.
- Me abandonaste a mí.

Durante un momento la miró y su mandíbula estaba tensa; después pasó una mano por su cabello.

- Ya estoy aquí.
- Vaya. ¿Y eso te da algún derecho? —lo miró con sorna.

—Sí —estalló él—, me da derecho. Tengo un hijo contigo y me asiste el derecho a ser su padre.

—En lo que a mí concierne, tú no tienes ningún derecho, Alec. Hiciste tu elección hace ocho años.

—Maldición, Libby. No podía...

—Podías y lo hiciste. Vete, Alec. Sólo vete —Libby rogó porque se marchara, igual que se había ido ocho años antes. Pero no escuchó sus pasos.

De pronto lo sintió a sus espaldas y se tensó. Una mano de Alec tocó su brazo y ella se apartó.

— Dije que te fueras.

—Libby...

—Nada, Alec. Déjame sola. No me quisiste. No me quieres. ¡Vete! —se volvió a verlo.

— Te quiero —le dijo Alec—. Siempre te quise.

Libby lo maldijo por toda contestación.

—Y tú me quisiste —afirmó él.

—¡Bueno, pero ahora ya no te amo!

—¿Es cierto? —su voz era sedosa y con tono burlón. Acarició su brazo, pero ella se apartó.

— ¡Maldito, no me toques!

—Quiero hacerlo.

—¿Y lo que Alec quiere, lo obtiene? ¿De eso se trata?

El apretó los labios.

—¿Se te han negado muchas cosas? —y sin esperar respuesta, la chica agregó

— : Bueno, perfecto. Así no te sorprenderás mucho.

—Lib, sé razonable.

— Soy razonable, Alec. Tú sé razonable ahora. Durante ocho años no has formado parte de mi vida; sólo fuiste un romance pasajero. Nunca has sido parte de la vida de Sam. ¿Por qué habría de quererte ahora? ¿Qué tendría de benéfico?

— ¡Conocería a su padre!

—No creo que eso tenga algo de bueno.

—Cielos, Libby. ¿No esperarás que me aleje, que sólo vea a mi carne y a mi sangre y me vaya como si nada?

— Sí. Yo puedo y lo hago.

—Pues yo no lo haré.

— ¿Y entonces que vas a hacer, Alec? ¿Vas a quitármelo? —le preguntó como retándolo, pero en el momento de decirlo su corazón se detuvo. Lo miró horrorizada—. No *puedes* quitármelo —concluyó desesperada.

¿Cómo podría soportarlo? Maldito Alec Blanchard. ¡Con su poder y su fama, era posible que pensara que podía lograrlo todo! Hasta a Sam, *su* hijo. Alec suspiró y pasó una mano por su cabello.

—Aún no sé qué haré. Pero algo haré —se balanceó en un pie, luego en el otro. Parecía tan cauteloso. Libby apretó los puños.

— ¡No voy a quedarme con los brazos cruzados, Alec!

—Libby por Dios, cálmate —se asombró ante la vehemencia de la chica.

—¿Que me calme? ¿Dices que me vas a quitar a mi hijo y pretendes que me calme?

— Yo no dije tal cosa. Lo dijiste tú.

—No negaste que no lo harías.

—Y no lo haré —cerró los ojos—. No me lo pidas. No voy a alejarme de él. No ahora ni nunca.

—Alec...

—No —movió la cabeza—. Ya lo solucionaremos —se acercó a la puerta como si fuera a marcharse.

—No voy a permitir que te inmiscuyas en nuestra vida, Alec. ¡No puedes obtener lo que quieres por el sólo hecho de desearlo! ¡Haré...!

—Hablabamos después —se volvió a verla—. Cuando estés más tranquila y razonable.

— ¡Estoy perfectamente razonable!

—No lo estás —puso la mano en el picaporte.

—¡Alec! —lo siguió.

—Ahora no, Libby. Quieres que me vaya, pues me voy. Por ahora. —Para siempre —insistió ella—. No te necesitamos. No te queremos. Alec la tomó por ambos brazos y la obligó a mirarlo:

—Pero yo si los quiero, Libby. Y hablo en serio. Los quiero a los dos. Y regresaré.

Si ocho años antes Alec Blanchard le hubiera dicho que la quería, la habría hecho llegar a la luna.

Pero no más sueños. Tuvo toda la noche para analizar, rumiar y examinar las palabras de Alec. Y ahora tenía la certeza de sentir desconfianza; y miedo. Sabía que no la quería a ella, por más que pareciera posesivo y sin importar cuan decididas fueran sus palabras.

Quería a Sam.

Y lo decía en serio. Ella lo notó en su mirada, en la forma en que veía al chico, en la sonrisa preñada de dolor. Pero más que nada, en su anhelo.

¿Pero a qué se refería al decir que los quería a los dos? ¿La quería a ella? Quizá sólo como compañera de cama. Ciertamente fueron compatibles en ese aspecto, recordó ruborizándose con intensidad. Pero él no la amaba, pues la dejó por Margo.

No. Si ahora la quería era porque se divirtió con ella y porque era el único camino para llegar a Sam.

Quería correr. Todos sus instintos le aconsejaban que olvidara el compromiso con el profesor Dietrich, que abandonara todo, excepto llevar consigo a Sam y correr tan rápido y lejos como pudiera.

Pero el sentido común se imponía a los instintos. Conocía a Alec. Sabía que la seguiría hasta los confines de la tierra hasta obtener lo que deseaba. Correr no la salvaría de él. Si deseaba ella conservar a Sam, debía defenderlo. Al fin y al cabo, Alec se aburría pronto, pensó con amargura. Lo sabía por experiencia.

Además, él no podía quedarse en Harbour Island durante mucho tiempo. Era uno de los directores más cotizados en el ambiente, y de seguro sólo estaba ahí descansando unos días. Bien podía ella luchar durante ese breve tiempo.

Y si se quedaba todo el verano, ella y Sam regresarían a Iowa. Allá estaría en otra posición; allá tenía todo el apoyo moral de su familia y amigos.

Sólo que eso no resolvía su problema inmediato. En ese momento debía saber cómo manejar la invitación que Sam le hizo a Alec para salir a pescar. ¿Se atrevería a decirle que era su padre?

Tenía que hablar con él. Prácticamente corrió hasta la casa de Maddy. — ¿Sabes qué número telefónico tiene Alec? —preguntó en cuanto su amiga abrió la puerta. Con los ojos abiertos al máximo, Maddy le dio el número.

— Gracias —y tal como Libby había llegado, se marchó. Lois, prima de Maddy, contestó su llamada. Libby preguntó por Alec. — ¿Quién le llama?

Libby tragó en seco, después dio su nombre. Si Lois se sorprendió no lo demostró, y minutos después Alec contestó. Su asombro era evidente. — ¿Libby?

—Yo... sólo quería decirte, Alec... si tú... vas a pescar con Lyman esta tarde... y si hablas con Sam, no... no se lo digas.

— Entonces díselo tú.

—No... no ahora. No lo entendería —retrucó Libby.

—Nunca va a entenderlo mejor.

—No puedo, Alec. ¡No ahora!

—¿Entonces, cuándo? —inquirió él.

—No lo sé.

—Pronto.

—Mmm, ya veré.

—Tienes que decírselo algún día, Libby.

Dejó que el silencio contestara por ella.

—Libby —suspiró él—. Trata de ser sensata.

—Eso trato de ser. ¡No quiero esto, no te quiero aquí!

—Lo que queremos y lo que tenemos son cosas muy diferentes —declaró él con amargura.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Créeme, Libby, lo sé muy bien —hubo una pausa larga—. Está bien. No le diré nada. No todavía.

— Gracias.

—Aunque espero que se lo digas tú —aclaró Alec.

—Mmm.

—¿A qué le temes, Libby?

A ti, quiso decir. Temo que vuelvas a desequilibrar mi vida de nuevo. Que pase lo mismo con Sam.

— Se lo diré cuando sea el momento oportuno, Alec.
—Hazlo —sentenció él—. O lo haré yo.

Quisiera o no tenía que confiar en él. Y también tenía que dejar que Sam saliera con él.

Además, no quería que el chico intuyera que había más entre ella y Alec de lo que parecía. No estaba preparada si el niño preguntara quién era Alec. Algún día se lo diría, cuando se sintiera segura y a salvo. Cuando regresara a casa y se casara con Michael.

Entonces le hablaría de Alec a Sam. Pero no ahora, ni siquiera sabía *cómo* hacerlo.

Todo habría sido diferente si Alec supiera desde un principio de la existencia del niño. Entonces Sam habría crecido sabiendo algo de su padre y que sus padres debían vivir separados.

Pero nunca supo algo durante siete años y medio y ahora no tenía derecho a irrumpir en sus vidas.

Era *su* hijo, no de Alec. No tenía derechos sobre él, ni sobre cuál momento era el adecuado para decirle a Sam quién era su padre.

Por otra parte, se trataba de un niño que nada sabía de sus conflictos. Ya tendría tiempo para eso.

Vio cómo Sam se marchaba con Arthur, ambos sonrientes y contentos. Con un suspiro se dispuso a seguir con sus entrevistas.

Clara tenía más o menos setenta y ocho años; era aguda y llena de historias para contar. Se sentaron en el porche y mientras Clara recordaba, Libby escuchó fascinada, agradecida de que hubiera algo que apartara de su pensamiento a Sam y Alec. Habría escuchado hasta que regresara Lyman con los niños, pero Clara bostezó:

— Ya fue suficiente por ahora.

—¿Puedo regresar en otra ocasión?
—Cuando gustes —contestó Clara.

Apenas dejó a Clara cuando una voz de acento estadounidense se escuchó a sus espaldas.

—Disculpa.

Se volvió para ver a un hombre que le sonreía, no mayor que ella. Al ver que la chica no contestaba, se presentó:

— Wayne Maxwell.

—Libby Portman.

—Imaginé que serías estadounidense. ¿De cuál?

—¿Cuál qué?

—Revista. ¿O no eres también una reportera?

Libby negó con un movimiento de cabeza, y él la miró dudoso.

—No te reconocí, aunque será porque no conozco a todos —su tono era de disculpa y quizá de sorpresa.

—No. De verdad no soy reportera —le sonrió.

—Pero estabas grabando todo lo que decía la señora. También te vi ayer en el muelle hablando con algunos pescadores.

—Estoy en un proyecto de investigación.

—¿Y no hacemos todos lo mismo? —rió Wayne—: Blanchard mismo tiene muchísimos proyectos, ¿no?

—¿Blanchard? —Libby tragó en seco.

—No me salgas con eso —respondió Wayne—. Tú y yo podemos ayudarnos mutuamente.

—Soy graduada de Iowa. Estoy haciendo un proyecto de historia oral para mi tesis —le mostró su cuaderno de notas—. Mira.

Después de revisarlo, Wayne sonrió torvo y le regresó el cuaderno. —Bueno, me equivoqué. No estás aquí para seguirle los pasos al famoso director.

—No.

—Bien —sonrió—. Eso quiere decir que debo verte como algo más que competencia. Permíteme invitarte una taza de café.

Libby lo consideró un buen hombre, y mientras Wayne no intuyera que había algo entre ella y Alec, no había peligro en conversar con él.

Lo acompañó a comprar dos sodas en una tiendecita; después regresaron al muelle.

Como ya había decidido que no era de la competencia, fue abierto con ella. —Trato de obtener una entrevista con Blanchard. Claro, no quiere verme.

—¿Por qué no?

Wayne se encogió de hombros y se acomodó entre los viejos botes sin pintar.

— A nuestro señor Blanchard no le agradan los reporteros. Dice que somos demasiado entrometidos, que su vida es privada. Que nos dediquemos a sus películas.

Libby se sentó junto a Wayne y fijó la mirada en el agua del mar. —¿Y no es lo clásico?

—Quizá —repuso Wayne—. Puede ser por la muerte de su esposa. —¿A qué te refieres? —preguntó Libby frunciendo el ceño.

— Un reportero iba con ella... el conducía... cuando ocurrió el accidente.

Se llamaba Jerry Corson. Iban a los Angeles a buscar a Blanchard. Supongo que Corson había obtenido algunas declaraciones exclusivas de Margo — movió la cabeza—. Quizá Blanchard se culpa de lo sucedido.

Quizá, pensó Libby. Recordó la reacción de Alec cuando murió Clive Gilbert, y cómo se sentía culpable.

—Desde entonces no ha hecho ninguna declaración a la prensa —suspiró Wayne—. De eso ya hace casi un año. Sería bueno tener alguna historia.

Y muy interesante, pensó Libby, si Wayne llegaba a ver juntos a Alec y a Sam. Justo en ese momento vio que se acercaba la lancha de Lyman, así que terminó su bebida y se puso de pie.

— Gracias por la soda. Ha sido un placer conocerte.

—De nada —Wayne también se puso de pie—. ¿A dónde vas ahora?

—Tengo que hacer otra entrevista. ¿Quieres acompañarme? —preguntó aliviada al ver que empezaba a caminar a su lado.

Libby no miró atrás, aunque escuchaba ya el motor de la lancha. No sabía si Alec iba ahí, pero rogaba que de ser así, él hubiese mantenido la boca cerrada. De cualquier manera, muy pronto lo averiguaría.

—Tu amigo nos acompañó —le informó Sam alegremente cuando llegó a la casita a la hora de la cena.

— ¿Mi amigo? —preguntó Libby. ¿No *tu padre*?

—Alec —sonrió Sam—. El tipo que estaba aquí ayer. Y también fue Juliet. Libby asintió con alivio. Alec no le había dicho nada al niño.

—¿La hija de Alec?

—Sí —respondió Sam tomando un trozo de pastel que Maddy les había llevado. —Y... ¿es agradable?

—Es una niña agradable —Sam se encogió de hombros—. Pero no habló, sólo estuvo abrazada a su padre.

Igual que la madre, pensó Libby. Las dos veces que vio a Margo junto a Alec,

antes de la boda, ella estaba prácticamente adherida a él. Y Alec no parecía molesto. —¿De verdad? —preguntó distraída antes de cambiar la conversación—. ¿Y, pescaron algo?

—Toneladas —sonrió feliz el niño—. Lyman me ayudó a limpiar los pescados. Dijo que los podemos congelar.

Y así lo hicieron después de cenar. Sam conversaba de todo lo que había hecho en la escuela y de cuando estuvo pescando con Arthur. Libby quería preguntarle qué es lo que había hecho Alec.

Pero no se atrevió. Sólo se enteraría si Sam lo comentaba.

—Juliet no es muy inútil. Lanzó el anzuelo cuando Lyman se lo entregó —habló con respeto—. Pero su padre tuvo que ayudarla a sacar lo que pescó. Una vez Alec hizo lo mismo por ella. Solían pescar igual que Lyman. Ella fue feliz con sólo estar a su lado, con hablarle, escucharlo...

Entonces, de pronto su cañamo se había tensado.
—Ya picó algo —había dicho ante lo obvio.
—Sácalo —contestó Alec, concentrado en lo que él pescaba.
Libby tiró del cañamo y se cortó las manos, pero siguió su lucha. —Creo que es una ballena —declaró ella.
Alec se volvió para verla sonriente.
—Claro, Lib.

Para ese momento Libby ya sentía dolor en las manos; el cañamo cortaba la circulación de sus dedos.

—¿Quieres que te ayude?

Al principio la chica se resistió, pues no quería que Alec pensara que era una inútil. Pero entonces la lancha empezó a bambolearse con violencia, y él empezó a preocuparse.

— Parece que si es algo grande —observó.
—Correcto —contestó Libby apretando los dientes.

—¿Quieres cansarlo un poco?

—¿Qué quieres decir?

—Que le des más sedal. Déjalo que se aleje. Después vuelves a tirar de él.

—¿Soltar el sedal? —lo miró como si estuviera loco—. ¿Ceder ante lo poco que he ganado?

—Algunas veces tienes que hacerlo —le sonrió—. Es la única manera de poderle ganar.

Libby no estaba muy convencida, aunque al final le entregó a Alec su caña de pescar.

Cuando al fin él lo sacó, apareció ante ellos un cazón de buen tamaño. —¿Lo suelto? —preguntó Alec mirando el cuchillo que estaba a su lado. Libby asintió y se lo entregó. Alec cortó el sedal y dejó libre al escualo.

—Tanto trabajo para nada —comentó Libby al ver cómo su pesca desaparecía en el agua.

—No es para tanto —repuso Alec frotando con fuerza sus manos—. Ese es el reto —la miró y sus ojos brillaban—. Me encantan los retos.

¿Tras de qué iba Alec esta vez? ¿Veía como un reto irrumpir en las vidas de ella y de Sam?

Lo sucedido a la mañana siguiente fue lo que le dio a Libby esa impresión. Estaba mecanografiando sus apuntes, pendiente también de la hora en que regresará Sam de la escuela, cuando de pronto vio aparecer a Maddy con un sobre de color crema en la mano. Claramente se notaba que iba dirigido a ella y a Sam... de parte de Alec.

Libby sólo una vez vio su letra, pero con eso fue suficiente. Sintió un escalofrío recorrer su espalda.

En ese momento Sam entró y miró curioso el sobre.
—¿De quién es, mamá? ¿De Michael?

—No —Libby leyó en silencio. Era una nota breve. El y su hija los invitaban a cenar al día siguiente.

— ¿De quién es? —insistió Sam.
—De Alec Blanchard —contestó.

—¿Y por qué nos escribe? —preguntó extrañado—. Pudo venir a decirnos lo que quiere, ¿no?

—Claro —pero sabía que no lo haría. Así era mucho más sutil. Y difícil de rechazar.

— ¿Qué quiere?
—Pues... nos invita a cenar.
—¡Grandioso! Así puedo conocer el jardín de Juliet.

— Esto lo decido yo, Sam —le informó Libby cortante. Los ojos del niño se abrieron al máximo ante su tono de voz y la hizo sentirse culpable. Nunca le hablaba así, al menos en lo que a invitaciones a cenar se refería. Sólo que esta invitación no era tan inocente como parecía.

Temía lo que eso implicaba, lo que Alec pudiera hacer si no aceptaba. Pero más que nada, temía no ser inmune a Alec, después de todo. Todavía tenía el poder de hacer latir más aprisa su corazón, de acelerar su pulso.

Y estaba segura de que él lo sabía.

Alec utilizaría todo... y a todos... para sacar ventaja. Libby no quería que sacara ventaja de *ella*.

— Juliet tiene una casa en un árbol —le dijo Sam—. Sería fabuloso subir a conocerla —pero agregó, consciente de que ya había insistido demasiado—. Voy a jugar con Arthur —y desapareció.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Maddy—. Libby cerró los ojos y movió la cabeza.

— Si no vas, le demostrarás que tienes miedo.

—*Tengo* miedo.

—¿Y él lo sabe?

—¡No! —al menos, eso esperaba. Maddy encogió sus amplios hombros y agregó:

— ¿Y entonces para qué demostrárselo?

—Supongo que tienes razón —suspiró Libby.

—¿Qué querrá?

—¿Al invitarme, te refieres?

—Sí.

—Dice que me ama —contestó inexpresiva.

—¿Y tú lo amas?

—¡No! —exclamó Libby.

Maddy la observó en silencio antes de contestar:

—Mejor para ti.

—Lo sé —necesitaba ser fuerte... y recordar a Michael. Maddy extendió las manos al agregar:

— Entonces demuéstraselo. Tienes que ser fuerte. Por ti y por el niño. —
Lo sé —suspiró—. Y eso significa que tengo que ir a su casa, ¿verdad? —Sí.

—Entonces, iré.

Capítulo 4

— Creí que no iríamos —confesó Sam cuando caminaban hacia la casa de la familia de Alec. Se había sorprendido cuando Libby le comunicó su decisión. Y hasta lo complació.

Libby se debatía entre dejarlo disfrutar y no animarlo a hacer amistad con Alec. Nada se le ocurrió para evitarlo.

— Lo hacemos por cortesía —indicó con tono inexpresivo.
—No te simpatiza, ¿verdad? Me refiero a Alec.
—Me agrada —respondió deteniéndose a mirar a su hijo.
—Pues no lo parece. No le sonríes como a Michael. Ni siquiera lo miras. —
El no es Michael, Sam.

—¿Hace mucho que lo conoces? —inquirió el niño mirando el camino que tenía ante sí.

— Sí.
—Le gustas.
—Claro —ella tropezó y su respuesta fue irritada.
—Quiero decir, igual que le gustas a Michael.
—¿Cómo sabes eso? —se detuvo.
—Lo sé —Sam parecía culpable—. Hace muchas preguntas.
—¿Qué clase de preguntas?

— En dónde vivimos, lo que haces, si vivimos contentos, si te gusta lo que haces. Como si le interesara. Sobre todo cuando me pregunta si soy feliz. ¿Y si también quiere casarse contigo?

—No hay manera de que me case con Alec Blanchard, Sam. Voy a casarme con Michael.

—También me agrada Michael —repuso extrañado por la vehemencia con que su madre contestó.

Libby lo observó adelantarse. Estaba preocupada y sus nervios se tensaban conforme se acercaban a la casa de Alec. En ese momento encontró mil razones por las que no debieron aceptar su invitación, pero ya habían llegado y en el porche se encontraba una niña rubia que gritó en cuanto los vio llegar.

—¡Allá vienen! ¡Papito! ¡Mira, allá vienen!

De manera inconsciente Libby aminoró el paso, pero Sam corrió a encontrar a la niña. Entonces, apareció Alec.

Vestía unos pantaloncillos en blanco y azul marino y camisa blanca de algodón. Llevaba el pelo húmedo por el reciente baño y acababa de rasurarse. Estaba tan atractivo... y lo peor de todo es que le sonreía. Al sólo verlo el corazón de Libby dio un vuelco.

Trató de serenarse, decidida a recordar la indiferencia que estaba dispuesta a demostrar.

Alec alborotó el cabello de Sam y lo saludó sonriente, pero nunca dejó de mirar a Libby. Le extendió la mano en cuanto ella se acercó.

—Viniste —murmuró él con suavidad. Casi parecía sorprendido. Libby estaba preparada para otra actitud. Nunca para verlo dudar, ni siquiera brevemente. Le ofreció su mano y una sonrisa cortés.

—Fue muy amable de tu parte invitarnos —dijo en su mejor tono de cortesía.

— La amabilidad aquí no tiene nada que ver —contestó Alec, y ella notó que su incertidumbre se había desvanecido. Continuaba estrechando su mano, impidiéndole alejarse.

— Tranquila, Lib —observó burlón mientras su dedo pulgar acariciaba la palma de la mano femenina—. No voy a atacarte aquí —y al verla enrojecer con intensidad, agregó—: Hay alguien a quien deseo que conozcas. Ella es Juliet. Juliet... —se volvió hacia la pequeña— ella es Libby, la madre de Sam.

En la voz de Alec había cierto tono de esperanza al presentarlas. Libby lo miró azorada, después se volvió hacia la pequeña.

Había tratado de no pensar en esa niña porque le dolía. Pero como no lo logró, trató de imaginar a una Margo en miniatura. La realidad era bastante diferente.

Oh, claro, se parecía a su madre, con esa cabellera larga y rubia, su hermosa estructura facial y esa barbilla delicada. Pero eso era todo el parecido con Margo. La niña era pequeña, pálida y bastante tímida.

En cuanto se la presentó, Juliet se escudó en su padre y miró a Libby con cautela. Libby sintió simpatía por ella; así es como ella misma se habría comportado de tener su edad.

Libby le sonrió y la miró de cerca, tratando de encontrar algo de Alec en la niña. No pudo detectar ningún rasgo. Le dijo tranquila:

—Hola, Juliet —y como no obtuviera respuesta, agregó—: Sam dice que tienes una casa en un árbol.

La niña asintió con timidez.

—¿Tú la construiste?

—Sólo ayudé —su vocecita era tan queda y dudosa como ella misma.

—¿Puedo verla ahora? —interrumpió Sam brincando en un pie, luego en otro. Juliet miró a su padre, quien asintió.

—Vayan. Pero regresen en cuanto escuchen que Lois anuncia la cena.

Libby los observó marcharse con emociones en conflicto. Le gustaba que Sam tuviera una amiga y que esa amiga, tímida, estuviera contenta con el amigo que tanto necesitaba... pero el hecho de que fuera la hija de Alec, y medio hermana de Sam... eso no le gustaba.

— Gracias —dijo Libby cuando quedaron solos—, por no decirle nada. Alec la guió por las puertas de cristal hacia la sala.

—Supongo que tú tampoco le has dicho algo.

—No —lo siguió con lentitud.

—Pero lo harás —le ofreció un daiquirí. Libby no supo si le alegraba el que recordara lo que le gustaba beber.

— Supongo que sí.

—Podríamos decírselo juntos —propuso Alec.

—No.

—Creí que por eso habías venido esta noche.

Libby negó con un movimiento de cabeza.

—¿Entonces por qué has venido?

—Porque no quise dar explicaciones a Sam. Querría saber por qué no acepté venir.

— Alguien debe revelárselo —intercaló él con tono cortante. Tomaba un whisky y apretaba el vaso con fuerza—. ¿Cuánto tiempo más crees que estará contento con un padre que vive lejos?

— Así está contento.

—Pero su padre no —aseguró él y caminó hasta la ventana para mirar el mar.

—Su padre no me importa —repuso ella con irritación. Alec se volvió para verla y le dijo:

— Pues debería.

—¿Por qué? —inquirió Libby.

—Porque si te importara, la vida sería mucho más fácil para todos nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero conocer a mi hijo —replicó él después de una pausa. —Quizá Sam no quiera conocerte.

—Querrá.

Esa confianza la hizo odiarlo y espetó furiosa:

—Estás tan confiado, tan seguro. Maldito seas, Alec. ¡Nunca debí venir!

—Por el contrario —la contradijo—, es lo mejor que pudiste hacer. De otra manera habría ido a buscarte.

—¿Para qué? —lo retó, pero en cuanto lo hizo se arrepintió. Alec caminó

hacia ella haciéndola estremecerse—. No.

— ¿No? Eso no lo creo, Libby. Y tampoco lo crees tú —la besó en la boca, con suavidad y ternura, haciéndola recordar algo tan puro, tan dulce y perfecto, que quiso gritar.

Tembló, cerró los ojos, apretó los puños en gesto de resistencia. ¡No! pensó. Pero el beso continuó, profundizándose, convenciéndola. ¡No, por favor! ¡No! rogó. Y entonces, Alec al fin se apartó y la miró, tan trémulo como ella misma. Esa expresión desapareció tan rápida que la chica se preguntó si la había imaginado. —¿No, Libby? A mí me parece enteramente lo contrario.

Libby cruzó los brazos con decisión y se negó a verlo. Sabía que temblaba y no le importó. Alec se apartó un poco y sonrió.

—¿Quieres que los niños cenén con nosotros, o prefieres esperar a que lo hagamos solos?

Tan lejos estaba de pensar que diría eso, que ella se quedó estupefacta. ¿Entonces el beso nada significó para él? Luchó por recobrar la cordura y la calmada determinación que tanto necesitaba.

—Con ellos —respondió inexpresiva cuando al fin pudo hablar. Alec no objetó ni mencionó el beso, pero había en él tal satisfacción que parecía decirle *te lo dije*.

— Iré a informárselo a Lois —y se fue a la cocina. Al quedarse sola trató de recobrar la compostura, pero no lo logró. ¿Cómo podía el beso de un hombre alterarla así? Aspiró varias veces profundamente.

Cuando Alec regresó la encontró en el balcón, mirando el mar. Se le unió y ella se apartó con cautela, aunque él no dio señales de querer besarla.

— Ayer te vi con Maxwell —le dijo con dureza.
—¿Con quién?

—Con el reportero —la miró de cerca—. ¿No te reveló su profesión? —Sí.
—¿Ahora coqueteas con él?
—¿Que yo qué? —preguntó mirándolo.
—Coqueteas con él —repitió.
—Claro que no.
—Saliste con él —afirmó después de mirarla con dureza.
—Quería hablar contigo. No creí que las circunstancias fueran las adecuadas.
—No lo eran. Y nunca lo serán —miró al océano—. Mantente alejada de él.
Libby lo miró boquiabierta.
—Yo veré a quien me dé la gana.
—No a un reportero —repuso él con brusquedad.
—Parece agradable. ¿Por qué no he de hablar con él?
—Porque no me agradan los reporteros.
—¿Por culpa de... Margo?
—¿Qué hay con Margo? —se volvió a mirarla.

— Sólo... que... Wayne mencionó que Margo murió cuando viajaba a Los Angeles en compañía de un reportero. Que... que iban a encontrarte —Libby lamentó mucho haberlo mencionado, pues notó el dolor reflejado en el rostro de Alec y eso contestaba su pregunta sobre si se habría sobrepuesto a la muerte de su esposa. Aún no lo superaba.

Alec nada dijo, pero apretó la boca y una emoción extraña brilló en sus ojos.
—Mantente alejada de los reporteros, Libby —volvió a decir—. Son unas sanguijuelas que sólo buscan su provecho.

— Sólo desea una historia.
Alec la miró con duda.

—Parece más sensato que se la proporciones —continuó ella—. Así te dejará en paz.

— ¿Puedes garantizarlo? —inquirió.
—No, claro que no.
—Y nadie puede hacerlo.

Libby lo miró, pensando en quién lo había decepcionado en el pasado. Se lo habría preguntado, pero él cambió de tema bruscamente.

— Bueno, ¿qué te parece Juliet?
—Es... una niña adorable.
—Así es. Margo tuvo una buena niña.

—Tú también —no pudo evitar ese comentario. Alec la miró sombrío y pasó una mano por su cabello.

— Si eso te sirve de consuelo... —dijo con amargura. Libby lo miró y notó en su expresión una vulnerabilidad poco característica en él. Igual que cuando murió Clive Gilbert. ¿Acaso volvía a pensar en la muerte de Margo?

Quizás. Y ahora era probable que le hablara de eso. Pero ella no estaba dispuesta a soportarlo, así que bruscamente se volvió y dijo:

— No me interesa escucharlo, Alec. Si desearas hablar de eso, estoy segura de que Wayne Maxwell estaría más que feliz de escucharte. Yo no. Nada tiene que ver conmigo.

— Por Dios, Libby...
—¡No quiero hablar de eso! Y si insistes, me iré.
No deseaba saber nada sobre su matrimonio con Margo Hesse. —¿Te dijo Sam que fuimos a pescar con él?

—Sí.
—Es un gran chico. Has hecho un buen trabajo.
—Gracias.
—¿Fue difícil... hacerlo sola?
—Tuve mucha ayuda.

—¿Te refieres a tus hermanos? ¿Y a tus padres? Siempre supe que eran una familia muy unida. Yo... no debí sacar conclusiones erróneas —admitió. — No; no debiste.

— ¿Cómo lo tomaron... cuando se enteraron? ¿Se...? —se interrumpió como si pronunciar la palabra le fuera muy difícil. Su rostro estaba tenso, ruborizado. ¿Acaso le importaba lo que habían pensado de él?

Lo dudaba. Y si era el caso, peor para él. Nada se comparaba con lo que ella tuvo que soportar, no sólo con su familia, sino con el pueblo entero. —Todos en casa se conmocionaron al enterarse —fue franca—. Los decepcioné. Pero

ellos no me abandonaron. Me ayudaron en todo.

—A diferencia de mí —Alec frotó su nuca—. ¿Cómo fue? Tu... embarazo, quiero decir —parecía tener dificultad también con esa palabra—. ¿Fue... difícil? —Al principio me sentí muy mal —contestó Libby después de encogerse de hombros—. Pero como tenía que ir a la escuela no tuve tiempo para lamentarme. —Fuiste afortunada.

—¿Sí? —preguntó mirándolo con ironía y él tuvo la gracia de ruborizarse y apartar la mirada.

—La cena está lista —anunció Lois desde la puerta de la sala y el alivio de Alec fue casi palpable.

— Todo estuvo delicioso, Lois —agradeció Libby cuando terminaron. Fue una cena que por sí sola habría garantizado el visto bueno de Sam, pero la casa del árbol lo había encantado.

—Tienes que verla, mamá. Cuando regresemos, construiremos una en el roble. El abuelo me dejará. Lo sé —sus ojos brillaron.

— Quizá.

—Claro que sí —Sam estaba optimista.

—¿Viven con tus abuelos? —preguntó Alec.

— A tres cuadras de su casa. Los visito mucho. Mi abuelo me hace muchas cosas. Me construyó un avión que vuela de verdad, y una balsa de madera. Y mi abuela hace las galletas más ricas.

— Desearía tener abuelos —comentó Juliet. Era lo primero que decía durante la cena. Libby supuso que Leopold Hesse, el padre de Margo, nunca tendría tiempo para ser abuelo. Pero los padres de Alec eran personas maravillosas, los abuelos ideales. Miró a Alec.

— Mi padre murió hace seis años —contestó Alec a la pregunta que ella no hizo—. Infarto. Y mi madre falleció el otoño pasado —no pudo, evitar su tono triste. Libby recordó cuánto querían a su hijo, cuánto lo cuidaban.

—Lo siento.

—Gracias —y como si no soportara seguir hablando de eso, se volvió hacia Sam—. ¿Quieres regresar pronto a pescar?

— Sí. Contigo fue más divertido. Lyman está muy ocupado.

—Lyman sabe lo que hace.

—Lo sé —reconoció Sam. La conversación que siguió fue agrídulce para Libby.

Había una afinidad evidente entre padre e hijo, una conexión que ella había creído imaginar, pero que era verdadera.

Observó cómo Juliet lo miraba, después la observaba a ella de reojo Y cada vez Libby le sonreía, pero la niña rápidamente miraba a otra parte. No con desdén, como lo habría hecho Margo. Lo de Juliet no era otra cosa que timidez. Era el tipo de hija que Libby desearía tener.

El sólo pensarlo hizo que le preguntara a Alec.

—Maddy dice que acabas de terminar una película,

—Al contrario, la película acabó conmigo —suspiró haciendo a un lado su plato. —¿Mucho trabajo?

—Fue un caso de personalidades incompatibles. De desastres naturales. Llámalo mordidas de víbora.

— Estoy segura que lo soportaste —le sonrió.

—Debes sobrestimarme mucho —Alec movió la cabeza.

—Te conozco —observó—. Logras lo que te propones —su tono era inexpresivo.

—Y no permito que nada se interponga en mi camino. ¿Eso quieres decir? —sus ojos se entrecerraron.

—Sólo hablo de lo que recuerdo —contestó dispuesta a no dejarse abatir. Alec suspiró profundamente y ella mantuvo la vista fija en su plato.

Después de la cena Libby observó a Alec, Sam y Juliet jugar en el suelo con el mecano y sintió un dolor muy dentro de ella.

Deseaba que la velada terminara, a la vez que anhelaba que durara para siempre.

Después de las nueve de la noche ya no soportó más y se puso de pie bruscamente.

— Es hora de irnos —anunció.

—Aún es temprano —objetó Alec.

Libby miró a Juliet, que bostezaba.

—No para los niños. Y Sam tiene que ir mañana a la escuela.

Alec se puso de pie y dijo:

—Puede venir a jugar con Juliet. A ella le gustaría.

—No —era lo último que Libby deseaba—. Tiene que ir a la escuela. Allá tiene amigos. Y si Juliet está sola, ¿por qué no la envías también a la escuela?

—No —el tono de voz de Alec era firme, además, ante la sugerencia, Juliet pareció encogerse—. Quiero que esté aquí conmigo.

—Como quieras —Libby alzó los hombros—. Anda, Sam. Gracias por la cena, Alec —y abrió la puerta.

— Los acompaño a casa —sugirió Alec sosteniendo la puerta para que pasaran. —No es necesario. Traigo linterna.

—Los acompaño —el tono de voz de Alec no admitía más argumento. — Juliet...

—Puede acostarse. Lois no se irá hasta que yo regrese.

Y como no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión, Libby se despidió. — Adiós, Juliet.

— Adiós —un par de ojitos azules la miraron durante un instante. Ya salían por el patio cuando Libby escuchó una vocecita que preguntaba—. ¿Cuándo van a regresar?

—No lo sé —contestó Libby sorprendida—. Pero cuando Lois vaya de compras, puedes ir con ella a visitarme.

Juliet sonrió contenta, ondeó su manecita en señal de despedida y cerró la puerta.

—No prometas lo que no vas a cumplir —le dijo Alec. Sam, con la linterna en la mano, se había adelantado. Libby se detuvo a verlo.

— ¿Por qué no habría de cumplir mi promesa?

—Como no tienes tiempo para mí...

—Tú no eres tu hija. Además, no soy yo quien dice a los demás lo que deben hacer.

Alec contuvo el aliento y Libby creyó oírlo maldecir antes de señalar: —Es sólo que ella ha perdido demasiado. No quiero que sus esperanzas se desvanezcan.

Libby metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y siguió caminando, ahora más aprisa, tratando de alcanzar a Sam. Tropezó e igual que la noche que lo conoció, él la detuvo para que no cayera.

—Estoy bien —se apartó y empezó a correr. No paró sino hasta alcanzar a Sam. El niño se detuvo a la entrada de la casita y le preguntó a Alec.

—¿Vienes mañana a pescar con nosotros?

—Puede ser que sí —Alec no miró a Libby, sino que extendió el brazo y alborotó el cabello de Sam—. Buenas noches, pescador.

—Buenas noches, Alec —sonrió el niño—. Y gracias —agregó antes de entrar. Libby, a punto de seguirlo, murmuró:

— Gracias de nuevo por la cena.
—No —contestó él deteniéndola por el brazo.
—Claro que sí. Yo no tengo una Lois a quien le pueda imponer a Sam.

—Yo no impongo a Juliet. Ya te lo dije, quiero que esté a mi lado. La llevo a cualquier parte que voy.

— Lo siento —trató de soltarse—, pero si no entro, Sam no se dormirá. —
Sólo una cosa más —insistió Alec sin soltarla.
—¿Qué?

— Esto —y la atrajo hacia sí sujetándola con una mano por la espalda, y con la otra tomándola por la barbilla para obligarla a aceptar su beso. Sus bocas se acoplaron a la perfección, igual que antes, como si tres horas de conversación no los hubieran interrumpido.

Como si ocho años, un matrimonio y dos hijos... no hubieran existido.

El beso de Alec era suave y persuasivo, su lengua buscaba, anhelaba. Libby supo que tenía que luchar, que él buscaba... lo que su cuerpo traicionero también deseaba. Podía odiarlo, pero su cuerpo lo recordaba demasiado bien.

No, se dijo. ¡No! Pero su voluntad era débil. Y su ansia más fuerte. Tuvo que forzarse a recordar que Alec se había casado con Margo. Que había hecho su elección. Ahora no podía regresar a su lado, porque ella no se lo permitiría.

Se apartó y aspiró profundamente, desesperada.

—Buenas noches, Alec —le dijo con el tono más firme e indiferente que pudo, y le cerró la puerta en la cara.

Sam ya se había acostado cuando ella entró a verlo. La miró mientras las mantas le cubrían hasta la barbilla.

— ¿Estás contenta de que hayamos ido? —le preguntó.
Libby se frotó la boca con el dorso de la mano; después forzó una sonrisa.

—Hacía mucho que no iba a la casa de los Blanchard. Fue agradable estar allá otra vez.

— ¿Te agrada Juliet?

—Claro —se inclinó a recoger la ropa que Sam se había quitado.

—Está bien —concedió Sam—, para ser una niña. Esa casa del árbol es fantástica.

Libby se inclinó para besarlo y el niño la premió con un gran ósculo y un fuerte abrazo. Cuando Libby ya salía de la habitación, el niño le dijo:

— Creí que ibas a casarte con Michael.

—¿Qué? —Libby se detuvo en seco y se volvió a verlo.

— Vaya beso —sonrió ampliamente. Libby sintió que su rostro ardía al comprender que desde su ventana, Sam tenía una vista panorámica del frente de la casita.

—Sabes que no debes espiar a los demás.

—No estaba espiando —el niño se sentó—. Sólo me asomé... y los vi. ¿Crees que haya aprendido cómo hacerlo por sus películas?

— Es posible —contestó secamente—. Y ahora, a dormir, Sam.

—¿Qué pasará con Michael?

—Ese beso no cambia lo que hay entre Michael y yo. Sólo fue... en recuerdo de los viejos tiempos.

Sam no pareció muy convencido, pero se encogió de hombros. —Está bien — se acostó y dijo con voz adormilada—. Apuesto a que me dejará regresar a la casa del árbol.

Libby fue a su habitación y se desnudó dejando que la brisa fresca acariciara su cuerpo. Observó su imagen en el espejo.

Su cuerpo era ahora el de una mujer. Más lleno, más suave que cuando

conoció a Alec. Ocho años antes era toda brazos y piernas, de caderas estrechas y senos pequeños. Ahora sus caderas estaban redondeadas y sus senos se habían llenado, a raíz de que amamantó a Sam. Estaba mucho mejor ahora.

Se preguntó qué pensaría Alec al respecto.

Se dijo que no importaba lo que él pensara. Bien podía seguir considerándola atractiva, y lo probaba el beso que le había dado. Aunque eso nada significaba. No la amaba, pues aún extrañaba a Margo. Sus besos no eran otra cosa que lujuria y, tal vez, un intento tortuoso por llegar a Sam a través de ella.

A quien quería era a Sam, no a ella.

Se preguntó qué pasaría con Michael. Se obligó a pensar en él, en que iban a casarse, que iban a compartir su vida. Trató de imaginar su rostro bronceado y sus ojos azules.

Pero, de manera perversa, era otro rostro el que aparecía en su mente. — Maldito Alec, vete —murmuró. Se puso el camisón y se acostó.

A la mañana siguiente, en cuanto Sam se fue a la escuela, Libby llamó a Michael.

— ¿Libby? —parecía atónito de escucharla. Todos los días le escribía cartas breves, pues desde el principio sabía que las llamadas no serían frecuentes. Por lo general, tardaban mucho para establecer comunicación.

Esa mañana no le incomodó esperar. Necesitaba hablar con él. Apenas pudo dormir un poco durante la noche, y si escuchaba la voz ecuánime de Michael, si sentía su amor a través de la línea telefónica, podría adquirir fortaleza.

—¿Qué sucede? —preguntó Michael preocupado.

—Oh... nada —trató de mostrarse contenta—. Sólo que... me siento sola.

— Me alegra oírte —declaró él contento. Parecía igual que siempre,

encantado de escucharla. Calmado, sensato... tal como ella quería sentirse—. Deberías salir con más frecuencia —dijo él, y por su tono de voz Libby adivinó que sonreía.

—Quizá —aunque no para encontrarse con Alec.

—Bueno, dime qué te pasa. Tus cartas no hacen justicia, estoy seguro. ¿Cómo va todo?

—¿Qué? ¿La investigación? Oh, va bien —y le habló de sus entrevistas. Siempre hablaban de sus respectivos trabajos.

De pronto quiso contarle lo de Alec, pero cuanto más hablaban, menos encontraba la manera de decírselo.

Michael sabía que en su pasado hubo otro hombre... ¿cómo no, si existía Sam? Mas nunca hablaban del *otro* al que Libby amó.

—Todo va bien —repitió—. Sólo que... bueno, no me había dado cuenta de cuánto te extraño.

— Gracias a Dios —escuchó ahora un suspiro de alivio—. Yo también te extraño. Libby cerró los ojos y lo imaginó en su oficina.

—¿Y cómo va tu trabajo? —le preguntó ella.

—Ahora que no estás aquí, he avanzado muchísimo. Pero no vale la pena. — Deseo que estuvieras aquí.

—¿Eso quieres? —inquirió Michael.

—Claro. Pero ya no falta mucho para que regresemos a casa. Sólo espero que llegue ese momento.

—Yo también. ¿Cómo está Sam? ¿Está ahí contigo?

— Se comporta de maravilla. Ahora está en la escuela y yo tengo cita en el muelle para hacer unas entrevistas. Te estoy llamando desde un teléfono público porque en la cabaña no tenemos.

— ¿Entonces no hay manera de comunicarse contigo?

—No.

—Ya encontraré la forma de hacerlo —expresó él.

—¿Cómo?

—No me hagas caso. Sólo pensaba en voz alta.

Libby escuchó el timbre del teléfono público y se dio cuenta de que el tiempo se había terminado.

— Tengo que irme. Quedé de ver a Martha a las nueve y media. —Está bien. Nos vemos.

—Sí, dentro de seis semanas y seis días —prometió Libby, pero Michael ya había cortado la comunicación.

Capítulo 5

Libby se equivocó por completo al pensar que una llamada a Michael iba a solucionar su problema. Y en caso de que ella no quisiera advertirlo, Alec estaba más que contento de hacérselo notar.

Terminó de entrevistar a Martha y caminaba de regreso a casa por la calle Colebrook cuando se lo encontró.

— Almuerza conmigo —era más una orden que una invitación. —Estoy muy ocupada —contestó Libby y siguió caminando.

—Ya veo —replicó Alec a su vez y emparejó su paso al de ella.

—Claro que sí —ondeó ante su nariz su libreta de notas de su grabadora—. Hice una entrevista y me tomó toda la mañana. Debo transcribir mis notas.

— ¿Cuánto tiempo te tomará eso?

—Una hora. Quizá más.

—Bueno —consultó su reloj—, transcribe mientras yo preparo el almuerzo.

—Pero...

—Tienes que alimentarte, Libby. Todo mundo lo hace, así que deja de oponerte y vámonos —y la tomó por el brazo para hacerla caminar a su lado.

—¿Y dónde está Wayne Maxwell? —le preguntó a Alec, con la esperanza de que al escuchar el nombre del reportero la soltara.

— Se marchó —fue su respuesta.

—Lo echaste, ¿no?

— ¿Querías que nos viera juntos a Sam y a mí? —no, eso nunca. Libby negó con un movimiento de cabeza, a lo que él agregó—: Entonces alégrate de que se haya marchado.

Libby nunca pensó que Wayne fuera una mala persona, y si alguien hiciera un reportaje sobre su vida, le habría gustado que fuera él, y así se lo expresó. Alec le contestó:

— Bueno, démosle ese crédito. ¿Eso te hace feliz?

—Supongo que sí —y sintió cómo Alec apresuraba el paso.
Una vez en la casa, Alec le señaló la máquina de escribir y dijo:

—Anda, a trabajar —y acto seguido se dirigió hacia la cocina. Lo escuchó abrir y cerrar el refrigerador, unos cajones, y platos que entrechocaban.

—No escucho la máquina de escribir —le gritó.

Libby dio un salto y sintiéndose culpable quitó la cubierta de la máquina. Abrió su cuaderno de notas y comenzó a mecanografiar.

Sin embargo, otra cosa muy diferente era concentrarse en lo que hacía. Su estómago gruñó cuando llegaron hasta ella los aromas de la cocina y contra su voluntad se encontró caminando hacia allá.

Alec levantó la mirada al sentirla llegar y sonrió a medias.

—Ya tienes hambre, ¿verdad?

—Hmm.

—No tienes mucha comida disponible —le sonrió.

—Porque no imaginé que alguien vendría a revisar mi refrigerador — contestó —. Además, por lo general no almuerzo.

— Pues deberías —la recorrió con la mirada—. Estás muy flaca. —Estoy delgada.

—Demasiado, diría yo. Tus caderas están más redondeadas, pero nada más. Estás igual que antes.

—Apenas tenía dieciocho años entonces —contestó mirando hacia otra parte. Alec contuvo el aliento, después dijo:

— Lo sé. Ese fue uno de los problemas.

—Nunca me pareció que eso te molestara —contestó con amargura.

—Porque era un gran tonto. Pero —agregó—, ahora ya no eres una niña, ¿verdad?

— No, no lo soy más —replicó.
—Y las cosas cambiaron.
—¿Qué cosas? —preguntó frunciendo el ceño.
—Ahora no todo es juego y diversión, Libby.

Si alguna vez ella quiso una confirmación verbal de lo que significó para Alec su relación, ahora la tenía. Apretó la mandíbula y los puños y se ordenó no mostrarle a él que eso le importaba. Alec dijo brusco después de revisar lo que cocinaba:

—Dispón la mesa. El almuerzo está listo.

Ya sentados, Libby se sorprendió cuando Alec apartó su plato, tamborileó con sus dedos en la mesa, y le pidió:

— Libby, cástate conmigo.
Era lo último que esperaba que le dijera.
—¿Qué? —jadeó—. ¿Casarme contigo? ¡Estás bromeando!
—No.

—No te aceptaría, aunque fueras el último hombre sobre la tierra —contestó con mirada llameante.

—¿Por qué no? —no parecía sorprendido, más bien decidido.

— Primero —contestó Libby después de hacer a un lado su tenedor y mirarlo a los ojos—, porque no lo deseo; segundo, porque no te amo, y tercero, porque voy a casarme con otro hombre.

Ante esas palabras Alec sí que se sorprendió.
—¿Casarte...? ¿Con quién? —preguntó.
—No lo conoces —siguió comiendo.
—¿Quién es, maldición?

Desde luego no estaba celoso, pensó Libby, sino más bien molesto de que alguien más le quitara lo que consideraba suyo. La chica dio un sorbo a su café y después contestó:

— Es catedrático de la universidad.
—¿Cómo se llama?

—¿Y eso qué diferencia haría?

—No lo sé —palmeó con fuerza la mesa—, maldición. ¡Sólo dime cómo se llama! —¿Para qué? —Libby lo miró—. ¿Vas a intimidarlo?

—¿Podría hacerlo?

—No —contestó ella, aunque quizá sí lo lograra si lo veía como la estaba mirando en ese momento.

— Entonces contéstame. Si va a ser padrastro de mi hijo, tengo derecho a saberlo. —No tienes ningún derecho, Alec.

— Maldición —espetó exhalando furioso, sus ojos brillaban de manera peligrosa—. Mientes, Libby. No existe nadie más en tu vida, ¿verdad? Lo haces para molestarme.

—Claro que no lo digo *por molestarte*—respondió ella. Terminó su almuerzo y se puso de pie. Alec la imitó.

—Sí, lo haces por eso. Quieres alejarme. Tienes miedo de lo que sientes por mí.

— Alec, lo que siento por ti sólo es disgusto. En primer lugar, fui una tonta por tener relaciones contigo. Me alegra que te hayas casado con Margo. ¡Eso te salvó de hacer lo correcto y honorable casándote conmigo! —caminó enojada hacia la puerta—. ¡Y ahora vete y déjame en paz!

Alec permaneció inmóvil mirándola, esperando, haciéndola esperar. Finalmente, cuando ella no tuvo más remedio que mirarlo, él movió la cabeza.

—No me iré a ninguna parte, Libby. Por otro lado, tú no me odias. No podrías besarme como lo haces si me odias.

Libby pronunció una mala palabra y eso hizo que Alec frunciera el ceño.
—¡No hables así! Antes no decías esas palabras —la reconvino.

—Antes no hacía muchas otras cosas —contestó Libby levantando la barbilla en gesto desafiante—. Esta es la nueva Libby.

— Ah, pero la antigua está aún ahí —replicó él aproximándosele. Con

todo cuidado ella se alejó lo más que pudo y aseveró:

—No, la antigua Libby ya no está aquí.

—Yo la encontré —le sonrió Alec.

—Claro que no.

Alec la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo. El le sonrió como probándole que, aunque ella hubiera o no cambiado, él sí era el Alec de antes.

—Una cosa ten por seguro, Lib. Trataré de encontrar a la antigua Libby.

A dondequiera que ella iba, estaba él.

Se materializaba en la biblioteca cuando ella escribía algo; aparecía en la playa cuando Libby y Sam nadaban. Alec y Juliet habían ido a pescar con Lyman, Sam y Arthur; al regresar invitaron al pequeño a su casa, pues iban a cocinar lo que habían pescado.

Desde luego, la invitación se hizo extensiva a Libby.

Ella no fue y siempre encontraba pretexto para no acompañarlos, hasta que una noche Alec, en compañía de Sam y Juliet, apareció ante la puerta de la casita.

— Anda —dijo Alec sin más ceremonia—, tú y Sam van a cenar con nosotros. Como viera que Libby tardaba en contestar, agregó:

—Bien, entonces nosotros cenamos aquí con ustedes.

Alec entró y con los niños preparó el pescado mientras a ella le daban por tarea mondar patatas. Alec preguntó a Libby si su novio cocinaba para ella, a lo que la chica contestó que sí, que de cuando en cuando.

— ¿Cómo se llama? —preguntó Alec refiriéndose a Michael.

—¿Cómo se llama quién? —preguntó, Sam. Libby no pronunció palabra.

—El hombre con quien tu madre piensa que va a casarse —ese tono de Alec hizo que Libby rechinara los dientes, y lo miró como lanzándole puñales.

— ¿Te refieres a Michael? —informó Sam.

—Ah, Michael —Alec miró a Libby—. ¿Michael, qué?

—Garner —volvió a informar Sam.

—¿Es catedrático? —preguntó Alec como si pronunciara una mala palabra.

— Sí —respondió Sam ingenuo—. Da clases de biología. Una vez me enseñó a criar ranas —informó a Alec con mucha seriedad—. Fue muy interesante —miró a su madre como buscando confirmación y ella repuso:

—Sí, muy interesante.

La envidia se hizo evidente en el rostro de Alec, no porque Sam hubiera criado ranas, sino porque había sido Michael quien lo ayudara.

—¿Podemos criar ranas un día, papito? —preguntó Juliet.

—Trataremos, cariño —y con más rudeza puso a freír el pescado—. ¿Todavía no terminas de mondar esas patatas?

—Ya casi —contestó Libby con falsa dulzura—. Yo no he tenido tanta ayuda como tú.

—Pues a mí me parece que has tenido la ayuda suficiente —contestó enojado.

Durante la cena Libby evitó hablar de Michael, pues cuanto menos supiera Alec de él, mucho mejor. Sólo que no sucedió lo mismo con Sam. El niño hablaba y hablaba de Michael, de cómo le había enseñado a identificar los árboles por su nombre correcto, de cómo lo enseñó a disecar animales y que siempre que hacía viajes de estudio, le llevaba algún espécimen raro.

Libby observó que Alec se ponía cada vez más y más ceñudo. Vio cómo se le trababa la mandíbula y que un nervio palpitaba en su mejilla.

—Es un verdadero dechado de virtudes, ¿verdad? —murmuró para que sólo ella lo escuchara.

— Es un hombre maravilloso.

Alec iba a contestar algo, pero sólo la observó con frialdad.

—Te veré mañana —concluyó al fin.

—No te molestes en buscarme —respondió ella—. Tengo mucho trabajo y no deseo que nadie me distraiga.

—Ah —replicó él risueño—, pero yo sí deseo distraerte, Libby.

Pasó una semana durante la cual él se le aparecía cuando menos dos veces al día. Nadaba con ella, le hablaba, caminaba a su lado, comía con ella. También jugaba y salía de pesca con Sam.

En poco tiempo se convirtió en quien ella tanto deseaba...

Mas sólo se trataba de un mundo de fantasía. Libby no confiaba en eso... no confiaba en *él*... aunque no estuviera comprometida con Michael.

Había pocos lugares donde evitar su presencia, sobre todo porque la hacía evocar muchas emociones experimentadas ocho años antes. Se sentía atraída físicamente hacia él. Todavía lograba que su corazón latiera más aprisa.

A pesar de ello, estaba decidida a resistírsele.

Para ella fue un alivio saber que tendría que ir un día entero a Spanish Wells. Debía visitar a un pescador de nombre Gibb Sawyer.

— Tiene que hablar con él —le dijo Martha cuando Libby preguntó sobre una época en particular. Gibb Sawyer contaba con ochenta años y era el hombre más indicado para la información que ella necesitaba.

Libby estaba encantada. Todo un día lejos de ahí, a salvo de la atención de Alec Blanchard. Tendría tiempo para pensar; sería un día entero en que no tendría que mirar con desconfianza por sobre su hombro.

Hizo arreglos para que Sam faltara a la escuela, y le preguntó a Lyman si podría pasar por ellos al muelle a las nueve de la mañana. El hombre aceptó.

Mas cuando Libby y Sam llegaron al muelle, Lyman no estaba. Libby se detuvo en seco al ver que en su lugar estaban Alec y Juliet. Sintió deseos de golpear el rostro sonriente de Alec.

—Lyman tuvo trabajo —le informó Alec con extrema tranquilidad—. Le ofrecí que yo te llevaría.

—Bueno —contestó Libby consciente de que todo era una maniobra de Alec —, podemos ir a Spanish Wells otro día —y se volvió para regresar a su casa.

— Sawyer te está esperando, ¿no?

—Lo llamaré y cambiaré la cita para otro día —respondió por sobre su hombro.

—Ya no estará disponible —le informó Alec. Libby se detuvo en seco, se volvió y lo miró suspicaz.

—¿Qué dices?

—Lyman escuchó que Sawyer viaja mañana en una expedición de pesca. Cree que estará fuera diez días o más.

—Vamos, Alec. Ese hombre tiene ochenta años. No creo que...

—Es increíble, ¿no crees? —le sonrió Alec—. Pero me parece que quiere supervisar todo. Van en la lancha del esposo de su hija.

— ¿Mañana?

—Eso es lo que supe.

—Realmente es asombroso de todo lo que te enteras, Alec —dijo Libby con falsa dulzura.

— Un buen director siempre está atento a todo —le sonrió él,

personificando a la inocencia misma. El esperó; la observó, y ella supo que notaba cuan contrariada se encontraba. Hasta quizá estuviera disfrutando el momento. Maldito.

Estaba claro que Alec dirigía todo ese espectáculo. Todas las circunstancias lo favorecían.

Mas Libby se propuso que él no escribiría su parlamento. Lo miró a los ojos, aunque no sonrió.

—Está bien —dijo sin más—. Vámonos.

Sin embargo, le fue difícil mantenerse serio ante el entusiasmo de Sam y Juliet cuando zarparon. Se asomaban por la borda para contemplar, bien una tortuga o a los peces.

— ¡Oh, mira! —gritó Sam por sobre el ruido del motor de la lancha. Libby contuvo el aliento. El pequeño señalaba una bahía perfectamente curva de blancas arenas. Desde lejos bien parecía un edén.

Y al visitarla, ciertamente eso parecía, según recordaba Libby bastante bien. Apartó la mirada.

— ¿Podemos detenernos? Por favor —rogó Juliet.

—Por favor —imitó Sam.

Libby contuvo el aliento y esperó. Sabía que Alec no estaba por encima de esas manipulaciones. Pero él mantuvo el curso de la lancha y contestó:

— Ahora no —se dirigió a Sam—. Tu madre tiene trabajo pendiente —no se volvió hacia Libby, quien notó sus facciones tensas. Se preguntó si sería posible que él estuviera tan deseoso como ella de no enfrentar los recuerdos.

—Papito, pero es tan bonita —se quejó Juliet.

—Primero lo primero —fue la respuesta de Alec—. Y primero debemos ir a Spanish Wells.

Spanish Wells estaba tal y como Libby recordaba.

—¿Sabes dónde encontrar a Sawyer? —le preguntó Alec en cuando llegaron al muelle.

— Su hija me dio la dirección.

—Entonces, ve. Yo haré algunas exploraciones con los niños.

—Sam puede...

—Sam puede venir conmigo.

Libby se encogió de hombros y accedió. Sam estaría más contento paseando con Alec que sentado a su lado.

— ¿A qué hora nos vemos? —preguntó Alec.

—Creo que terminaré al mediodía.

—Perfecto —y tomando de la mano a Sam y Juliet, Alec se alejó por el muelle.

Libby lo observó durante un largo momento. Lo veía bien llevando a un niño de cada mano.

Gibb Sawyer, en silla de ruedas, no le pareció a Libby como si fuera a salir a una larga expedición. Fue directo con ella.

—Conque quiere algunas reminiscencias, ¿verdad? Pues es todo lo que me queda. No subo a una lancha desde 1984, señorita.

¡Alec, el muy perverso!, pensó Libby.

— Siéntese, señorita —le dijo después de pasarse una mano por el pelo cano que algún día fue rubio—, y le diré todo lo que quiere saber. Mag —se dirigió a su hija—, sírvenos algo frío para tomar.

Sawyer le habló de los años de auge, de la construcción de lanchas, de los días cuando Harbour Island y Dunmore Town prosperaron. Le habló de los

años buenos y los años malos, y de los días de tormenta. La deleitó con la historia de una vida plena y llena de amor, de su matrimonio que duró cincuenta y dos años, truncado con la muerte de su esposa. Al referirse a ella, Libby notó que lo hacía con profundo amor.

Estaba encantada de haber llevado su grabadora, y ambos se sorprendieron en cuanto Mag apareció ante ellos y les avisó:

—Tienen visita.

Libby miró a Alec y a los dos niños a espaldas de Mag. Consultó su reloj y vio que era la una y cuarto.

—Oh, cielos. Lo siento.

—No hay problema —respondió Alec—. Sólo vine a avisarte que vamos a almorzar. Después regresamos.

— No, señor —intervino Sawyer—. Yo ya le informé hoy lo que podía recordar. Ya puede llevársela. Regresará en otra ocasión, ¿verdad? —miró a Libby, quien asintió.

— No me lo perdería por nada del mundo. Además, tiene que terminar de contarme lo que sucedió cuando el huracán —miró a Alec como disculpándose. El se encogió de hombros.

—Continúa. A eso vinimos. Te esperaremos afuera —y antes de poder presentarlos a Sawyer, los tres salieron.

—Su hombre es comprensivo. Es la única manera de vivir en paz —afirmó Gibb y guiñó un ojo a Libby—. Tiene usted buen compañero.

—El no es...

— Hacen buena pareja —continuó Gibb sin escuchar su protesta—. Usted rubia, él moreno. El chico como él, la niña como usted. Sí, señor, buena pareja. Ahora, ¿en dónde me quedé?

Libby comprendió que no tenía objeto corregirlo y sólo contestó: —En el día en que el viento dejó sin techo al mercado.

—Ah, sí, ya recuerdo —dijo Gibb, y acomodándose en su silla de ruedas, finalizó su relato.

Libby quedó con él de regresar el lunes siguiente, después agradeció Mag su té y salió. Alec y los dos niños estaban del otro lado del muelle.

— ¿Ya estás, lista?

—Sí. Lo siento, me demoré mucho.

— La pasamos bien. Observamos cómo pesan la pesca, después fuimos al mercado a comprar panecillos. Y como tú no aparecías, vimos a unas damas hacer acolchados.

— En otras palabras, lo vieron todo —dijo Libby sonriendo a medias. — Casi todo —sonrió Alec.

—También compramos comida —intervino Sam saltando en uno y otro pie—, porque Juliet y yo queremos hacer un día de campo.

— No encontré un lugar apropiado para almorzar, aunque tengo mucha hambre —se disculpó Alec—. Así que cuando ellos me lo pidieron... —se encogió de hombros.

Los niños estaban tan entusiasmados... y un día de campo parecía tan bien, que accedió:

— Bien, ¿en dónde?

—En la casa de la familia Robinson —respondió Sam al momento. —¡Sí! Por favor —rogó Juliet.

Libby premió a Alec con una mirada de puñal. El sólo se encogió de hombros, y su sonrisa se burló de ella.

—¿Tú qué dices?

Quiso decir que no, que nunca iría allá. No podía regresar. No ahí. No podía... *no quería* recordar.

— ¿Sí, mamá? Por favor —rogó Sam.

—Es tan hermosa la isla —dijo Juliet—. La recordaré por siempre. *Sí*, pensó Libby. Ella *también* la recordaría. Encontró la mirada del Alec y dijo: — Quiero ir a cualquier otro lugar.

Aunque desde luego, no había otro lugar a dónde ir más que a esa isla.

Tenía dieciocho años y estaba enamorada del hombre más maravilloso del mundo.

Y más aún, él la amaba.

Así que cuando Alec pidió permiso a la señora Braden para salir con Libby en su día libre, la chica se sintió transportada al séptimo cielo.

La señora Braden no estaba tan segura, y así se lo expresó.

— No debes tomar muy en serio... este asunto con Alec —la previno en cuanto estuvieron solas—. Es mucho mayor que tú. También es más... digamos... experimentado.

—Lo sé —pero para Libby sólo era ocho años mayor que ella. Y si la experiencia no era freno para él, mucho menos para ella.

—¿Te cuidarás? —le preguntó la señora mientras su rostro de expresión maternal reflejaba preocupación.

—Claro —contestó Libby muy segura. La señora Braden apartó un mechón de

cabello del rostro de la chica y agregó:

— No quiero que él te lastime, querida.

—No lo hará —respondió aún muy segura—. Me agrada Alec, somos amigos.

—Bueno, entonces está bien —concedió la señora Braden con una sonrisa torva—. Confío en que sabrás comportarte —le dijo a Alec cuando recogió a Libby. —No te preocupes. Me portaré bien —le sonrió él.

Libby lo consideraba el epítome de la masculinidad, el héroe de sus sueños, el hombre al que seguiría hasta los confines de la tierra. Le habría confiado su vida misma.

En las semanas que llevaba de conocerlo se convirtió en el mejor de los amigos. La visitaba con frecuencia; la acompañaba cuando llevaba a los niños a la playa y todos juntos construían castillos de arena.

Y cuando los niños se dormían y los señores Braden jugaban cartas, Alec la buscaba para conversar con ella.

Juntos caminaban por la playa y hablaban de sus metas, sus esperanzas, sus sueños.

Libby nunca conoció otro hombre más interesado en ella, ni que le confiara sus emociones y pensamientos más profundos.

Ahora ella comprendía que era la única a quien le habló de Clive Gilbert. Sólo ella pudo ver su rostro ceniciento por el dolor, su mirada nublada por las lágrimas. —Fue mi culpa. Debí ser yo —le dijo a Libby una noche que conversaban en el porche de la casa de los Braden.

Libby lo abrazó, dando gracias al cielo de que no había sido él, aunque entendió la angustia de Alec.

—Le debo algo que ya nunca podré pagarle —continuó Alec moviendo la

cabeza—. Nunca.

—Algún día —contestó Libby después de besarlo con ternura—. Algún día podrás hacerlo.

Además, compartía con ella su sentimiento de culpa. En el lapso de tres semanas aprendió a conocerlo. Y estaba segura de que sólo era con Alec con quien desearía casarse.

Esperaba... soñaba... que él quisiera casarse con ella.

Nunca tuvieron una cita formal; nunca estuvieron juntos más de dos horas seguidas. Hasta ese día.

—Pedí prestada la lancha de Lyman —le comentó Alec cuando caminaban por el muelle—. Quiero llevarte a un lugar muy especial.

— ¿Adónde?

—Ya verás —le sonrió Alec ayudándola a subir a la lancha.

En poco tiempo Libby estaba ante una bahía, pequeña y desierta, la más hermosa que hubiera visto.

Estaba cobijada en tres lados por las palmeras y tenía una extensa playa de arena rosada, rodeada de aguas transparentes con una mezcla cálida de color azul turquesa. Una sonrisa iluminó el rostro de Libby.

— Pensé que te gustaría —indicó Alec con suavidad cuando llegaron a la playa. —Es un edén. Nunca pensé que existieran lugares así —murmuró ella. Almorzaron a la sombra de las palmeras, de cara al sol, a la playa y al mar.

Nadaron con el abandono de un par de chiquillos. Con sonrisa traviesa Alec la salpicó y ella lo persiguió riendo. De pronto, él se volvió para besarla. Libby se asió a Alec, desesperada por el anhelo, deseándolo, incapaz de pronunciar palabra.

La llevó en brazos hasta la playa donde estaba su manta. Ahí la depositó con ternura y la miró a los ojos. Su mirada era fija, sus facciones estaban tensas por el deseo. Primero acarició el cabello de Libby, después sus

hombros. La chica lo sintió estremecerse y tembló al sentir sus caricias.

—Se supone que debo portarme bien —dijo Alec con voz ronca mientras acariciaba el vientre de la chica.

—¿Y no lo estás haciendo? —preguntó con voz trémula que apenas reconoció como suya. Alec rió.

—Supongo que eso depende de tu muy particular definición.

—Pues según mi diccionario —respondió acariciando su pecho velludo—, te estás portando maravillosamente bien.

—Oh, Libby —murmuró con voz estrangulada, después se inclinó para besarla en la boca otra vez—. Oh, Dios, te necesito.

Y Libby también lo necesitaba, más que a nada ni a nadie en este mundo. El la hacía sentirse viva, completa, era la otra mitad de su alma.

Alec acarició los hombros de la chica, después deslizó sus manos hasta apartar el sostén de su bikini. Libby permaneció inmóvil, mirando siempre, observando las expresiones que cruzaban por el rostro de Alec. Vio cómo esas expresiones denotaban necesidad, anhelo, vulnerabilidad.

Libby se inclinó para quitarse el sostén. Alec contuvo el aliento para decir después:

— Hermosa, eres tan hermosa.

—Tú también lo eres —sonrió ella—. El hombre más hermoso que yo haya visto. —¿Y has visto muchos? —preguntó cortante.

—No... —admitió ella ruborizándose—, ninguno.

—¿No? —preguntó él elevando una ceja.

Libby negó con un movimiento de cabeza, pero no lo miró. Alec la tomó por la

barbilla y la obligó a mirarlo.

—Perfecto.

—Pero deseo verte —contestó decidida y acarició el pecho velludo, después deslizó las manos bajo el elástico del traje de baño de Alec.

Nunca creyó comportarse así, pero Alec la hacía sentirse mujer. Quería conocerlo en plenitud.

—¿Lib? —preguntó ronco—. Te necesito.

Y le quitó la parte inferior del traje de baño, haciendo después lo mismo con el suyo.

Libby quería ver, pero sólo podía sentir. Quería tocarlo, mas en vez de eso, él la tocaba hasta estremecerla de deseo. Cuando al fin la cubrió, le dijo:

— Esto puede lastimarte.

—No lo creo —contestó ella.

Y no la lastimó. No entonces, pues sólo pensaba en amarlo, en mostrarle su amor.

Lo recibió ansiosa, deleitándose en la fuerza con que la penetraba, encontrándolo con un anhelo insaciable. Nunca antes experimentó tal necesidad, tal deseo.

Era como sentir que una ola crecía. Y justo cuando pensaba que no lo soportaría más, un clímax estremecedor la sacudió; con Alec sobre ella, esa sensación estalló como las olas rompen en la playa. Suspiró saciada, complacida.

Acarició la mejilla de Alec. El levantó la cabeza y miró a Libby a los ojos.

Besó la palma de su mano antes de preguntarle:

— ¿Estás bien?

—Me siento maravillosamente —contestó Libby—. Y tú también.

—Es que tú logras que me sienta así —contestó él sonriéndole con expresión casi infantil.

—Creo que el sentimiento es recíproco.

Volvieron a unirse bajo el sol de la tarde. Después nadaron. Se besaron. Se abrazaron. Y sólo cuando el sol se ponía, Alec decidió regresar.

— Este es nuestro lugar —le confirmó ella—. Nuestro edén.

Alec estuvo de acuerdo; después puso en marcha el motor de la lancha. — ¿Regresaremos? —preguntó Libby cuando se alejaban.

—Dalo por hecho.

Y ella, abrazada por Alec, entibiada por su amor, creyó que regresarían. Mas su deseo nunca se concedió.

Capítulo 6

Hasta ahora.

En ocho años todo y nada había cambiado. Era la misma playa, la misma arena, la misma agua, el mismo sol... el mismo hombre. Sin embargo, había un mundo de diferencia.

Sin importar lo que opinara Juliet, ese no era el mismo edén. Sólo que eso no podía decírselo a una niña.

—Es como un lugar de cuento —aseguró la niña cuando Alec apagó el motor de la lancha.

—La familia suiza Robinson pudo haber vivido en un lugar así —intervino Sam. Libby esperó que Alec también estuviera de acuerdo, pero estaba muy ocupado anclando la lancha. Libby tomó el cesto del almuerzo.

— Permíteme ayudarte —le dijo Alec cuando ya los niños corrían hacia la playa. —No quiero tu ayuda. Yo puedo sola —y se preparó a bajar.

—Como gustes —contestó Alec.

Libby entró en el agua, pero el lugar estaba más hondo de lo que pensó y el agua le llegó hasta el pecho. Cuando se volvió para asirse de la lancha, ésta estaba fuera de su alcance. Miró indefensa a Alec, quien a su vez la miró burlón antes de extender la mano para ayudarla.

—Gracias.

—Es un placer —respondió él para después seguirla, llevando la manta, la cual extendió en la arena.

Libby se dedicó a colocar las cosas con excesivo cuidado sobre la manta.

Consciente de que él la observaba, se volvió para mirar a los niños que chapoteaban felices. Sam con su habitual desparpajo, y Juliet más animada de lo que la había visto nunca.

Al recordar las palabras de Gibb Sawyer sintió tanto dolor que estuvo a punto de desmayarse.

Le habría gustado tener una hija como Juliet, a pesar de que durante ocho años la odió a ella y a sus padres, y ahora no concebía el mundo sin Juliet. Se preguntó qué estaría pensando Alec en ese momento.

—Me gustaría saber qué diría Sam si supiera que fue concebido bajo aquel árbol —dijo Alec.

Libby quedó azorada, después lo miró.

—Porque así fue —declaró él.

—Ya lo sé, pero no pretendo anunciarlo. Y será mejor que tampoco tú lo hagas. —Así sólo perpetuarás una mentira.

—Que me hace llevadera la vida —arguyó Libby.

—Eso es cuestión de opiniones. Me pregunto si también te mientes a ti misma.

—¿A qué te refieres? —preguntó mirándolo.

—A lo que dije. ¿Vas a fingir que nunca estuviste aquí? ¿Vas a olvidarlo? —la miró como traspasando su alma—. Porque no puedes olvidar, ¿o sí?

Libby, indiferente en apariencia, se encogió de hombros.

—¿Puedes? —insistió Alec.

—*No quiero* recordar —replicó bruscamente.

—¿No? —el tono de voz de Alec había cambiado. Era burlón, pero había algo más; tenía cierto anhelo, como si la negativa de Libby lo lastimara.

—¿Olvidaste tú? —preguntó ella.

—Durante años, mentalmente regresé aquí todos los días.

Libby parpadeó y quedó boquiabierta, mirándolo. ¿Acaso hablaba en serio?

—No espero que lo creas —sonrió él a medias—. Pero es la verdad.

No podía permitirse creerle. No debía permitírselo. Hacerlo significaba que

ya no podría resistírsele.

El se volvió a ver a los niños y agregó:

—No es así como soñé que fueran las cosas, lo juro... tú y yo aquí, con un par de niños ruidosos —sonrió a medias, feliz—, pero me gusta. Me gusta mucho. La calmada certeza de su voz la puso nerviosa. Volvió a observarlo y notó cuánto había cambiado.

Ya no era un jovencito. Estaba en la plenitud de sus treinta y cuatro años. Era fuerte, decidido... igual a como ella intuyó que sería. Pero también era cálido, confiable, paternal.

Una vez lo amó como era antes. Ahora, temía aprender a amarlo como era en el presente. Eso sería desastroso, porque él no la amaba. Sólo quería a Sam. Se abrazó con fuerza, defendiéndose de Alec, de ella misma.

—Anda —la urgió él tomándola de la mano—. Los niños no serán los únicos en divertirse.

—No quiero... —empezó a decir, mas Alec no aceptó esa respuesta. — Maldición, Libby, ánimo. ¿O quieres que los niños piensen que pasa algo malo?

— Pasa algo malo —insistió ella.

—Para mí todo está bien —y tiró de la chica para evitar que siguiera hablando.

Libby decidió pensar que todo era un recuerdo. Un cuento. Una de esas tardes fuera del tiempo que no afectan la vida real.

Un día, se dijo. Sólo un día. Nadie saldría perjudicado.

Su problema, hacía ocho años, fue confundir la fantasía con la realidad. Ahora no haría lo mismo. Sabía quién era, adonde iba y con quién. Podía controlarlo. —Está bien —accedió poniéndose de pie.

La tarde fue mágica. Se unieron a nadar con los niños, no antes que Libby trenzara el largo cabello de Juliet para que pudiera ver bien.

Juntas, como madre e hija, se quedaron sentadas en la playa observando cómo Alec enseñaba a bucear a Sam.

Después construyeron un castillo de arena, almorzaron lo que Alec había comprado en Spanish Wells y, luego de lamerse los dedos llenos de chocolate, volvieron a nadar. Libby por primera vez en años, fue feliz. Era sorprendente, pensó, lo que podía lograr un poco de fantasía.

Para cuando el sol descendía en el poniente, Libby ya no protestó cuando Alec pasó un brazo por sus hombros.

Luego la ayudó a subir a la lancha y se mantuvo siempre a su lado. Libby quiso atesorar ese momento para saborearlo cuando estuviera sola.

Era la misma insidiosa felicidad que inundó su alma aquella última vez que estuvieron en Ben Bay.

Sólo que aquella vez, cuando anclaron, los esperaba Margo. Margo no los esperaría esa noche, así que el cuento tendría un final feliz.

Cuando llegaron al muelle y Alec se inclinó para echar amarras, se encendió una linterna.

— Oh, Lyman —dijo Alec—. Toma la cuerda.
—La tengo —respondió otra voz que no era la de Lyman.
Era la de Michael.

—Te sorprendí, ¿verdad? —preguntó Michael sonriente, con una cerveza en la

mano, mientras se sentaba en el sofá de la casita de Libby.

—Me dejaste anonadada —admitió ella, aún sorprendida igual que cuando escuchó su voz en la oscuridad, allá en el muelle.

Y no fue ella la única sorprendida. Sam gritó:

— ¿Eres tú, Michael? —y bajó de la lancha para caer prácticamente en los brazos de éste—. ¡Eres tú! —el chico estaba fascinado. Y fue desde los brazos de Michael que Sam hizo las presentaciones. Libby no hubiera podido hacerlo, aunque de ello dependiera su vida.

—Ella es mi amiga Juliet —observó Sam alegremente—. Y Alec. Y él — agregó abrazándolo fuertemente—, es Michael.

El haz de luz de la linterna iluminó un caleidoscopio de impresiones. Michael, primero sonriendo; después, su mirada curiosa al ver a Alec, luego Sam, encantado, Juliet boquiabierta, y Alec...

Alec estaba tan blanco como una sábana.

— Amárrala —le pidió éste a Michael para después poner las mantas en el muelle. Prácticamente lanzó fuera a Libby, y le entregó a Juliet. En cuanto pudo hablar sin que nadie pudiese escucharlo, le preguntó a Libby:

— Lo planeaste todo así, ¿verdad?
—Yo...

—Porque si así fue, no te va a funcionar —continuó brusco—. Eso no hará la más mínima diferencia.

— ¿Qué...?
—Así que lo primero que harás mañana será enviarlo de regreso a casa. — ¿Cómo te atreves? —preguntó, saliendo un poco de la sorpresa.

—Ya ves cómo me atrevo, encanto —fue lo que ella escuchó que contestaba—. Anda —se dirigió a Juliet—. Se hace tarde y tienes que acostarte.

Tomó todas sus cosas y con un suave *hasta luego*, se alejó.

Libby los observó alejarse hasta que se perdieron en la oscuridad. Su *hasta luego* resonaba en sus oídos más como una amenaza que como una promesa.

— Buenas noches, Alec —le gritó Sam.

—¿Alec? —preguntó Michael.

—El... él es... su hija es amiga de Sam —fue lo único que pudo contestar. Empezó a reunir sus cosas y entregó a Michael una toalla—. Detenla, ¿sí?

—Ya veo —respondió Michael tomando la toalla.

Y Libby supo hasta dónde había visto cuando acostó en su cama al somnoliento Sam y regresó a la salita.

Michael la tomó en sus brazos y la besó. Era el suyo un beso anhelante, cálido y posesivo. Libby deseó corresponder, entregarse con la intensidad que Michael merecía. Pero por más que trató, lo único en que podía pensar era en los besos llenos de posesiva pasión que compartía con Alec y que nunca se compararían con los de Michael. ¡Maldición! Darse cuenta de eso por poco la hace gritar.

Michael se apartó y la miró preocupado:

—¿Lib?

Mas Libby se apartó, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Me siento... cansada. Lo siento. ¿Quieres tomar otra cerveza? —Me parece bien —contestó Michael de buen modo.

Después de entregársela, ambos quedaron frente a frente otra vez.

—No debía haber venido, ¿verdad? —preguntó Michael, cuya sonrisa se desvaneció.

—¿Qué? No. Quiero decir... sí. Estoy encantada de que hayas venido. Sólo que me sorprendiste, es todo.

— Bueno —replicó él con tono seco. Dio un sorbo a su cerveza, después la observó con cuidado, como si no supiera cómo actuar. Al fin levantó la mirada para ver de frente a Libby.

— Alec no es sólo el padre de Juliet, ¿verdad?

—¿Qué? —Libby sintió que palidecía.

—También es el padre de Sam, ¿no es así?

No tenía objeto continuar fingiendo; además, ya no deseaba continuar con eso. Desde luego Michael lo sabía. Cualquiera podía darse cuenta.

—¡Eso no cambia nada!

—¿No? —Michael resopló incrédulo—. ¡Maldición, Libby! ¿Porqué no me lo dijiste?

—No podía —se paseó por la sala—. De cualquier manera —suspiró débilmente—, aquí la única tonta soy yo.

—¿Por qué? —Michael movió la cabeza—. ¿Por él es que viniste acá? —le preguntó—. ¿Para ver si pueden volver a unirse?

—¡No! ¡Claro que no! ¡Estoy comprometida contigo! ¡Ciertamente no esperaba encontrarlo aquí!

— Fue una coincidencia, ¿no?

—Sí —se sentó frente a él.

—Pero es el padre de Sam.

—Sí —Libby cerró los ojos.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Michael después de suspirar—. ¿Alec qué?

—Blanchard —respondió ella después de tragar en seco.

—¿*Alec Blanchard*? ¿Es Alec Blanchard?

Libby asintió con tristeza.

—Dios —la miró como si nunca la hubiera visto antes. Tenía el ceño fruncido y pasó una mano por su cabellera—. ¿Y dónde lo conociste?

—Aquí. Antes de asistir a la universidad, trabajé como niñera —nunca había

hablado de eso con nadie más que con sus padres.

— Así es que por eso conocías la isla. ¿Cuánto tiempo estuviste aquí? —
Sólo un verano. Trabajé para la familia Braden.

—¿Y Blanchard? ¿Dónde encaja?

—Sus padres vivían aquí también. El vino a visitarlos después de su primer trabajo como director.

—Creo que hubo un escándalo... —Michael frunció el ceño, luego sacudió la cabeza—. Alguien murió...

— Sí. Su doble.

—Sí, ya recuerdo. Fue terrible.

—Así es —estuvo de acuerdo. Algo en su voz hizo que Michael la mirara más de cerca.

— ¿Conociste a ese hombre?

—No. El murió antes de que yo conociera a Alec. Pero eso... lo afectó bastante. Michael no contestó nada, sólo la observó.

—Lo conoces muy bien —afirmó él al fin y, al momento, rió brusco—. ¿Pero qué digo? Es evidente que lo conoces bien. Bastante bien.

— Yo...

—Lo amabas —le espetó como esperando que ella se atreviera a contradecirlo. Y no pudo. Libby bajó la mirada y dijo en un murmullo suave:

—Sí.

Michael suspiró y se acomodó en el sofá.

—Y lo has amado durante... ¿cuánto tiempo? ¿Ocho años?

— No —levantó la mirada y lo enfocó, feroz—. No fue así. No lo amo. No quiero tener nada con él. No esperé encontrarlo aquí cuando llegué —como Michael no contestó, ella continuó—: Llegué aquí siendo casi una niña. Tenía dieciocho años. Sólo fue un capricho. Así que cuando decidí regresar pensé que olvidaría todo y podría regresar a tu lado.

— Y parece que no te resultó —comentó él cruzando la pierna. —Yo no...

hice... —Libby protestó, pero de pronto la voz le falló. —Me alegra escucharlo —dijo él secamente.

Libby no pudo mirarlo. Lo escuchó tomar cerveza, después ponerse de pie y detenerse frente a ella.

— ¿Lib? —la ayudó a ponerse de pie.

—¡Oh, Mike, lo siento! ¡No hubiera querido que estuvieras en esta situación!

—Estoy en esta situación por mi gusto —le recordó él.

—Sí, pero esto no debió suceder. Nunca.

—Shh. Eso no importa en tanto ese asunto esté terminado.

—Terminó —juró Libby.

—Entonces, tranquila —le sonrió y la rodeó con sus brazos. Libby lo permitió y apoyó la cabeza en el amplio pecho. A su lado siempre se sentía segura, amada. En ese sentimiento no había nada de lo que sentía por Alec. Con Michael no sentía dolor.

— Oh, Mike, ¿qué voy a hacer?

—Ir a la cama.

—Me refiero respecto a Alec —lo miró confundida.

—Ignóralo —se encogió de hombros.

¿Podría ignorarlo?

—Hablaremos de eso mañana. Nada cambiará de aquí a entonces.

—Supongo que tienes razón —contestó no muy segura. Michael besó su frente y agregó:

—Estoy seguro de eso. Claro, a menos que logre convencerte de que duermas conmigo.

Libby negó con un movimiento de cabeza y él rió torvo.

— Me lo temía —suspiró—. No te preocupes, Libby. El hecho de que él sea poderoso y acaudalado no significa que pueda dirigir tu vida —y se alejó para subir a la habitación que compartiría con Sam.

¿No? Libby lo miró con tristeza. Toda la felicidad y euforia que sintió esa tarde ahora se había desvanecido como humo.

Se dijo que lo tenía bien merecido por permitirse creer en los cuentos de hadas. ¿Cómo pudo ser tan tonta?

Pasó una noche de insomnio y cuando a la mañana siguiente bajó, encontró a Michael tomando café. La saludó y le sonrió para darle ánimos.

—Buenos días. ¿Aún inquieta?

—Mmm.

—Pues no tienes por qué —la abrazó—. Diviértete. Muéstrame la isla. Blanchard no te molestará.

Michael no conocía a Alec.

El ya los esperaba en la puerta cuando terminaron de desayunar.

—Vine a conocer a tu amigo —saludó a Libby y entró en la sala antes que la joven pudiera protestar.

—Sam me contó que el año pasado criaron ranas —le comentó a Michael, a quien encontró en la cocina.

— Así es.

Alec tomó asiento y contestó:

—Gracias.

Michael elevó una ceja y Libby gimió. Alec, por su parte, se encogió de hombros.

— Supongo que entonces Sam necesitaba un poco de paternal compañía — calló, pero no su intención. Todo estaba perfectamente claro: *Ahora estoy aquí, Sam ya no te necesita.*

— Yo te mostraré la isla porque Libby tiene mucho trabajo.
—Yo no... —intervino Libby.

— Ella no dispone de mucho tiempo —la interrumpió Alec—. Necesita cada momento disponible. Siempre me lo está diciendo —le sonrió de manera conspiradora a Libby—. Tengo afuera una moto. Vamos.

Michael miró de uno a otro, se encogió de hombros y contestó: —Me parece bien.

Después del paseo, Alec se fue a bucear con Juliet. Luego ambos recogieron a Sam en la escuela y al llevarlo a su casa, Alec le dijo a Libby con un tono de voz imperioso:

— Arréglate. Tenemos reservaciones para cenar.
—Pienso cenar aquí en casa —contestó ella.
—No esta noche —agregó él implacable.

Resignada, Libby capituló. Alec era un excelente anfitrión, impresionando al impasible Michael con sus anécdotas y su encanto, y, estaba segura de que no era coincidencia, manteniéndolo del otro lado de la mesa, lejos de ella.

Cuando regresaban lo mandó al asiento posterior del auto, con los niños, mientras él y Libby ocupaban el frente. Pasaban de las diez de la noche cuando los dejó en la cabaña.

Michael encontró divertida la situación. Se la pasó observando a Libby y ahora le sonreía.

—¿Qué te dijo? —preguntó ella.

—Me advirtió que me alejara —respondió Michael aún sonriendo mientras tomaba asiento.

— ¿Te advirtió que te alejaras? —preguntó, incrédula—. ¿De mí? —Esa fue la idea. Quiere que regreses a su lado.

—Sólo quiere a Sam —replicó ella después de proferir una mala palabra. — Yo no estaría tan seguro de eso.

—Pues yo sí —aseguró ella enfadada. La sonrisa de Michael se desvaneció.

La sentó en sus piernas y la miró a los ojos.

—La cuestión no es que él quisiera tenerte, sino si va a lograrlo, Lib. —No — afirmó segura—. Voy a casarme contigo.

Sólo pasando sobre el cadáver de Alec. Al menos él actuaba con ese propósito. Nunca los dejaba solos y su persistencia era increíble.

Libby estaba decidida a que eso no la molestara. De manera deliberada se abrazaba a Michael, lo besaba, pero lejos de que eso enfriará los ímpetus de Alec, parecía empeorarlos más.

—Tratas de ponerme celoso, ¿verdad? —le preguntó él la tercera mañana, después de verla besar a Michael. Alec la miró con intensidad y saludó cortante a Michael. Sólo le tomó unos momentos encontrar un pretexto para estar a solas con ella en la cocina.

—Por supuesto que no —contestó apartándose de él y concentrando su atención en guardar los calcetines limpios en un cesto—. No trato de hacer nada. Tú viniste aquí a mi casa; tendrás que soportar si ves algo que no te agrada.

—Creo que ya es hora de entrar en acción —observó Alec—. ¿Es muy agradable besar al *profe*? Prueba si sientes lo mismo al besarme a mí.

Y antes que ella pudiera protestar, le quitó de la mano los calcetines y la abrazó para besarla tan concienzudamente que no podía compararse con la forma en que Michael la besaba. Y su cuerpo traicionero gozó cada instante de ese beso mientras su mente luchaba por mantener el control.

Pero fue Alec, no ella, quien se apartó. Cuando lo hizo, miró por sobre el hombro de ella y se encogió de hombros a manera de disculpa.

—Sólo probaba una teoría —le dijo a Michael con tono casi casual.

Libby lo odió en ese momento más de lo que lo odiara en los anteriores ocho años. El rostro de Michael estaba pálido e inexpresivo. Sólo sus ojos se movieron de Alec a Libby, y viceversa. Se veía deshecho, traicionado.

Libby limpió sus labios con el dorso de la mano y se dirigió a Alec con tono gélido.

—Maldito. ¡Maldito! —y salió de la cocina.

Nunca supo ni cuánto ni hacia dónde caminó. Alec comprobó su teoría. Ahora no podía casarse con Michael; ella lo sabía. Todos lo sabían. Y no podría culpar a Michael si al regresar, él ya se hubiera marchado.

Entonces, ¿qué esperaba?

Enfadada, limpió sus lágrimas y siguió caminando en su deseo por poner tanta distancia entre ella y Alec Blanchard como le fuera posible.

Cuando regresó a la casita casi era de noche. Michael aún estaba ahí, pero lo encontró guardando sus cosas en la maleta. Su rostro estaba tenso.

—Me marchó —le dijo a Libby.

—Sí —respondió ella entrando en la habitación y sentándose en la cama—. Lo siento.

— Yo también —Michael torció la boca. Libby lo miró y dijo con tristeza: —Te amo.

Michael sonrió también con tristeza y contestó:

—Sí. Creo que a tu modo me amas. Pero no como a Blanchard. —¡No amo a Alec!

—¿No? —Michael movió la cabeza como considerando su respuesta—. Bueno, quizá, pero lo que sí es seguro es que sientes algo por él.

— Lo odio por lo que hizo esta mañana.
—La verdad duele —suspiró Michael.

—Desearía que esto hubiera sido diferente —observó ella con ganas de llorar, a lo que él respondió brusco:

— Yo también —cerró su maleta—. Me iré por la mañana.

—Yo... —Libby cerró los ojos un momento—... te veré dentro de unas semanas. —No.

—Voy a regresar.

—Quizá. Pero no me busques. Evítame ese momento.

Libby lo miró, herida, pero supo que él tenía razón.

—Como quieras.

—Lo que hubiera querido, Libby, no era esto.

Se miraron á los ojos, incapaces de otra cosa. Ya no había nada por decir, ningún lugar a dónde ir.

Sam no entendía por qué Michael se marchaba.

—Quédate —pidió a la mañana siguiente ante la partida inminente de Michael.

—Tengo trabajo pendiente —contestó Michael.

—¿No puedes hacerlo aquí? Mamá lo hace.

—Porque su trabajo está aquí. El mío está allá. Sólo fueron unas vacaciones, Sam.

—Bueno —suspiró Sam—. Está bien —entonces se animó—. Pero te veremos cuando regresemos.

Libby no dijo nada, pero Michael agregó:

—Allá estaré.

Llevaron a Sam a la escuela y después siguieron caminando hacia el muelle donde el hermano de Maddy esperaba con su lancha. Cuando Michael subió a ésta, Libby lo tomó por la manga. Sentía el rostro ardiente.

— Sólo... quiero... decirte gracias.

—De nada —sonrió él sombrío.

—Te veré... en alguna ocasión.

—No voy a esperarte.

—No, lo sé. Tú sabes lo que tienes que hacer.

—Sí —trepó a la lancha y agregó—. ¿Lo sabes tú?

Claro que Libby no lo sabía.

No hizo nada el resto del día. Su trabajo descansaba en la mesa, pues ella no podía concentrarse. Su hijo se dio por vencido al hablarle, pues ni siquiera lo escuchaba.

—Extrañas a Michael —concluyó Sam.

Libby deseó que así fuera. Sonrió vagamente a Sam.

Hasta le alegró que Arthur llegara a pedir permiso para que Sam durmiera esa noche en su casa.

—¿Me dejas, mamá? —suplicó el niño.

Libby casi lo echó de la cabaña. Lo amaba tiernamente, pero necesitaba estar sola.

Trató de trabajar, pero no pudo concentrarse. Subió a su habitación. Tampoco pudo dormir, se quedó mirando el techo. Al fin tenía tiempo para reflexionar acerca del lío en que se había convertido su vida.

Cerró los ojos y recordó la época en que su existencia era simple, cuando llegó por primera vez a Harbour Island.

—Es muy hermosa —había declarado en aquel entonces—. Casi mágica. Pensaba en eso cuando llamaron a la puerta.

Capítulo 7

Se puso de pie y fue a abrir sin detenerse a pensar en nada. Era Alec. Frente a ella, parecía alto, desaliñado.

—¡Creí que te habías ido! —exclamó él.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó, mirándolo incrédula. —Michael se fue.

—Sí, gracias a ti —contestó Libby con amargura.

Alec entró en la casa, después se volvió para mirar a la chica.

—Qué bueno.

—Sí, para ti —la ira la invadió. ¿Sólo vino para asegurarse? ¿Cómo se le ocurrió que Michael se la llevaría?

— ¿Qué quieres, Alec?

—Sabes bien lo que quiero.

—A Sam.

Alec sólo la miró; después, lentamente, movió la cabeza.

—No, Libby. No sólo a Sam. También a ti.

La miró y el corazón de Libby latía a martillazos.

El Alec Blanchard frío, ecuánime y encantador de antes, ahora no existía. Tenía los ojos enrojecidos, el cabello revuelto y no se había rasurado. Libby no lo había visto desde la mañana anterior cuando salió furiosa de la casa. Entonces él parecía burlón y autoritario. Ahora estaba terriblemente mal.

— Siempre te quise, Libby. Desde el primer momento en que nos vimos.

—Vamos, Alec. Ahórrame esto.

—No me lo ahorraste tú —movió la cabeza y rió con brusquedad—. Sobre todo últimamente. Cielos, ¿cómo pudiste ponerme enfrente a ese maldito, día tras día? —¡Nunca, repito, nunca, te puse a nadie enfrente! Michael vino a verme. Era mi prometido, tenía todo el derecho de hacerlo. Nadie te pidió que vinieras.

— ¿Era?

—Era —repitió Libby—. También, gracias a ti.

—Era —Alec saboreó esa palabra como si fuera néctar. Cerró los ojos, después los abrió para mirarla—. Gracias al cielo.

—El cielo nada tiene que ver con esto. Todo fue culpa tuya. Eres un malnacido, Alec.

El, al parecer, no la escuchó y sólo murmuró *gracias al cielo* una vez más, y se dejó caer en el sofá, como el ancla que llega al fondo del mar.

—Levántate —le ordenó Libby. Alec tomó un cojín y lo abrazó mientras la miraba.

—No.

—Vete, Alec.

—No.

—Maldito —explotó—. ¿Por qué me haces esto? Entiendo que yo te sea indiferente, pero destruir mi relación sentimental sólo por tener a Sam...

— Sam nada tiene que ver en esto —interrumpió Alec—. Y decir que me eres indiferente... —se rió, y la miró—. Nunca, nunca me fuiste indiferente, Libby —la certeza en su voz la alteró. Temerosa de mirarlo a los ojos, suspiró y dijo:

—Bueno, quizá no indiferente, pero... si lo que deseas es estar con Sam, podemos... podemos llegar a un arreglo.

—¿A qué te refieres?

—Me doy cuenta de que quieres formar parte de su vida. Yo... lo acepto. Hasta cierto punto —agregó apresurada sin querer darle a entender que capitulaba. —¿Así que me ofreces el derecho de verlo? ¿A eso te refieres?

—Bueno, no precisamente. No en el sentido formal. Pero... no evitaré que lo veas.

— ¡Desde luego no puedes evitar que lo vea! —exclamó brusco. —Yo... yo...

—Además, Sam es sólo parte de todo esto —continuó—. Puede que sólo la mitad. O ni siquiera la mitad. ¿Qué pasa contigo?

— ¿Conmigo? —repitió nerviosa.

—Te dije que también te quiero a ti.

—Pues no me tendrás —replicó ella de inmediato.

—¿Eso crees? —se burló.

—Sí —insistió.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no puedes. Si fuera lo contrario, me habrías tenido hace años, lo sabes. Pero elegiste a Margo —levantó desafiante el mentón.

Sus sospechas quedaron confirmadas al ver la mirada de Alec preñada de dolor. El apartó el cojín y se puso de pie.

—No ahora —dijo—. Ahora te elijo a ti —y entonces perdió el poco control que le quedaba y la abrazó.

Su beso estaba lleno de desesperación, sin control alguno. Ese no era el Alec de antes, el amante tierno; ahora era el hombre perdido y solo.

Al principio ella se resistió, luchó contra él.

—¡No quiero esto!

—Lo quieres, claro que lo quieres —insistió Alec—. Ambos lo queremos. ¡Nos morimos por esto desde el momento en que nos volvimos a ver!

— No, yo...

—¡Maldición, Libby, me amas! ¡Lo sé!

Libby también lo sabía. Lo amaba irremediable, desesperada y locamente. No importaba que aún amara a su esposa muerta. No podía contenerse. No sabía qué hacer.

Desesperada, recordó las palabras de Michael. ¿Acaso volver a amar a Alec era la única forma de deshacerse de su recuerdo?

¿Era eso lo que necesitaba? ¿Compartir con él la más íntima de las uniones? ¿Satisfaría con eso su sed, su necesidad?

¿Y qué había respecto a la necesidad de él?

Alec la besaba hambriento, ansioso. Su lengua invadió la boca de Libby dejándole un sabor a whisky y a hombre. Moldeó su cuerpo al de ella haciéndole sentir la dureza de su excitación, que era igual a la de Libby.

Fue en ese momento que ella comprendió que no podía ser de otro modo. Sus vidas estaban demasiado entrelazadas para fingir indiferencia. No podía haber desapego en lo concerniente a Alec.

El ya la guiaba hacia el sofá y empezaba a desabrochar su falda, cuando Libby murmuró:

— No.

—¿No? Por Dios, Libby...

—Quiero decir, no aquí —Libby se enderezó y se apartó un poco, lo tomó de la mano y lo guió hacia la escalera.

La siguió. Nunca dejó de mirarla, y la tomó entre sus brazos en cuanto entraron en la habitación de la chica.

Besó la oreja femenina y siguió la línea de su mandíbula antes de encontrar su boca. Ella la abrió bajo la embestida de su lengua, deseándolo. Ahora, al reconocer que lo deseaba, todas sus reservas desaparecían.

—¡Alec, por favor!

—¿Por favor? —sonrió—. Ah, sí. Quiero verte, Lib. Déjame verte. Hace tanto tiempo.

La levantó en brazos y la llevó a la cama, donde la recostó y se acomodó a su lado. Sus dedos temblaban al despojarla de la ropa y exponer sus senos desnudos a la blanca luz de la luna que entraba por la ventana.

Un dedo tocó la piel pálida haciéndola temblar. Se inclinó y besó sus senos, lamiendo los pezones, haciéndola morderse el labio inferior y retorcerse bajo su toque.

—¿Tienes frío? —Alec levantó la cabeza, aún sonriendo.

— Claro que no —contestó trémula. Acarició el cabello de Alec y lo atrajo para que volviera a besarla, pero él no lo permitió sino que continuó besando primero un seno, y después el otro. Siguió su recorrido hacia el vientre y llegó al elástico de sus bragas.

Se hincó para verla mejor. Tenía el rostro tenso, anhelante. Acarició los hombros femeninos, después sus pechos, su talle. Le quitó las bragas.

Libby lo permitió y lo ayudó a quitarse la camisa para poder acariciar su velludo pecho.

Ese pecho era más ancho de lo que recordaba y se inclinó para besarlo. Alec respingó.

—¡Libby!

—Hago lo mismo que tú —replicó sonriendo y succionó sus tetillas, igual que él había hecho con ella.

— ¡No acostumbrabas hacer esto!

—Ahora ya soy grandecita.

Durante un momento Alec quedó en silencio, mirándola fijamente. Libby

tuvo la certeza de que él se preguntaba si habría tenido otros amantes, y creyó que la interrogaría. Finalmente, él apretó los labios y suspiró. Cuando ella lo miró, lo notó triste antes de sacudir la cabeza.

Libby estuvo a punto de decirle que nunca hubo en su vida otro hombre. ¿Cómo si nunca lo olvidó?

Mas no lo hizo, quizá porque a la mañana siguiente no quería quedar ante él como una tonta.

Ahora eso no le preocupó. No tenía tiempo ni de pensar.

Alec la besaba de nuevo, y mientras se quitaba los pantaloncillos, Libby lo ayudó y le quitó la ropa interior.

Alec arrojó la ropa lejos y se recostó al lado de la chica, amoldando su cuerpo al de ella, quien lo abrazó con fuerza.

Durante un largo momento ninguno de los dos se movió. Era como si ambos estuvieran reajustándose uno al otro, recordando, volviendo a vivir. Libby pensó que era como volver a casa. Como si hubiera sido abandonada y durante ese tiempo lenta y desesperadamente, a veces sin esperanza, hubiera estado preparando su regreso.

Entonces sintió que la rodilla de Alec le separaba las piernas y que se acomodaba sobre ella. Su rostro estaba tenso y su mandíbula trabada.

El hizo una pausa, tentativa casi, y fue Libby quien lo guió para que la penetrara. Un suspiro trémulo escapó del pecho de Alec. Murmuró algo, tragó en seco y se retrajo un poco, luego volvió a embestirla una y otra vez.

—¿Alec? —murmuró Libby arqueándose para recibirlo. Alec apretó los dientes, estremecido.

— ¡Dios, Lib! Lo siento. No puedo... necesito... ¡Hace tanto tiempo! —y

ahora él se movió más rápido, desesperado por ella. Y Libby se movió a su ritmo, sin dejar de observarlo, sintiendo la misma necesidad que él, sintiendo que la tormenta crecía dentro de ella.

Y de pronto estalló, estremeciéndolos. Eso terminaba con cualquier ilusión que tuviera acerca de haberlo olvidado.

Porque nunca lo olvidaría mientras viviera.

Alec yació temblando sobre de ella, su espalda sudorosa bajo la suave caricia de las manos femeninas.

Libby cerró los ojos, gozando con el sólido peso del cuerpo que la cubría, aspirando hondamente el aroma a sal, sudor y amor, sintiendo por primera vez en ocho años una grata paz. Eso era lo que ella quería, lo que necesitaba... este anhelo, esta posesión, este hombre.

Supo que sin importar cómo se sintiera a la mañana siguiente, ya no creería que lo había olvidado.

Alec durmió un rato, después despertó para volverla a amar. Y cuando no le hacía el amor, la tocaba, como si no tuviera suficiente y temiese que fuese a desaparecer. ¿Acaso le importaba realmente?, se preguntó Libby. ¿Acaso en realidad su deseo por ella era más que sólo sexo y el anhelo de tener a Sam? Eso parecía.

Sólo que ella ya no era una adolescente soñadora.

El amor seguía ahí... quizá siempre lo estaría, en ese momento lo acepto. Pero tenía los pies sobre la tierra. Si no se hacía ilusiones de olvidar a Alec, tampoco se las hacía de vivir feliz por siempre.

Una vez destrozó su corazón al casarse con otra. Aunque lo admitiera de nuevo en su vida, nunca sabría cuándo confiar en él.

Durmió un poco, y al momento de despertar y sentir que Alec la abrazaba, y

que su aliento abanicaba su oreja, todos sus temores volvieron a invadirla. — Mucho mejor de lo que recordaba —dijo Alec con voz enronquecida y bastante satisfecho.

¿Entonces lo único que él deseaba era sexo? Lo miró cautelosa. Ante esa cautela desapareció la sonrisa masculina y su mandíbula se tensó.

—Pero no para ti, ¿verdad? —agregó. Libby movió la cabeza, confundida. Alec torció la boca con amargura y preguntó:

—¿Acaso tu Michael es tan bueno? ¿Lo extrañas tanto?

De pronto ella comprendió a qué se refería y se tensó. ¿Eso pensaba de ella? ¿Qué pasó las últimas noches en brazos de Michael y que, ahora que estaba ausente, buscaba a Alec?

Se sentó y bajó los pies de la cama. Alec la detuvo y la regresó a su lado. —Oh, no, no te irás.

—¡Alec, suéltame! —luchó, pero él no la soltó.

—Nunca. Puedo hacer esto bastante placentero para ti, Libby. Sé que puedo.

—¡Maldito, esto no es un concurso! —trató de nuevo de alejarse. —¿No crees que sea un buen participante? Pues lo soy.

Libby supo que tenía que luchar contra él. Pero estaba tan confundida, tan perdida. Sólo unas horas antes había recapturado el amor y la felicidad de su inocencia. Compartió de nuevo con Alec la pureza de ese amor. Y él lo interpretó mal.

Ahora no sabía qué hacer, qué pensar.

Aunque Alec no le dio oportunidad. La amó con tal intensidad que la estremeció. Y después de un momento de lucha, ella cedió saboreando la creciente sensación de que ella y Alec se tornaban un solo ser.

Después, Alec dejó de besar sus senos y la miró. Libby, tratando de recobrase un poco, también lo miró.

Ninguno habló. Alec se apartó, si bien nunca dejó de observarla. Tragó en

seco, luego apretó los labios. No pronunció palabra alguna.

Libby necesitaba una palabra, o más bien dos. Necesitaba una señal de que lo que habían compartido era realmente amor, por ambas partes, y no sólo amor en ella y lujuria en él. Trató de descifrar su expresión... sin éxito. En silencio rogó porque él pronunciara las palabras que harían todo maravilloso. Pero Alec se levantó de la cama, se vistió, y sin sonreír le dijo:

—No voy a presionarte, pero voy a tenerte.

Y salió dejándola boquiabierta.

Libby se preguntaba qué terreno pisaba.

Admitir que amaba a Alec no facilitaba las cosas. Estaba más a oscuras todavía. Aunque el comportamiento de él cambió.

— ¿Qué pretende? —preguntó Maddy después de algunos días, porque Alec siempre estaba cerca, más aún que cuando la visitó Michael... aunque de manera diferente.

El Alec agresivo, que siempre la abrumó desde el momento de conocerla, parecía opacado. Cierto, estaba a su lado a toda hora, aunque la trataba con cuidado, casi de manera distante, como si ella fuera una pieza de frágil porcelana que temiera romper si la tocaba.

Algunas veces se le acercaba mucho cuando caminaban; otras la tomaba de la mano. Parecía indeciso.

Eso la ponía nerviosa. Alec Blanchard nunca titubeó para hacer algo, así que ella debía estar entendiendo mal su actitud.

¿Qué sucedía?

—¿No lo sabes, niña? Cielos, ¡te está haciendo la corte! —rió Maddy. Y aunque a veces le extrañara, Libby casi lo creyó.

Mas, ¿a quién trataba de convencer? ¿A ella o a él mismo? Se inclinó a creer lo último.

Aún amaba a su esposa muerta. Mas a causa de Sam, estaba decidido a casarse con Libby. Esa no era la mejor base para cimentar un compromiso.

De pronto se encontró esperando los días en que él la acompañaría a sus entrevistas, ya que después discutía con ella sobre su trabajo y la concientizaba de algunas posibilidades que nunca había considerado.

Por lo general, estaban juntos por las tardes. Alec invitaba a Sam a cenar a su casa, y viceversa.

Alec se parecía mucho más al hombre que conoció ocho años antes. Y aunque reía y la tomaba de la mano, mantenía cierta distancia entre ellos y tuvo cuidado de no volverla a besar.

Aunque Libby se dijo que lo prefería así, de manera extraña se sentía afligida. Se decía que nada debía esperar. El prefirió casarse con Margo, que proponerle matrimonio a Libby. Era Margo a quien amaba. A pesar de ello, el cortejo siguió. En una ocasión salieron solos a cenar a uno de los restaurantes de la isla. En un ambiente nada idílico, Alec le sonrió como antes, acarició su mano. Sin poderse contener, Libby se sintió romántica.

Al acompañarla a su casa, la besó. Fue una caricia suave. ¿Una promesa? De pronto se sintió esperanzada.

—¿Quieres entrar a tomar café? —preguntó titubeante.

—Si entro no será a tomar café —contestó Alec y luego de volverla a besar, se alejó.

Azorada, lo vio partir.

Al día siguiente él y Juliet la acompañaron a una entrevista, después recogieron a Sam en la escuela y se fueron de día de campo.

Al terminar de comer, Alec voló una cometa con Sam. Juliet quiso ayudarlos, pero el aire alborotaba su cabello largo y obstruía su visión, algo que la enfureció.

— Lo detesto —dijo Juliet enojada apartándolo de su rostro—. Lo detesto.
—Córtatelo —sugirió Libby.
—¿Cortarlo? —preguntó la niña, sorprendida.
—¿Por qué no?

Durante un momento la niña pareció indecisa. Después consideró el corte de Libby y el de su padre y Sam.

—Será fácil, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿Pero quién me lo cortaría? —preguntó Juliet y antes de poder contenerse, Libby dijo:

— Yo.
—¿Puedes hacerlo? —preguntó la niña, ansiosa.

Esa aprensión hizo pensar a Libby que caminaba sobre hielo delgado. Quizá Alec prefería que su hija tuviese el cabello largo, y como iban las cosas entre ellos, no deseaba una confrontación. Finalmente, ante la esperanza de la niña, agregó:

—Si tu padre está de acuerdo.

—¡Papito! —lo llamó Juliet—. ¡Papito! ¡Libby dice que puede cortarme el cabello!

Alec se detuvo en seco y sus ojos se agrandaron momentáneamente. Parecía conmocionado por las palabras de Juliet, y Libby se preocupó. La miró como queriendo decirle algo.

Sonrió después a su hija y acarició su cabello rubio. Libby lo escuchó decir: —Perfecto.

—¿Lo harás? —preguntó Juliet a Libby—. ¿Lo harás ahora?

—No tengo tijeras —Libby no se mostró ansiosa por cortarle el cabello. — Vamos a la casa —Juliet tiró de la mano de Libby—. Por favor.

Ella miró a Alec que no parecía molesto, sino más bien curioso. Libby le preguntó al tiempo que se ponía de pie.

— ¿Te importa?

—Claro que no. Vayan.

La casa estaba silenciosa y parecía demasiado grande para sólo dos personas. Libby deseó convertirla en su hogar.

Por primera vez lo pensó en serio y la idea no la atemorizó, sino por el contrario, la encontró bastante tentadora. Cerró los ojos e imaginó lo que sería vivir ahí, cocinar y atender a Alec, Sam y Juliet, sentarse todos ante la chimenea durante las noches lluviosas, subir después por las estrechas escaleras y encontrar a Alec para pasar una noche de amor en su cama.

Nunca conoció su cama, nunca estuvo en su habitación. Miró ahora la escalera, pero después centró su atención en el presente.

— ¿Dónde están las tijeras? —preguntó a Juliet.

—Creo que arriba.

Libby se sintió culpable al ver que su plegaria recibía pronta respuesta. Sintió que se ruborizaba, así que se aclaró la garganta y contestó:

—Iré a... buscarlas.

Subió rápido y fue directo al cuarto de baño sin mirar ni a izquierda ni a derecha. Abrió cajones y encontró las tijeras; después se volvió para salir.

Las puertas de las habitaciones estaban abiertas. La que estaba próxima al cuarto de baño era obviamente la de Juliet, porque había juguetes en el piso. La puerta del lado opuesto era de la habitación principal, muy arreglada y con una gran cama.

Sin poder contenerse Libby entró en esta última. No había polvo, pero no se sentía habitada. En el tocador, había fotografías enmarcadas, mas no eran recientes. Vio allí a los padres de Alec, a él mismo cuando niño al que le faltaba un diente, tan parecido a Sam; a Alec de toga y birrete el día de su graduación.

Se dio cuenta de que había entrado en la habitación de los padres de Alec, no en la de él. En otro lugar de esa habitación había otra fotografía enmarcada. Era la foto de bodas de Alec y Margo, donde por cierto no parecían muy contentos. El estaba serio, como si el peso de las responsabilidades matrimoniales ya estuviera sobre él; y Margo parecía... asustada.

Tomó la fotografía para examinarla de cerca, recordando cómo se sintió ella ese día, experimentando de nuevo el mismo dolor.

Había salido con Alec la noche siguiente a su regreso de Ben Bay. Las esperanzas de la joven Libby habían crecido y aguardaba expectante. Alec se encontraba remoto y sus facciones eran tensas. Se alegró pensando en que trataba de reunir el valor necesario para pedirle que se casara con él.

Caminaban por la playa cuando él se detuvo para verla de frente. Tenía la mandíbula trabada y bajo la luz de la luna ella notó cómo una vena palpitaba en su cuello.

La miró con expresión ansiosa, preocupada, y ella le devolvió la mirada con la serena confianza de la mujer que lo ama y que se sabe capaz de alejar sus temores.

— Tengo algo que decirte.
—¿Sí? —le sonrió ella.
—Voy... voy a casarme.

Durante un instante ella creyó que él se refería a un nosotros, mas al verlo,

supo que no era así.

Quedó petrificada. No pudo hablar, no pudo escuchar.

—¿Casarte? ¿Con... quién? —pudo preguntar al fin. El movió impaciente la cabeza y contestó.

—Con Margo, ¿con quién más? —su tono era firme, frío.

¿Margo? ¡Margo Hesse! Ese nombre congeló su sangre. Eso le demostró cuan tonta había sido.

Margo era la pareja de Alec mucho antes que Libby entrara en escena. Libby había creído que Alec ya no tenía nada con la otra mujer. Evidentemente se equivocó. El idilio que sostuvieron el día anterior no significó nada para él. Margo era la dueña de su amor. A Libby sólo la utilizó como entretenimiento en su soledad. ¡Qué tonta fue! Alce se aclaró la garganta antes de continuar:

—De cualquier manera, mejor para ti. Eres una niña, Lib. Tienes que ir a la universidad, conocerás otras personas...

Libby movió la cabeza, incrédula, aun a sabiendas de que era cierto. Eres una niña, Lib. También una estúpida. Una niña inocente. Cruzó los brazos alrededor del pecho como si sintiera dolor.

De hecho el dolor era demasiado real.

—Vamos, Lib —le ofreció su mano—. Te llevaré a casa.

—¡No! —se negó furiosa y él hizo un sonido de impaciencia.

—No puedes permanecer aquí.

—¿Qué te importa lo que yo haga? —se volvió para caminar rápido por la playa. Cuando Alec la tomó por el brazo ella se sacudió.

— ¡No me toques! ¡Vete!

—¿Y dejarte aquí? Jamás.

—¿Por qué no?

—Porque Braden me arrancaría la cabeza, maldición.

—¿Por eso? —lo miró—. ¿Por qué temes al señor Braden?

—No temo a Dave Braden. Temo que cometas alguna tontería.

—Ya he cometido la peor tontería que pudiera imaginar —respondió con amargura empezando a llorar.

— ¡Libby!

—¡Vete! —y corrió para alejarse de él.

Sólo vio una vez más a Alec el día de la recepción.

Los Braden salieron puntuales llevándose a los niños, sus ojos con expresión preocupada y sus pensamientos repletos de consejos silenciosos.

—¿Segura de que estarás bien? —le había preguntado Evelyn Braden antes de marcharse.

—Claro —contestó de nuevo—. Hasta voy a dormir un poco.

Y trató de hacerlo, pero el nerviosismo no la dejó. Se removía inquieta en su cama. No se concentró en la lectura de un libro, estaba aburrida de escuchar la radio y Maddy no le permitía ayudar en la cocina.

Por la ventana abierta le llegó el sonido de risas y conversaciones. Debía ser la celebración del siglo en el hotel de la isla.

Ahora veía claramente por qué Alec la había desairado. No había comparación entre ella y Margo. No sólo porque él la conocía de tiempo atrás. Margo era también una actriz famosa, talentosa, mundana, y su padre, el productor Leopold Hesse, hizo público que estaba encantado con ese matrimonio.

Libby era joven, de atractivo común, inexperta. No tenía una carrera, ni era hermosa ni mundana. Y su padre, Sam Portman, propietario de una tienda de computadoras, importaba menos aún.

Recordar a su padre la hizo llorar. Oh, cómo deseaba estar ahora a su lado para tener el consejo y el amparo de su amor. Pero él estaba muy lejos, y ni su amor podría ofrecerle refugio a su dolor.

Mas esa tarde, cuando los sonidos de la recepción fueron insoportables, siguió el viejo consejo de su padre: *Cuando estoy deprimido, camino, camino y camino. Veo el mundo que me rodea. El sol, los árboles, el cielo. Después de eso mis problemas ya no parecen tan graves. Haz la prueba un día.*

Y Libby salió de la casa, caminando decidida hacia la playa. Caminó y caminó. Cuando regresó casi era de noche. En el momento que vio cómo sus huellas eran borradas por el oleaje, levantó la vista.

Y ahí estaba Alec. A escasos metros de ella, frente a los jardines del hotel. La concentración y decisión de Libby se esfumaron. Él tenía enrollados los costosos pantalones de etiqueta y llevaba los zapatos en la mano. Iba solo. Contemplaba el mar y, justo cuando Libby lo vio, él se volvió a mirarla.

Ella pensó que en ese momento sucedería; que en ese momento despertaría, y la pesadilla terminaría. Luego él iba a besarla, a abrazarla. Y el dolor se esfumaría. Alec caminó hacia ella. Un paso. Otro más.

De repente se detuvo. Dejó caer las manos a los lados y ella notó en su dedo el brillo de la argolla matrimonial.

Supo que no sufría ninguna pesadilla.

Ambos se volvieron para caminar en dirección contraria.

Capítulo 8

—¿Libby? —la voz de Juliet la trajo de regreso al presente. De mala gana puso la fotografía en su lugar y contestó:

—Ya voy —y tomó las tijeras para bajar, sin mirar a la que debía ser la habitación de Alec.

Juliet la esperaba pacientemente en la cocina. Tenía un cepillo en la mano y se lo entregó a Libby con toda solemnidad.

Al peinarla Libby notó en la pequeña un gran parecido con Margo, no con Alec, sobre todo en el cabello, que ahora le llegaba casi a la cintura.

— ¿Nunca te lo cortaron antes? —le preguntó Libby.

—No —contestó la niña después de un titubeo. Tal como Libby pensó. — Entonces, no creo que deba...

—Hazlo. Ahora —ahí estaba el parecido con Margo. Imperiosa. Decidida. — Bueno, entonces quizá sólo las puntas.

— Corto —insistió Juliet—. Como el tuyo. O más corto. Para que pueda jugar con papito y con Sam sin que me estorbe en la cara —ya no se mostraba imperiosa. Miró a Libby y su mirada reflejaba necesidad. Supo cuan importante era ese paso para la pequeña.

Libby aspiró hondo, tomó las tijeras y comenzó a cortar. Largos mechones se amontonaron a sus pies. Pronto el cabello de Juliet sólo llegó a las orejas. Se veía muy bien, y eso le dio más confianza a Libby para saber que hacía lo correcto. En cuánto terminó sonó el teléfono.

Contestó al notar que la niña la observaba expectante. Una voz femenina preguntó por Alec; era una voz cálida y sensual. Justamente el tipo de mujer que lo llamaría. Libby sintió celos, los cuales reprimió de inmediato.

—No está en este momento —le informó—. ¿Quiere dejarle algún mensaje?
—Dígale que lo llamó Amalia —el tono de voz era apremiante—. Que necesito hablar con él de inmediato.

—¿Conoces a Amalia? —preguntó a Juliet.

— ¿Era Amalia? —los ojos de la niña brillaron cuando Libby asintió—. Es amiga de mamita —de pronto la mirada de la niña se oscureció—. Venía a vernos con frecuencia antes que mamita muriera. También viene a ver a papito. ¿Ya estoy lista? —movió su cabecita de manera experimental.

Libby asintió, nada satisfecha con la respuesta de la niña, quien corrió a su habitación para mirarse en el espejo. Sus ojitos se abrieron al máximo al ver su nueva imagen. Quedó inmóvil, como si no diera crédito al cambio. Libby, desde la puerta, contenía el aliento, dejándolo escapar hasta que Juliet sonrió ampliamente.

—¡Guau! —movió la cabeza—. ¡Tengo que enseñárselo a papito! —y sin mirar atrás salió corriendo.

Libby no vio la primera reacción de Alec al ver el nuevo peinado de su hija. Cuando llegó a su lado, Juliet ya tiraba del hilo de la cometa bajo el consejo de Sam. Alec, con las manos en las caderas, los miraba.

— ¿Qué te parece? —preguntó dudosa.

—Es justo lo que necesitaba —una comisura de su boca se curvó—. Dijo que nunca se lo habían cortado.

—Margo nunca se lo permitió.

—Yo no quise... —era justo lo que Libby temía.

—Es lo mejor que le pudo suceder. Empieza a ser ella misma —dijo Alec con firmeza. La tomó de la mano y la atrajo hacia sí, se inclinó y la besó—. Gracias. —Por nada —respondió aliviada, disfrutando del roce de sus labios.

Volvió a besarla, ahora con profundidad, y ella sintió que el deseo la invadía. Supo por los músculos de Alec que se tensaron y por el rubor que cubrió el rostro amado que él también sentía lo mismo. La esperanza la inundó también.

—Sí. ¡Está bien!

Libby se apartó al escuchar el grito jubiloso de Sam. Su rostro se tiñó de rojo y miró el agua para descubrir que el chico los miraba con una sonrisa de embeleso y entusiasmo.

Alec rió y volvió a besarla, pero Libby se apartó diciendo.

—No.

—¿Por qué no? Tiene que acostumbrarse a verme besándote. Y parece que no se opone.

—No importa.

Porque ella no podía permitir que Sam se esperanzara cuando no había ninguna seguridad. Por mucho que siguiera amando a Alec, no sabía si se casaría con él. Ni sabía si él sólo consideraba la conveniencia de tener una mujer con la cual compartir sus deseos físicos.

Alec la observaba triste y resignado.

—Habló Malie, papito —dijo Juliet. Alec frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos de sus pantaloncillos.

—¿Qué quería?

—Dijo que necesitaba hablar contigo —respondió Libby en espera de alguna explicación. No obtuvo ninguna—. Juliet dice que era amiga de... Margo. —Así es —fue toda su respuesta. Apretó la boca. Libby quiso preguntar si Amalia era sólo eso.

Pero Alec veía a los niños, y sonrió al observar feliz a su hija, tan parecida a su madre ahora con el cabello corto y dijo:

—Me gusta su corte de pelo.

¿Sólo el corte, o porque así se parecía más a su madre?, se preguntó Libby.

Esa noche Alec la invitó a cenar.

—¿A tu casa?

—No. A un restaurante. Sólo tú y yo.

—Está bien —aceptó sonriendo.

Lois cuidó de los niños mientras ellos salían al Club de Yates. Se sentaron en el bar a ver el crepúsculo.

La entretuvo contándole anécdotas de su trabajo como director.

Cuando oscureció la llevó a un restaurante semiescondido en la colina; la música era suave, el ambiente tropical elegante, y la comida excelente. Era la clase de cita que Libby soñó... con el hombre amado atento sólo a ella.

Después, cuando esperaba que la acompañara a su casa, él la condujo de regreso al Club de Yates.

—Quiero bailar contigo —le dijo—. Nunca bailamos juntos —tocaban bossa nova y al tomarla entre sus brazos, Alec declaró—. Perfecto.

Nadie más bailaba y durante un momento se sintió como una tonta. Mas en la mirada de Alec había un anhelo que no podía pasar inadvertido. Libby se atrevió a albergar esperanzas.

Era el tipo de noche que soñó durante años... una noche en la que ella y Alec bailaran, en la que Alec le murmurara palabras de amor, en la que él pareciera impaciente por que se quedaran solos, y, cuando al fin lo estuvieran, la amara con el alma y el corazón.

—Ahh, esto es una tortura —le murmuró Alec al oído cuando sus cuerpos se tocaron.

— Sí —murmuró ella. Era la tortura más exquisita del mundo.

—Te deseo —le dijo él con suavidad y ella le creyó.

También lo deseaba. Y más que eso, lo amaba. Quiso creer que la amaba. Deseo confiar en él, sentir que era correspondida.

Pero en un rincón de su mente permanecía la pregunta... ¿alguna vez la amaría por ser ella misma? ¿Algún día Margo pasaría a segundo lugar?

—Debo volar mañana a Nassau —comentó él de pronto—. A hablar de algo relacionado con mis películas. Acompáñame.

—Yo...

—Todo estará bien —hizo una pausa y la miró a los ojos—. Hasta podríamos casarnos.

La manera de decírselo la sorprendió. Tragó en seco y contestó: —Yo no...

—Aún no deseas casarte conmigo, ¿verdad? —la sonrisa de Alec desapareció. —No, yo... —no fue eso lo que quiso dar a entender—. Yo... —¿cómo explicarle?

—Está bien, Libby —habló con voz cortante. Pasó una mano por su rostro—. Está bien. No nos casaremos. Pero de cualquier manera, acompáñame.

Lo miró. De nuevo parecía altivo. Suspiró.
—Supongo que la idea les agrada a Juliet y a Sam —aventuró. —Sin niños. Sólo tú y yo —la miró a los ojos—. Lo necesitamos.

¿A qué se refería? ¿Era otro de sus intentos por convencerla? ¿O para convencerse a sí mismo?

¿Alguna vez lo sabría si lo rechazaba? Bueno, no. Pero, ¿y si sus esperanzas renacían, si empezaba otra vez a confiar en él... en ellos... y todo se venía abajo de nuevo?

Si no lo acompañaba, nunca sabría si podía funcionar su relación. —Está bien —dijo al fin—. Iré.

Nassau era tan activo y caótico como Harbour Island era tranquilo. Libby nunca paseó por ahí, en realidad sólo había estado de paso.

Para ella las Bahamas siempre fueron sinónimo de calma y descanso. Nassau era todo lo contrario.

Cuando al fin llegaron al edificio de dos pisos de estuco azul, Libby descubrió que estaban en una callecita adyacente y tranquila, aunque muy cerca de las atracciones de la ciudad.

El recelo la asaltó cuando bajó del taxi y dejó que Alec pagara. Todo era como un cuento de hadas, pero ella ya no era una jovencita inocente como para creer en los finales felices. Si él le hubiera dicho que la amaba ella quizá le hubiera creído. Pero Alec nunca lo hizo. Y aun cuando la invitó a pasar juntos el fin de semana, lo notó ligeramente distante.

¿Acaso deseaba que fuera Margo? De nuevo se preguntó si no estaría cometiendo un error garrafal.

Alec esperaba que compartiera su cama, de eso estaba segura. Después de todo, ya lo había hecho. Sólo que ella quería más... mucho más.

Así, cuando Alec la miró sonriente y la tomó del brazo, ella se dejó guiar hacia la estancia. Allí, una mujer los esperaba.

—Ah, señor Blanchard, bienvenido. Por aquí, por favor. Les mostraré las habitaciones.

Asombrada, Libby comprobó que tenían habitaciones contiguas, y no tenían puerta de comunicación. Se sintió decepcionada.

Dejó caer su bolso y paseó por la habitación deseando estar en cualquier otra parte. Llegó hasta las puertas corredizas y salió al balcón. Alec también estaba ahí.

— ¿Te gusta?

—Sí, es adorable —contestó.

—Prefiero esto a los grandes hoteles.

—Yo también.

—Supongo que sí —Alec la observó con detenimiento, después sonrió—. A las dos tengo una cita con Carras y McKinley. Si quieres, podemos almorzar antes.

La llevó a un lugar muy elegante, del cual ella ya tenía excelentes referencias. —Pensé que necesitábamos reservaciones —le comentó a Alec cuando entraron. —Las hice la semana pasada.

Lo miró curiosa. ¿Desde entonces había hecho planes?

—¿Antes de saber que yo te acompañaría?

—Tenía la esperanza —respondió sonriente.

Libby lo miró de cerca y él sostuvo su mirada. Luego se volvió bruscamente para examinar la minuta de vinos. Libby sonrió, pues sabía que ella también tenía la esperanza.

Se concentró en el menú, aunque al final no le importó lo que ordenara; todo estuvo delicioso. Pero lo mejor fue tener a Alec para ella sola.

Cualquier vestigio de tensión entre ellos fue desapareciendo gradualmente. Libby no supo si a causa de la atmósfera, la comida y el vino, o la forma de sonreírse mutuamente, mas por primera vez en semanas, ella empezó a tranquilizarse.

Alec también. Las líneas de tensión en las comisuras de su boca, desde que hicieron el amor, empezaron a borrarse. Su ceño ya no estaba tan pronunciado cuando le sonreía.

Alec le relató la pintoresca historia del restaurante, y sobre su pasado. —Los Beatles estuvieron aquí —le dijo—. Y Winston Churchill. Y muchas otras personalidades.

—¿Cómo tú, por ejemplo? —preguntó ella en broma.

— Nunca me había hospedado aquí, aunque sí vine varias veces a comer —le comentó que sus padres lo llevaron primero a ese lugar al cumplir dieciocho años, y después al alcanzar los veintiuno—. Es tradición familiar celebrar aquí. Mis padres festejan aquí sus aniversarios de boda. Querían que nosotros también lo hiciéramos. Yo nunca estuve de acuerdo —de pronto desapareció la sonrisa de su rostro.

¿Por qué no?, se preguntó ella.

Pero como siempre, cuando se trataba de algo relacionado con Margo, de inmediato se levantaba un muro y Alec se puso rígido.

Mas tan pronto como había aparecido la tensión en Alec se desvaneció. La tomó de la mano y Libby lo observó sorprendida.

El mundo a su alrededor desapareció y por primera vez en años, la armonía entre ellos fue completa.

Y así continuó hasta el término de la comida, y cuando caminaban por las estrechas callecitas hasta el lugar donde Alec tenía su cita. No quería dejarla ir. —Maldición —murmuró—. Este es el último lugar a donde quisiera ir; lo último que quisiera hacer.

—No te preocupes —contestó ella y luego lo besó—. Tenemos el resto del fin de semana.

—Claro, ¿verdad? —le sonrió y se quedó en la entrada del hotel hasta que ella se perdió de vista en la calle.

Libby recorrió el mercado y compró figuras de concha nácar para Sam y

Juliet. Casi a las cuatro de la tarde, recordó que Alec se desocuparía a las cinco y regresó a encontrarlo.

En el camino se detuvo a curiosear en varias tiendas, compró un libro de historia para el profesor Dietrich y para ella un traje de baño de color de rosa. Al fin salió de la tienda.

— ¿Libby? ¿Libby Portman?

Ella levantó la mirada, sorprendida. Ante ella estaba Wayne Maxwell.

—Qué coincidencia encontrarte aquí —caminó a su lado—. ¿Terminaste tu proyecto?

— Casi —Libby continuó caminando.

—¿Estás de vacaciones?

—Más o menos —no quiso mencionar que estaba ahí con Alec. Eso era justo lo que Wayne deseaba, y ella bien sabía lo que Alec opinaba de los reporteros—. ¿Y tú? —Claro que no. Estoy trabajando —sonrió—. Pero siempre es agradable trabajar en el paraíso.

—¿Qué trabajo? —preguntó deseando equivocarse en su presentimiento.

— Algo grande se cocina respecto a una nueva película. Carras y McKinley están allá enfrente, supuestamente hablando con Blanchard. Después ofrecerán una rueda de prensa.

—¿Hoy? —preguntó Libby.

—Hoy, mañana... —Wayne se encogió de hombros—, ¿quién sabe? Cuando los dioses se reúnen, a los mortales sólo nos resta esperar.

—Qué interesante.

—Sería mucho más si supiera lo que va a pasar. Quizá alguna de las muñecas que siempre rodean a Blanchard me dé indicios de algo.

—Pensé que no te agradaban los chismes.

—Bueno —se encogió de hombros—, de algo tengo que vivir. Además, es el precio de la fama. ¿En dónde te hospedas?

— ¿Qué? Ah, en un hotelito retirado.

—¿Tú sola?

—Mmm.

—Perfecto —Wayne tomó el murmullo como una afirmación—. ¿Quieres cenar conmigo esta noche?

— No puedo.

—Entonces, ¿almorzamos mañana?

—No lo sé. Tengo muchas cosas que hacer.

—Pensé que estabas aquí de vacaciones.

—Pues, sí, pero... bueno, está bien, ¿por qué no? Almuerzo.

—Perfecto. Yo paso por ti.

—Yo te encuentro. Dime dónde.

—Bueno, si así lo prefieres —se encogió de hombros—. ¿Te parece bien el Sheraton? De ese modo me enteraré de muchas otras cosas.

Tuvo que aceptar porque ahora se acercaban al Sheraton y no quería llegar ahí en compañía de Wayne.

—Perfecto —contestó apresurada y agregó—. Mira, tengo que irme. Voy a comprar unos regalos para mis hermanos. Nos veremos mañana.

Libby entró en una tienda de la que salió hasta que Wayne se había alejado.

Cuando llegó al Sheraton, Alec la esperaba en la escalinata. Libby no vio ninguna “muñeca” a su alrededor, sino a un grupo de adolescentes risueñas pidiéndole un autógrafo. Alec las complació, mas al ver a Libby de inmediato

fue a su encuentro.

— Al fin —le dijo y tomándola por el brazo la llevó hasta un taxi. Después de indicar a dónde querían ir, se volvió hacia ella y la miró largamente, de un modo que la hizo sonreír.

Alec también sonrió, la tomó entre sus brazos y la besó.

Libby, tan deseosa como él, correspondió al beso. Sus dedos acariciaron el pelo de Alec y mordisqueó provocativa el labio inferior de él. Lo sintió estremecerse antes de apartarse sonriendo con amargura.

—¿Seguirás del mismo humor para cuando llegemos al hotel? —le preguntó con voz enronquecida.

—Creo que sí —respondió sonriendo. Y cuando llegaron a la puerta de su habitación, ella lo hizo pasar.

Esa noche se amaron con la misma felicidad que compartieron ocho años atrás. Cuando despertaron volvieron a amarse, aunque Libby pensó que él se marcharía como lo había hecho antes. No fue así. Permaneció a su lado, la estrechó en sus brazos y se durmió. Sonriendo, feliz por primera vez en tanto tiempo, Libby también se durmió.

Al parecer, las barreras al fin habían desaparecido y los temores se habían esfumado.

A la mañana siguiente, cuando supuestamente Alec debía reunirse con Carras, él aún no se levantaba de la cama. La abrazó con fuerza.

—Maldito Carras —murmuró antes de besarle la boca, la punta de la nariz y las mejillas—. Maldito McKinley. Preferiría quedarme aquí contigo.

—Yo también —sonrió ella, somnolienta y saciada. Se apartó un poco para mirarlo a los ojos—. Pero el deber es primero.

—Maldito deber, también —replicó él hundiendo el rostro en el cabello de Libby.

Para cuando se levantaron, se bañaron y se vistieron, deteniéndose a cada momento para besarse y acariciarse, Alec estaba más que retrasado.

— Odio hacer esto. Siento como si estuviera huyendo de ti —gruñó él. — Tonterías. Sabía que debías hacer esto en el momento que me invitaste.

—Pero entonces no sabía que *esto* marcharía tan bien —su mirada enfocó la cama revuelta, Libby sólo sonrió.

—Ya regresaremos. Yo puedo hacer algunas compras. Aún no adquiero nada para mi madre.

—Ve, pues —Alec le ofreció su mano.

En esa ocasión Alec insistió en presentarla a Carras y McKinley. Libby se puso nerviosa esperando ver en cualquier momento a Wayne, temerosa de lo que pudiera pensar si la veía con Alec, y preocupada por lo que Alec creyera si la veía hablando con Wayne. Por fortuna, el reportero no se apareció por el lugar.

— Así que tú eres la causa de que Alec esté divagando —le comentó Ross McKinley guiñándole un ojo. Ambos hombres tuvieron la discreción de no mencionar si la consideraban la última conquista de Alec—. No lo culpo.

Alec la abrazó con fuerza y aseveró:

—Y es la causa de mi retraso. Así que si no quieren que me marche en este instante, empecemos nuestra conversación.

Libby los dejó y salió. El día estaba más caluroso y húmedo que de costumbre, pero apenas lo notó. Su cabeza y su corazón estaban llenos de recuerdos de la noche anterior y de un maravilloso sentimiento de armonía

entre ella y Alec.

Casi se lo comenta a Wayne. Pero no lo hizo. Su relación apenas empezaba a crecer y era demasiado valiosa, demasiado perfecta. Quiso mantenerla para ella sola durante un tiempo. Y antes de hablar con la prensa, debían hablar con Sam y Juliet. Debían explicarles las cosas.

Sonrió. Ya lo harían juntos. El aún no le había dicho que la amaba, pero al fin empezaba a confiar en que así era.

Radiante, aún sonreía cuando encontró a Wayne una hora después. —Te veo maravillosa —la saludó con franca admiración.

—El clima me favorece —tomó asiento ante la mesa y sonrió.

—Creo que sí. O —agregó esperanzado— tal vez sea la compañía. Mira, esta tarde tengo una entrevista exclusiva con Carras, pero, ¿te agradecería salir conmigo esta noche?

—Debo regresar a Harbour Island.

— ¿Estás segura de que no deseas alargar tu paseo? Yo puedo hacerlo un poco más. Quizá Blanchard haga algo ultrajante, como fugarse con una actriz o algo por el estilo.

¿No se asombraría si lo supiera? Libby sonrió para sí.

—No, no puedo.

Le costó trabajo que Wayne se diera por vencido, y a la hora en que debía encontrar a Alec, aún no se deshacía de él.

— ¿No te quito tiempo de tu trabajo? —preguntó al borde de la desesperación. —No te preocupes. ¿A dónde vas ahora?

—Yo... necesito comprar algunas postales... y estampillas.

— Te llevaré al lugar adecuado —Wayne la tomó del brazo. La llevó justamente al Sheraton y agregó—. Aquí encuentras regalos. Ayer aquí mismo compré algunas postales.

Libby no pudo más que seguirlo. Apresurada escogió sus postales... con

Wayne a sus espaldas, aconsejándole cuáles comprar y esperando pagarlas. En la puerta, sin saber qué hacer, notó que Wayne levantaba la vista y exclamaba:

—¡Carras! Y McKinley. Y Blanchard —se volvió a besarla y agregó—. Debo correr, cariño. El deber me llama —y se marchó.

Libby, rogando porque Alec no los hubiera visto, regresó a la tienda de regalos hasta que vio que Carras, sonriente, se alejaba con Wayne para la *exclusiva* que le tenía prometida. Alec los observó alejarse y McKinley palmeó, feliz, la espalda del cineasta, pero éste sólo asintió.

Libby se preguntó si habría estado tan distraído durante su conversación y sonrió. No sabía si esperar que así fuera. Guardó las postales y fue a su encuentro.

— Hola. No estoy retrasada, ¿verdad?

—No —contestó Alec. No sonrió y parecía preocupado.

—Hey —Libby lo tomó por el brazo—. No pudo ser tan malo.

—¿Qué cosa? —Alec frunció el ceño.

—Lo que hayas discutido con esos dos —respondió ella sonriente. Mas al verlo tan serio se preocupó—. ¿Pasa algo malo? ¿No salió todo bien?

— ¿Qué? Ah, la reunión. Sí, todo salió bien.

—Entonces, ¿ya terminaste?

—Sí —la miró, escrutador.

Y Libby, que sabía lo que él buscaba, lo abrazó y lo besó sonoramente.

Durante un momento pareció que Alec se resistiría, pero por fin correspondió. Hasta la llevó de nuevo a la habitación para volver a hacerle el amor antes de marcharse.

Esa unión fue más intensa que cualquier otra que hubieran tenido. Alec parecía casi desesperado en su necesidad de ella. Y Libby compartió ese sentimiento. Después se sintió la mujer más feliz del mundo.

Estaba segura de que ni aun casados podrían estar más unidos que ahora. Y cuando regresaron a Dunmore Town y Alec la acompañó del muelle a su casa, no quería que la dejara sola.

—Quisiera que te quedaras conmigo —le murmuró al oído cuando se despedían.

Alec la besó anhelante, después se apartó un poco. Sonrió torvo al contestar: —¿Y crees que yo no?

—Pronto lo harás —dijo ella. Era un compromiso. Una promesa. —Mmm —de nuevo la besó con pasión.

—Nos vemos mañana temprano —observó Libby.

Mas Alec nunca regresó.

Capítulo 9

Libby esperó y esperó.

A la mañana siguiente despertó excitada, apenas conteniéndose para no dar a Sam las buenas nuevas. Cantando, le preparó el desayuno y lo llevó a la escuela con la esperanza de ver a Alec acercándosele por la calle. Al no verlo regresó a su casita todavía emocionada.

Arregló las camas y mecanografió la entrevista con Gibb Sawyer y todo el tiempo estuvo atenta por si escuchaba pasos detenerse ante su puerta. Para el mediodía su emoción cedió. Cuando doblaba la ropa limpia se descubrió frunciendo el ceño y hasta se limpió una lágrima con un pantalón corto de Sam.

Se previno de no llorar. Debía acostumbrarse a que muchas veces Alec estuviera retrasado. Ser director de cine no era un trabajo con horario regular. Debía acostumbrarse a eso.

Y trató de hacerlo.

Para las tres de la tarde su imaginación se había desbocado. Se preguntó si estaría enfermo, si algo le habría pasado a Juliet mientras ellos estuvieron fuera. Imaginó tragedias, incendios, secuestros.

—¿Viste ayer a Juliet? —preguntó a Sam cuando regresó de la escuela. —No —contestó dejando caer sus libros en el sofá para tomar leche y pastel de coco.

— ¿Para nada? —insistió ella.
—No —contestó con la boca llena de pastel.

Desesperada, pensó en que quizá la enferma era Juliet. O tal vez estaría lastimada. Sí, eso debía ser. De otra manera, Alec habría regresado. Deseó por enésima vez tener ahí un teléfono.

—¿La viste durante el fin de semana?

—El sábado —contestó Sam después de pasar el bocado—. La vi caminando por el muelle con una mujer, cuando Arthur y yo íbamos para allá.

— ¿Qué mujer? —preguntó ceñuda.

—No lo sé. ¿Puedo comer más pastel?

Le sirvió otra rebanada mientras su imaginación volaba.

—Anda —le dijo a Sam—. Vamos a caminar un poco.

Encogiéndose de hombros Sam comió rápido su pastel, tomó su leche y se puso de pie. No preguntó a dónde iban, ya parecía saberlo.

—¿Estás preocupada?

—Un poco —aceptó—. Se supone que Alec debía verme esta mañana, y no fue a la casa. Entonces, imagino que algo le habrá pasado a Juliet.

—Te gusta Alec, ¿verdad? —preguntó Sam corriendo para igualar el paso de su madre.

— Estoy... muy encariñada con él.

Libby lo amaba. Deseaba reconocerlo ante Alec, ante Sam, ante todos.

Pero la noche anterior acordó con él que juntos informarían a Sam quién era su padre. Y también hablarían con Juliet. Así debía ser de ahora en adelante. Sonrió a Sam y continuó caminando.

En cuanto se acercaron a la casa empezó a buscar a Juliet con la mirada. No vio a nadie y sólo se escuchaba el rugido del mar. Dejó a Sam en el patio y llamó a la puerta.

Le pareció una eternidad antes de escuchar que alguien iba a abrirle. Cuando la puerta se abrió, ella dijo:

—Oh, Alec... —pero era Lois quien estaba ante ella. Le sonrió ampliamente y

la saludó:

— Pase. Pase.

Libby dudó, mirando alrededor en busca de algún desastre.

—Yo... pues... quiero decir. Busco a Alec.

—El señor Alec no está aquí —contestó Lois frunciendo el ceño. Libby se sintió invadida por el alivio y agregó:

— Ah, debimos cruzarnos en el camino.

—No —negó Lois—. No está en la isla. Se fue.

—¿Se fue? —su alivio desapareció para ser reemplazado por el pánico—. ¿A dónde? ¿Por qué?

— No lo sé. No me dijo.

—¿Se fue así, nada más? ¿Y Juliet?

—Ella también se fue. Ella y la señorita Webster. Todos se fueron. —¿La señorita Webster? —apretó con fuerza el picaporte.

—Sí, la señorita Webster. Amalia Webster. La actriz.

— No deseo hablar de eso —de manera deliberada Libby se inclinó sobre la masa que preparaba, deseosa de mostrarse indiferente ante la preocupación de su madre.

— Pues creo que deberías —insistió Christine Portman con su mirada llena de amor y preocupación. Estaba en la cocina de la casa de Libby, observando a su única hija tratar de ignorarla, igual que trató de olvidar a todos desde hacía una semana—. Creo que *necesitas* hacerlo.

— No hay nada que decir —Libby continuó amasando. Nada que ella *quisiera* decir. Y lo que menos deseaba era que sus padres la consolaran de su tonta relación con el mismo hombre.

Esa era, quizá, la parte más difícil. Haber tropezado, literalmente, con la misma piedra. Enamorarse de un villano a los dieciocho años era comprensible debido a su inocencia; hacerlo a los veintiséis era una tontería. ¡Y no había palabras para describir la aberración de una mujer que se enamora del mismo villano dos veces!

—Fue de nuevo Alec Blanchard, ¿verdad?

Libby suspiró. Sabía que había llegado la hora, que la paciencia de sus padres se había agotado. Fueron tolerantes cuando regresó, dos semanas atrás, con la misma alegría de un alma en pena. Ellos, mejor que nadie, sabían cuan alterada volvió a su lado hacía ocho años.

Ahora Christine consideró que era el momento de intervenir.

Libby sabía que su madre tenía razón, sólo deseaba que la verdad no la hiciera parecer una estúpida.

Sus padres sacaron conclusiones en cuanto Sam empezó a hablar de su amigo Alec.

En ese momento sus padres agrandaron los ojos al máximo y quedaron boquiabiertos. La miraron en busca de confirmación... y ella no pudo decir nada. No logró evitar que Sam hablara. Su única esperanza era que pronto encontrara otro tema de conversación.

Al fin lo hizo; cuanto más pronto saliera a jugar con sus amiguitos, con menos frecuencia comentaría *Alec dice, o mi amiga Juliet...*

Pero aunque ya casi no escuchaba el nombre de Alec, eso no le proporcionaba ningún alivio. Por el contrario, pensaba en él todo el tiempo. Podría haberse ido de Harbour Island, pero nunca habría podido olvidar a Alec.

Había tratado de comportarse con madurez y pensar de manera racional cuando escuchó las palabras de Lois. No podía aceptar que de nuevo Alec la había abandonado por otra actriz despampanante.

En vez de eso dio las gracias a Lois y regresó a su cabaña caminando lentamente, con Sam, curioso y preguntón pisándole los talones. Libby no contestó a ninguna de sus preguntas. Ella misma se hacía demasiadas.

¿ *Por qué?* ¿Por qué lo hizo él así? ¿Qué significó? ¿Acaso estaba practicando algún perverso juego? ¿Le importaba? ¿Qué sentía por ella? ¿Qué sentía por Sam? La respuesta era la misma. No lo sabía...

Esperó que todo fuera un error, que Lois hubiera entendido mal las cosas. Pero los días pasaron y él no se comunicó.

Por fin su paciencia se agotó. No había error posible y sería tonto sentarse a esperar eternamente. Sería una tonta si aguardaba un solo día más.

Su trabajo estaba casi terminado, y lo que faltaba ya no iba a hacerlo. Alec sabía en dónde vivían. Si quería verla, la encontraría, aunque después de su comportamiento, ella ya no deseaba verlo.

— ¿Qué vamos a decirle al señor Alec? —refunfuñó Maddy cuando Libby se despidió de ella. La joven pensó decirle que Alec podría irse al infierno, pero sólo movió la cabeza. No había qué decir.

Las revistas que leyó posteriormente le confirmaron que su decisión había sido la correcta. En las primeras páginas de una publicación sensacionalista había fotografías de Amalia y Alec descendiendo de un avión en Los Angeles, con Juliet un poco más atrás. El pie de foto informaba: *Alec y Malie regresan de su nidito de amor en Bahamas*. Y otro más decía. *¿Es ella la mujer que ocupará el lugar de Margo?*

Libby observó azorada. Sintió que una mano pesada caía sobre su hombro y se volvió para encontrarse ante Michael, quien la miraba preocupado. Era la primera vez que lo veía desde su despedida en Harbour Island.

El vio la revista, hizo una mueca y luego le dijo:

—Lo siento, Libby.

—Gracias —externó ella cerrando los ojos. ¿Qué otra cosa podía decir?

Gracias a Dios Michael no hizo preguntas. La invitó a tomar un café, pero ella se negó.

—Te llevaré a tu casa —ofreció él.

Michael no habló durante el trayecto; cuando la dejó ante su casa, preocupado preguntó:

— ¿Estarás bien?

—Claro.

—Entonces, después nos veremos para cenar.

Libby asintió, pero nunca se reunieron. Ya nunca podría volver al lado de Michael y ambos lo sabían.

—Fue Alec, ¿verdad? —su madre preguntó ahora—. Tu Alec.

—No es *mi* Alec —contestó furiosa. Secó con el dorso de la mano las lágrimas que se desbordaban de sus ojos—. Y hay miles de Alecs en el mundo aparte de él.

— Sí —razonó Christine—, pero ningún otro es capaz de hacerte esto. Tuvo que reconocer que su madre tenía razón.

— Estoy bien —continuó testaruda—. Sí, allá reencontré a Alec, pero eso es irrelevante. Terminé mi trabajo a tiempo; antes, de hecho. Por eso regresé. ¿Cuál es el problema? ¿A qué se debe que todos están tan preocupados?

Christine la miró de frente y dijo con suavidad:

—Ah, Libby. Estamos preocupados por ti.

¿Cómo luchar contra la preocupación y el amor maternos? ¿Cómo evitarlos si los necesitaba tanto? Indefensa movió la cabeza sintiéndose abrumada por el dolor de las últimas dos semanas. Finalmente rodaron por sus mejillas las lágrimas reprimidas.

—Me siento tan tonta. Me enamoré de él —murmuró con tono desvalido—. Volví a enamorarme de él.

—Oh, querida —Christine la abrazó.

—Debí saber que no podía confiar en él. Dijo que me amaba. Que quería casarse conmigo, que...

Ya no tenía objeto repetir lo que él había dicho. De nuevo, el proceder de Alec había hablado más que sus palabras.

—Pero todo es sólo cuestión de tiempo —le aseguró a su madre.

Ya antes se había recuperado de Alec. Se las arregló para llevar una vida feliz y productiva. Aún tenía un hogar, su familia, su hijo... todo lo que poseía antes de volver a Harbour Island. Si antes lo logró, lo superaría otra vez.

—Sam se acerca —dijo su madre—. Seguro él y el abuelo ya terminaron la casa en el árbol.

Libby agradeció que su padre accediera a ayudar a Sam a construir su casita, sobre todo porque sospechaba que su padre lo hacía para entretener a Sam y para darle así tiempo a ella de asimilar lo que había sucedido.

Libby también quiso que Sam olvidara sus tardes en la isla, llevándolo a excursiones y preparando juntos pasteles. El día anterior al regresar del mercado, desechó el recuerdo de Alec, sonrió a Sam y le preguntó si deseaba ir a nadar.

Esa tarde, preguntó al niño si deseaba salir a pasear en bicicleta. —Claro. Pero primero debes ver la casita del árbol.

Libby y Christine lo siguieron para inspeccionar la casita. Era tan bonita como la construida por Alec. Sólo que cuando paseaban solos, Sam confesó. —Me gusta mucho. Pero es más bonita la que hizo Alec.

Libby no contestó a eso, sino que lo retó a ver quién llegaba primero a la esquina. De inmediato Sam se adelantó.

Encontraron a Michael saliendo de la biblioteca.

—¿A dónde van? —les preguntó.

—A la granja de los Ericson —contestó Sam.

— Hace calor para pasear en bicicleta —comentó Michael y Libby asintió—. ¿Les importa si los acompaño? —cuando Libby abrió la boca, Michael dijo de inmediato—. Sólo por acompañarlos. Sin ningún otro compromiso. Parece que necesitas un amigo.

—Yo no...

—Ya lo sé, maldición —interrumpió Michael—. Sólo como amigos, ¿de acuerdo?

Libby asintió. Michael fue por su propia bicicleta y con Sam por delante, los dos lo siguieron.

Era un día caluroso y húmedo y Libby se arrepintió de haber salido a pasear. Al llegar al punto de retorno respiró aliviada.

El entusiasmo de Sam aumentaba durante el verano y pronto se les adelantó mucho.

— ¡Gané, mamá! —le gritó al llegar a la esquina de su casa.
Libby, a punto de caer exhausta, le ondeó la mano en señal de reconocimiento.
—¿Quieres seguir paseando? —le preguntó a Michael, pero él se negó.

—No puedo. Tengo una reunión a las tres. Debo ir a casa a darme una ducha — siguió a su lado antes de detenerse y agregar—. ¿Lo ves? No fue tan malo, ¿verdad? —Es que no quiero herirte de nuevo —contestó ella.

—No lo harás —replicó él—. Le guiñó un ojo y siguió su camino. Libby bajó de la bicicleta y a punto de llegar al patio de enfrente de su casa, escuchó una voz ronca que decía:

— Permíteme.
Era Alec.
Libby lo miró.

—¡Mamá! ¡Mira, mamá! ¡Mira quién está aquí! —Sam apareció a espaldas de Alec, sonriendo ampliamente.

Libby supuso que debía esperarlo. Rechinó los dientes.

Alec no dijo nada. Tampoco parecía muy contento, aunque Libby no sabía por qué. Controlándose, lo saludó con una inclinación de cabeza y entró en la casa.

— Estaba en el porche cuando llegué —le informó Sam brincoteando de gusto—. ¿Por qué te marchaste? ¿A dónde fuiste? ¿En dónde está Juliet? ¿La trajiste? —le preguntó a Alec.

— No la traje —contestó el cineasta a la última pregunta—. Vine solo. — ¿Por qué? —preguntó Sam extrañado.

—Necesitaba hablar con tu madre.

—¿De qué?

—Eso es asunto de ella y mío —Alec miró a Libby. Ella se preguntó si esperaba que estuviera de acuerdo.

Apartó el cabello de su frente sudorosa. Necesitaba estar bajo control para enfrentarlo. ¡Ahora le mostraría lo terrible que podía ser cuando se enojaba!

— ¿Te quedas a cenar? —preguntó Sam—. Habrá *spaghetti*.

—Hmm —Alec sonrió apenas.

—¡Entonces te quedas!

—Ya veremos, Sam.

— ¿Por qué no vas un rato a casa de los abuelos? —le sugirió Libby a su hijo, quien les lanzó una mirada especulativa. Después, como intuyendo que su presencia no arreglaría nada, salió sólo para detenerse y preguntar.

— ¿En dónde está Juliet?

—La dejé con una amiga, con Amalia Webster.

¿Con quién más?, pensó Libby. Cualquier esperanza que albergara murió en ese instante.

Sería una explicación, igual que la última vez. O, el terror la invadió, ¿había venido a quitarle a Sam?

El pensamiento la dejó inmóvil. Se sintió invadida de calor y frío al mismo tiempo.

Miró a su hijo alejarse y se forzó a sonreírle, *prometiéndole* todo el tiempo en silencio que sólo muerta, Alec lo apartaría de su lado.

Pasó a la casa y dijo:

—No era necesario que te molestaras.

Alec entró detrás de ella y declaró:

—Conque eso es, ¿no? Sólo esperabas que te diera la espalda para huir. —
¿Qué quieres decir con eso? —se volvió a verlo, indignada.

— Lo que dije. Salí por tres días y te desvaneciste. Sin decir nada. Sin dejar ni un mensaje. *Ella sólo se fue, señor Alec. No sé por qué*—remedó el suave acento de Maddy—. ¡Bueno, maldición, quiero saber por qué!

Libby, lo miró incrédula por sobre su hombro.

—Alec, fuiste tú quien se marchó —aclaró y apretó la boca—. No yo. Piénsalo. —Puedo explicarlo.

—¿Igual que lo *explicaste* la otra vez? —no pudo ocultar su amargura. Alec pasó una mano por su cabello y replicó:

— Esta no es igual. ¡Maldición, Libby! Escúchame. ¡Tienes que escucharme! —¿Por qué? ¡Hace ocho años tú no me escuchaste a mí!

—Lo sé —aceptó tranquilo después que sus facciones expresaron dolor. Inclino la cabeza, luego la levantó para mirarla a los ojos—. Y lo lamentaré toda mi vida. Libby supo que en ese momento Alec decía la verdad.

El se pasó una mano por el rostro, le dio la espalda y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

— Dios, qué lío —dijo.

—Sí —concedió ella muy tensa. El suspiró y sacudió la cabeza.

— Aun ahora, no sé que pude haber hecho diferente. Me refiero a nosotros —la miró con tristeza más que con enojo—. Es evidente que nunca debí casarme con Margo.

— La amabas —le recordó.

—¡Por supuesto que no!

—¿Qué? —Libby se volvió a verlo sorprendida.

—No amaba a Margo —ratificó Alec.

—Pero... ¿debiste amarla! Te casaste... con ella... —la voz le falló. —No sólo se contrae matrimonio por amor —aclaró, sombrío.

Entonces, ¿todo fue una aventura? Libby no supo qué era lo que sentía. ¿Eso empeoraba o mejoraba las cosas?

— ¿Te casaste con ella porque estaba embarazada?

—Sí.

— Entonces no veo ninguna diferencia entre casarte con ella o conmigo — replicó con franqueza—. Ambas estábamos embarazadas. Sólo que ella llegó primero.

— Te amaba —dijo el calmado—. Y... —hizo una pausa, miró alrededor y humedeció sus labios resecos. Después suspiró profundamente—... yo no embaracé a Margo.

Lentamente, Libby encontró su mirada, con desconfianza.

—¿Qué dices?

—Justo lo que imaginas. Juliet no es hija mía.

Libby sólo atinó a observarlo.

Alec lo repitió. La miró con fijeza, sus ojos oscuros e insondables. —¡Pero si dices que por eso te casaste con ella!

—Así es. Pero nunca dije que hubiera tenido una aventura con Margo. No me interesaba en ese aspecto.

—Todas esas historias en las revistas...

—Basura —interrumpió—. Margo no quería que se supiera con quién estaba realmente relacionada. Su padre no lo habría aprobado.

—¿Quién es el padre de Juliet? —pudo preguntar.

—Clive Gilbert.

—¿Clive... —le tomó un momento registrar ese nombre—... el doble? ¿El que...?

— ... murió mientras hacía mi trabajo —concluyó Alec por ella—. Te dije que todo esto era un lío tremendo. Ese día, cuando regresamos tú y yo de Ben Bay, y Margo llegó... me enteré de que estaba embarazada. Estaba frenética. Nunca fue particularmente estable, y la muerte de Clive la había destrozado. Y justo entonces descubre su embarazo.

Alec miró sin ver por la ventana de la cocina y continuó:

— Ella sabía que su padre se enfurecería. No creía que Clive fuera lo suficientemente bueno para su hija. Ya había prohibido a Margo que tuviera relación alguna con él. Fue por eso que empezó a inventar que salía conmigo. Estaba desesperada cuando Clive murió y supo que estaba esperando un hijo de él y buscó mi ayuda.

Libby miró al frente, tratando de comprender todo eso. ¿Nunca amó a Margo? ¿Se casó con ella sólo por un gesto de amabilidad? ¿Eso significaba que...?

— Hice lo que creí era mi deber —continuó Alec—. Le dije que me casaría con ella. Y Margo estuvo de acuerdo —hizo una pausa de amargura—. Pero desde el principio nada estuvo bien. Ella no me amaba; amaba a Clive. Yo no la amaba; te amaba a ti.

—Tú... —empezó a decir Libby, pero no pudo repetir las palabras que él apenas había murmurado.

— Te amaba —repitió él con fuerza, después se encogió de hombros—. Mas no pensé que tú me amaras. No realmente. Quiero decir, tú eras una niña y yo prácticamente te había seducido. Tenías toda una vida por delante... planes... ir a la universidad, tener una profesión, convertirte en alguien de quien tu familia se sintiera orgullosa. Ya lo tenías todo resuelto. Creí que lo mejor que podía hacer... era casarme con Margo y dejarte libre.

Dios, pensó Libby, luego dijo:

—Pero ese mensaje que me enviaste. Era tan... duro. *Olvídame. No dudes que yo te olvidaré*—aún ahora le dolía citar esas palabras. Alec se encogió.

— ¡No sabía! —exclamó angustiado—. No podía hacerte esperar, maldita sea. No era cierto. Nunca iba a olvidarte, pero quería que tú si me olvidaras. Estaba casado, para bien o para mal. Y créeme, desde el principio todo fue para mal.

“Durante el embarazo —continuó—, Margo se la pasó llorando a Clive, pero trataba de controlarse. Antes que Juliet cumpliera una semana de nacida, Margo empezó a beber demasiado. Creo que al final eso la acabó. Esperaba una réplica en miniatura de Clive, un niño que lo reemplazara. Y en vez de eso dio a luz a Juliet... una niña, y además, idéntica a ella. Y Juliet no fue una bebé apacible. Todo el tiempo tenía cólicos, lloraba. Igual que Margo. Esa no fue una temporada fácil —flexionó los hombros y sacudió la cabeza—. Desde entonces todo fue de mal en peor. Margo se obsesionó con la niña. Con su cabello, por ejemplo. Nunca permitió que se lo cortaran. Y también había otras cosas. Malie cuidaba de la niña y fue algo bueno, pues yo no tenía tiempo para hacerlo”.

Malie. Dijo el nombre como al descuido, pero Libby comprendió que iba a darle por fin una explicación, no una declaración de amor eterno. Esperó. Todo tenía sentido, pero eso no significaba que las cosas se fueran a solucionar entre ellos.

— Estaba ocupado en viajes por todo el mundo filmando películas — continuó Alec—, y al mismo tiempo tratando de mantener firme un hogar, de fingir que las cosas marchaban bien —suspiró—. Todo fue en vano. Fue la peor tontería que pude cometer. Margo no me quería... y yo tampoco a ella. No pasó mucho tiempo para que empezara a buscar al sustituto de Clive.

—¿Quieres decir...? —Libby no pudo decir más.

— Quiero decir que empezó a tener amantes —aclaró él llanamente—. Casi la mayoría eran de una sola noche. Pero el último fue diferente. Reportero —sonrió con amargura al verla palidecer—. Ah, empiezas a comprender. El se llamaba Jerry Corson...

—¿El que murió con ella en el accidente?

— Margo quería divorciarse de mí para casarse con él. Me dijo que él sería un padre para Juliet. Le dije que no —suspiró—. No lo sé. Quizá sólo era egoísmo de mi parte. Espero que no. Me dije que no le haría eso a la niña. Quizá yo no siempre estaría a su lado, pero al menos era alguien de fiar. Y quería mucho a Juliet —tragó en seco y sacudió la cabeza—. De cualquier manera, Margo huyó con él. Eso hacían cuando tuvieron el accidente.

—Pero yo supe que ella y el reportero iban a encontrarte.

— Ya no tenía objeto hacer un escándalo una vez que ellos habían muerto. Pero no fue justo —suspiró pesadamente—. Yo estuve filmando en México. Venía vía Los Angeles hacia Santa Bárbara. Margo y Jerry apenas iban a Los Angeles cuando él perdió el control del auto —cerró los ojos, su rostro estaba inexpresivo—. Sólo puedo agradecer al cielo que Margo haya decidido dejarme a Juliet. De otro modo también habría muerto.

—Cielos —murmuró Libby, enferma al sólo pensarlo.

—Exacto —dijo Alec—. Así que ahora estás enterada de todo el sórdido asunto. Lo único bueno de esto es Juliet.

—No te arrepientes de tenerla a tu lado, ¿verdad? —Libby no pudo evitar la pregunta.

— No. La quiero mucho. Y es por ella que no lamento haberme casado con Margo. Lo único que siempre me dolerá es que por eso tuve que alejarme de ti — continuó—. Trataba de consolarme pensando en que al menos así te había protegido; en que si mi vida era un lío, la tuya al menos transcurría como lo habías planeado. ¡Qué noble estúpido fui!

—Quizá Margo te necesitaba más que yo —concedió Libby y supo que, a pesar de sus remordimientos, era verdad.

—No lo sé —declaró él inexpresivo. No la miró.

—Y... quizá Juliet te necesita más que Sam. Es una niña maravillosa —afirmó ella anhelante. Alec asintió.

— Solía pensar que ningún hijo de mi carne y de mi sangre significaría para mí más que ella. Pero eso era antes de conocer a Sam —dijo torciendo la boca con amargura—. Y ahora no sé...

— Tú... puedes visitar a Sam —luego de un momento interminable Libby ofreció en voz baja—, cuando quieras —miró afuera para no verlo a los ojos. Alec no contestó, aunque lo escuchó tragar en seco. El suelo de madera crujió bajo su peso.

—¿Visitar a Sam?

—Tienes derecho —reconoció Libby mirándolo de reojo. El estaba reclinado sobre el fregadero y le dijo inexpresivo:

— Entonces así están las cosas, ¿verdad?

—¿Qué?

Alec pasó una mano por su rostro antes de continuar.

—Claro, lo sabía. Sólo que... esperaba... ¡Diablos! —miró sin ver por la ventana—. ¿Se trata de Michael? ¿O de Maxwell?

—¿Michael o Maxwell? —lo miró sorprendida—. ¿Maxwell, qué? —Wayne Maxwell. *Tu* reportero —la amargura de Alec era evidente—. ¿De quién se trata? ¿Con cuál de los dos vas a casarte?

—No sé de qué estás hablando —Libby lo miró azorada.

— Oh, no me salgas con eso —explotó Alec—. Ya escuché lo mismo de Margo. También negó a Corson. Pero la vi con él, igual que a ti te vi con Maxwell. ¡Y Michael acaba de irse de aquí!

—¿Viste a Maxwell? ¿Cuándo?

—En Nassau. En esa tienda de regalos. Salí del hotel con Carras y McKinley y a través de la ventana te vi. Te besó.

—Acababa de almorzar con él —Libby ni siquiera se acordaba que la había besado.

— ¡No me lo dijiste!

—Porque sé lo que opinas de los reporteros.

Alec apretó la boca y movió la cabeza.

—Entonces quizá no sea Maxwell. Pero sí Michael. Estabas comprometida con él.

—Sí, *estaba*—replicó ella—. Y bien sabemos cómo te encargaste de terminar con eso.

—Para lo que me sirvió —suspiró—. Tonto de mí, pensé que podría hacerte volver a mi lado.

¿La quería a su lado? ¿Y Amalia?

—Así que al final él ganó, ¿verdad? —preguntó Alec.

Durante un momento Libby se sintió tentada a refugiarse en la mentira. Sería mucho más fácil para su orgullo dejarlo pensar eso, antes que sentirse nuevamente desairada.

Pero no podía. Con Alec siempre fue honesta sin importar que eso la lastimara. Debía ser honesta con él por última vez.

— No voy a casarme con Michael. No voy a casarme con nadie. —¿Por qué no? —preguntó Alec.

—Porque no lo amo —contestó sincera. ¿Que podía importarle a él?—. ¡No

me casaré con un hombre al que no amo!

— ¿Te casarías conmigo?

Se apartó de él y miró el fregadero. La pregunta reverberó en la cocina.

Lo sintió moverse, percibió el calor de su cuerpo contra su espalda; luego, sus dedos tocaron con suavidad su hombro. Libby se encogió.

—No importa, Lib. Has sido bastante clara. No me lo tienes que deletrear — se inclinó para besarla en la nuca. Libby se quedó rígida, torturada por el beso.

Al fin Alec se apartó y Libby sintió la humedad ahí, donde la había besado. Se volvió para mirarlo. El dio un paso atrás.

— Es una venganza justa, Libby. Yo te abandoné; ahora tú me rechazas. Pero al menos debes saber algo. Te amo, Lib. Siempre te amaré. Pero entiendo. En verdad lo comprendo —la voz le falló—. Yo... quisiera visitar a Sam algunas veces... si... si tú lo permites. Yo... oh, diablos, Lib —se volvió y caminó rápido hacia la puerta.

Libby vio sus lágrimas, escuchó sus palabras... y no pudo comprender nada. ¿La amaba? ¿Y Amalia Webster? ¿A qué se refería? No podía dejarlo ir... no sin tratar de comprender, no sin reconocer que también lo amaba.

— ¡Alec!

El se detuvo ante la puerta, pero no se volvió.

Lentamente Libby llegó a su lado. Notó la rigidez en la espalda, la tensión vibrante que lo invadía. Con suavidad Libby trazó con un dedo la línea de su espina dorsal. Alec se estremeció.

—Yo también te amo, Alec —murmuró.

Durante un momento interminable Alec no se movió, ni respiró y tampoco pronunció palabra. Después, lentamente se volvió. Su expresión era de desesperada incredulidad.

— ¿Lib?

Ella asintió con torpeza.

—Entonces —su tono era de angustia—, ¿por qué te fuiste? Cuando llegué ya te habías marchado, sin decir nada.

—Por Amalia Webster —aclaró ella—. Todo era igual a la primera vez. La actriz hermosa que llega a cambiarlo todo.

—No —gimió Alec.

—Sí —insistió Libby—. Los vi hace días en unas revistas. Tú y Malie... — No —profirió una maldición—. Dios, no. Antes que nada, las revistas no dicen la entera verdad. Por favor, escúchame. ¡Malie es la hermana de Clive Gilbert! —¿Hermana de Clive? —parpadeó confusa. El asintió.

— Sí. Es la única, aparte de mí, que sabe lo que hubo entre Margo y Clive. También es la única que sabía que Juliet no es mi hija. Siempre nos dijo a Margo y a mí que debíamos decirle la verdad a Juliet, que no debíamos mentirle. Declaró que Juliet tenía derecho a saber quién era su verdadero padre; que su familia tenía derecho a saber la existencia de la niña. ¿Te parece familiar?

—Sí. Igual que con Sam.

— Exacto. Y no quisimos escucharla. Margo era tan inestable, y yo... creí que eso alteraría a Juliet. Y la pobre ya sufría demasiado —suspiró—. Nunca pensé en la familia de Clive. Hasta este verano.

Hizo una pausa y tamborileó con los dedos en el marco de la puerta.

— Entonces me di cuenta de cuánto me habría perdido si no hubiese conocido a Sam. Detestaba la idea, pero me hizo pensar. Quise que le dijeras quién era yo en realidad, y como no fue así, ¿qué podía objetar? Eso era justamente lo que le había estado diciendo a Malie durante años.

—Te llamó —le recordó Libby.

— Sí. Su madre iba a someterse a una cirugía a corazón abierto. Malie

quiso hablarle de Juliet, darle un motivo para vivir. A pesar de eso, yo dudaba. Le detallé los problemas, le dije que su madre podía tener más nietos. Ella me contestó: “¿Puede un hijo reemplazar a otro?” —miró a Libby con expresión sombría—. Ya conoces la respuesta a eso.

Claro que ella lo sabía. Tomó la mano de Alec, quien frotó su pulgar en la muñeca de ella.

— Le dije que hablaría con Juliet, que le diría la verdad. Iba a hablar de eso contigo cuando estuvimos en Nassau, pero primero estaba tan ocupado amándote, y después... —tensó la mandíbula—, apareció Maxwell.

Libby gimió.

—No sabía qué pensar. No sabía si él te interesaba, si le hablarías... —Nunca lo haría...

—¡Pero yo no podía saberlo! Creí que hacía progresos contigo, que me amabas otra vez. Pero no sabía. Te mostrabas tan fría, a veces...

— Tenía miedo.

—Yo también.

¿Miedo Alec? No parecía posible, pero al verlo ahora supo que decía la verdad. Libby apretó su mano.

— Malie me esperaba cuando regresamos a Harbour Island. Su madre estaba desesperada por conocer a Juliet antes de operarse. Sólo nos tomaría dos días. Tres a lo sumo. ¿Qué podía hacer? No podía enviarla sola con Malie hasta California. Fue una sorpresa para la niña y estaba confundida. Podía pensar que la abandonaba. Quise hablarte, pero decidí no hacerlo. No podía abrumarte. Ese era *mi* problema, que comenzó cuando me casé con Margo. Si iba a luchar por tu amor, antes tenía que solucionar todo. Regresé tres días después y tú ya te habías marchado.

—Oh, Alec —Libby sintió en los ojos el ardor de las lágrimas. Su garganta se cerró.

—Así que pensé que había tenido razón, que no habías olvidado a Michael.

Que aún lo amabas.

—¿Qué te hizo pensar eso? —preguntó Libby. El no contestó de inmediato. Después, ruborizado, murmuró:

— Cuando hicimos el amor.

—¿De qué hablas?

—Después. No te mostraste precisamente jubilosa.

Y era cierto. Tenía miedo porque su amor era tan fuerte como siempre y no tenía idea de lo que él sentía.

— No sabía por qué lo habías hecho —dijo ella sin más.

—¡Porque te amaba! ¿Por qué otra cosa?

—Tal vez querías a Sam y pensabas que un poco de sexo también sería agradable.

Alec soltó una maldición y después la besó con ferocidad.

—Te amo —aseguró con firmeza—. Entonces, ahora y siempre. —Yo también te amo.

— Gracias al cielo —el beso de Alec fue largo, posesivo, hambriento. Se asió a ella como el hombre una vez perdido y ahora a salvo—. Creí que me odiabas — murmuró él contra su cabello—. Cuando hoy abriste la puerta, pensé que había sido un tonto al venir. Me miraste como si desearas que estuviera muerto.

—Creí que habías venido por Sam. Para quitármelo.

—Eso nunca. Amo a Sam, pero vine por ti —apartó el cabello del rostro femenino—. Nunca más quiero estar lejos de ti.

—Ni yo —Libby levantó el rostro para besarlo otra vez, gozando con la sensación de su cuerpo fuerte contra el de ella—. Eres la otra parte de mi alma.

Después ninguno de los dos habló, sólo se abrazaron saboreando el momento, la paz, las posibilidades. El pasado, tan doloroso como había sido, ahora ya no importaba.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella poniéndose de puntillas para mirarlo a los ojos, que estaban desacostumbradamente brillantes—. Quisiera lamentarlo todo. Quisiera poder regresar el tiempo ocho años para pasarlos a tu lado. Pero amo a Juliet... y no puedo. No puedo lamentarlo.

—Lo sé —asintió Alec—. Siento lo mismo —la besó con suavidad, con anhelo. Era un beso lleno de amor y promesas infinitas, y Libby le correspondió. Se escuchó un leve ruido en la puerta. Alec y Libby se apartaron para ver de qué se trataba.

Sam estaba ante ellos. Su rostro mostraba la sonrisa más amplia y satisfecha que le conocieran.

—¿Esto significa —preguntó feliz—, que después de todo si vamos a casarnos con Alec?

Fin